



R/185.

PROYECTO MOUNA



EDICIÓN
AMPLIADA



LUIS ENRIQUE DUEÑAS GUTIÉRREZ

R/185

PROYECTO MOUNA

LUIS ENRIQUE DUEÑAS GUTIERREZ

@due_gutlu

Derechos reservados 2020
Primera edición: octubre 2020

Queda prohibida toda forma de reproducción de esta obra, total o parcial, sin el consentimiento expreso de su autor, en cualquier medio gráfico, electrónico o mecánico, incluido fotocopia o grabación o cualquier otro sistema de recuperación y almacenaje de información.

AGRADECIMIENTOS

A Atalía por sus correcciones y consejos.

A Juanjo por su magnífica portada y su maquetación del libro.

A Antonio por su magia y su ayuda incondicional.

Y no podía faltar mi mujer y mi madre porque fueron las primeras en leerlo.

Para ese lector que devoraba las novelas
Y que nunca podrá leer una mía
A ti papá que lo disfrutes estés donde estés

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

PRÓLOGO

Abrí los ojos lentamente y sobre mí sólo pude distinguir, palpando, lo que me pareció una tapa de madera. No sabía dónde estaba ni menos aún cómo había llegado a aquel lugar. Lo que sí sabía es que no podía moverme por la falta de espacio. Intenté llegar al bolsillo del pantalón; allí guardaba un mechero con el que poder alumbrar y así poder ver realmente dónde me encontraba. Tras un gran esfuerzo, conseguí llegar al bolsillo y sacar el mechero. Lo encendí. Entonces pude ver que estaba en una caja, tenía forma rectangular y era de madera. ¡Dios mío! Estaba encerrado en lo que probablemente sería una especie de ataúd, pero lo peor no era eso, lo peor era el no saber cómo había llegado a aquella situación. En esos momentos de incertidumbre, por mi cabeza pasaban infinidad de preguntas y ninguna de ellas tenía respuesta. ¿Qué hacía allí?, ¿cómo había llegado?, ¿estaba bajo tierra o en la superficie? Nada de aquello era lógico. Mi nerviosismo iba en aumento. Por un momento pensé que todo era un sueño, cerré fuerte los ojos para intentar despertar, pero fue inútil. Mi corazón dio un vuelco; notaba mi sangre recorriendo con fuerza todo mi cuerpo, provocándome un escalofrío que me sacudió toda la columna vertebral como si de un rayo se tratara. Por unos segundos creí desfallecer, pero recuperé la conciencia, porque si eso me sucedía sería mi final y no me iba a rendir tan fácilmente. Intenté recordar qué había sucedido a lo largo del día para así poder entender qué me había arrastrado hasta aquella situación.

A las 5:00 de la mañana, como todos los días, me levante, me di una ducha y desayune. Después cogí el coche y me dirigí al trabajo; el resto del día transcurrió con toda normalidad, sin nada que mereciera la pena destacar. Sobre las 14:00 h. fui a comer al restaurante habitual y mientras comía me puse a leer como de costumbre las noticias y tampoco sucedió nada raro. ¡Un momento! Sí, algo pasó fuera de lo común. Una chica morena, con los ojos verde esmeralda, se acercó a mi mesa y me dio un sobre. Susurrándome en voz baja dijo.

—Hola Michael no tenemos mucho tiempo.

—Perdone señorita, creo que se confunde, mi nombre es Richard —contesté algo desconcertado.

La chica me sonrió, se levantó, y se fue por donde había venido como si el mismísimo diablo la persiguiera. La verdad es que me resultó un poco raro, pero continúe leyendo las noticias y comiendo sin darle mayor importancia a lo ocurrido. Terminé y regresé a la oficina, donde pasé toda la tarde revisando y archivando antiguos expedientes. A las 19:00 h. salí de la oficina y como todos los días me dirigí al gimnasio. De camino y estando parado en un semáforo, me pareció volver a ver a aquella chica morena. Por su atractivo se hacía difícil poder olvidarla. Creí verla pasar por delante de mi coche y mirarme... pero, como siempre, yo estaba inmerso en mis pensamientos.

Me sobresaltó el sonido de un claxon que me hizo regresar de golpe a la realidad y continúe mi camino girando hacia la derecha en dirección al gimnasio. Pero ahora que lo pienso bien, no recuerdo si finalmente llegué a mi destino.

Tras haber hecho memoria de todo lo acontecido ese día, regresé a la realidad. La pregunta de si estaba enterrado machacaba mi cabeza.

Al pensarlo sentí un frío helador que, sacudido mi cuerpo, haciéndome ser consciente de lo delicado de mi situación, ¿cuánto aire me quedaría aquí dentro? Intentaba pensar, pero no podía. Rápidamente traté de moverme para dar una patada a la tapa y salir de allí lo antes posible, pero esto hizo que cayera en mi cara lo que parecía arena. Fue cuando mis perores sospechas se confirmaron, estaba enterrado.

Hice un segundo intento de escapar. Di un puñetazo a la tapa, pero eso también fue en vano. Recordé amargamente que pretendía repetir aquella escena de *Kill Bill* que tanto me gustaba y tanto me agobiaba a la vez cada vez que la veía. Mi corazón se aceleró y comenzó a bombear sangre como si fuera su último latido. Ya no podía controlar mi respiración. Intenté relajarme para poder pensar; si no conseguía controlar aquella terrible angustia pronto me quedaría sin aire. A duras penas logré relajarme; mi ritmo cardíaco disminuyó un poco y entonces recordé (era increíble que no me hubiera dado cuenta antes) que tenía el móvil en el bolsillo. Estiré la mano para cogerlo del pantalón, pero allí no estaba; a tientas palpé los bolsillos traseros. Era raro que estuviera allí, ya que nunca lo guardaba atrás, pero debía comprobarlo. Lo único que encontré fue una carta... ¿Una carta? ¡La de la chica! Ni recordaba que me la había dado. Con gran dificultad pude leer lo que ponía ayudado de la poca luz que me proporcionaba el mechero. En la carta sólo había una simple nota que rezaba: «Toda la información necesaria para saber lo que está sucediendo la encontrarás en...» Al acercar el mechero para poder descifrar el final de la nota debido a mi nerviosismo, quemé el maldito papel y no pude averiguar lo que esa misteriosa mujer me quería decir. Perdí el conocimiento por unos instantes. Tenía que priorizar y no encender más el mechero para no consumir aire. Sabía que cuanto más tiempo pasara, menos aire llegaría a mi cerebro y más me costaría pensar la manera de escapar de aquel infierno. No se me ocurría nada para salir de allí.

Si rompía la tapa provocaría que la arena me cayera encima, y moriría igualmente. Estaba resignado; salir era imposible. Ya notaba como apenas quedaba aire, no podía respirar bien, me empezaba a sofocar y cada vez se me hacía más y más difícil mantener los ojos abiertos. No tenía fuerzas ni para rezar (nunca había sido creyente, pero en esos momentos quería creer que existía algo o que alguien milagrosamente me podría ayudar). Mis ojos se fueron cerrando con una lentitud pasmosa, y al contrario de lo que la gente pueda pensar, he de decir que tú vida no pasa por delante cuando estás a punto de morir. Lo que se te viene a la cabeza, es todo aquello que no has podido hacer y que siempre quisiste hacer.

Ya no podía mover ni un músculo de mi cuerpo; de hecho, ni si quiera los sentía. Es impresionante cómo el cuerpo prioriza en los casos extremos y otorga el poco aire que entra a intentar salvar los órganos más necesarios. Me fui sumiendo en un profundo sueño y fue en ese preciso momento cuando me di cuenta de que llegaba el punto y final a mis días. Cerré los ojos y todo se convirtió en oscuridad. Ni un pensamiento corrió ya por mi cabeza. Sólo sentí paz.

Capítulo 1

Abrí los ojos con mucha dificultad. El sol me cegaba, me costó ver que me encontraba en una habitación con paredes blancas immaculadas. Podía oír un pitido constante que parecía provenir del lado derecho de mi cama. Al intentar girarme comprobé, que estaba atado de pies y manos a ella. Entonces, una pregunta surgió en mi cabeza; ¿dónde estaba? A simple vista parecía la habitación de un hospital, pero eso era lo que menos me importaba. Lo mejor era que estaba vivo y que podía respirar ese aire que hasta donde recordaba tanto quería y necesitaba. Sólo tenía que esperar a que alguien viniera y me diera una explicación de lo que había sucedido. Aguarde un rato, pero debido al cansancio y al agotamiento, me inundó un profundo sueño. En este estado, creí ver cómo en mi habitación entraban dos individuos que por su atuendo parecían personal sanitario. Traté de hablar con uno de ellos, pero de mi boca no salía ni una sola palabra. Al percatarse de que intentaba decirle algo y para calmarme me dijo.

—Tranquilo, relájese, está en buenas manos.

Me inyectó algún tipo de medicamento y volví a caer en un profundo sueño. No sabría decir el tiempo que estuve así, pero me desperté con las fuerzas renovadas (o eso me parecía a mí) ya que, al intentar moverme, noté un dolor intenso que recorría todo mi cuerpo.

Esto me hizo pensar que quizá no era tan buena idea moverse, aunque tenía que incorporarme si quería conseguir información de lo que había sucedido. Me di cuenta de que ya no estaba atado a la cama, así que haciendo un gran esfuerzo conseguí levantarme y quedarme sentado en el borde, teniendo una mejor perspectiva de la habitación donde me encontraba. No era muy grande. No tenía mucho mobiliario. Tan solo había una mesilla al lado derecho de la cama, y un pequeño armario para dejar la ropa. En la habitación había dos puertas, una de ellas sería seguramente la del baño y la otra la que creía me sacaría de allí, siendo un poco optimista. A mi izquierda había un ventanal por el cual se filtraba la luz del exterior. Como pude me bajé de la cama. Aún me dolía todo el cuerpo, sentí un repentino mareo que por segundos me dejó inmóvil y apoyado en la cama. Una vez se me pasó me dirigí hacia la ventana. Quería ver el exterior. Vi un patio trasero y a lo lejos un frondoso bosque. Ya estaba anocheciendo.

Aquel paisaje me recordó a los días que pasaba con mi padre en una cabaña a las afueras de Kenora, donde los dos juntos pasábamos las tardes pescando. No se podía ver mucho más, pero por lo menos pude comprobar que aquel hospital debía estar en algún lugar a las afueras de la ciudad, pero... ¿de qué ciudad? Me arrastré como pude hacia el armario para comprobar si allí se encontraba mi ropa, intenté abrirlo, pero estaba cerrado, volví hacia la cama y me senté resignado en ella.

Pude ver un cable que colgaba desde la cama, lo seguí con la mirada y comprobé que se trataba del pulsador de emergencia que tienen todas las habitaciones de hospital. Me estiré para cogerlo con un gran esfuerzo lo pulsé varias veces seguidas, esperando sentado en la cama a que alguien apareciera. Pero allí no se presentó nadie. Decidí levantarme y salir de aquella habitación, antes de abrir la puerta me paré a escuchar, y tras comprobar que no se oía nada decidí abrirla. Temía que al igual que el armario, también estuviera cerrada. Con la mano temblorosa giré suavemente el pomo, sonó un chasquido y la puerta cedió. Tiré de ella lentamente y una ráfaga de aire con un fuerte olor a desinfectante se coló en la habitación. Dudé unos segundos si salir o regresar a la cama, pero la curiosidad me pudo y sin más titubeos crucé el umbral de la puerta.

Me encontré un pasillo que pareció interminable. A ambos lados había multitud de puertas. Desde mi situación pude apreciar al lado izquierdo, en el cruce de los dos pasillos, algo parecido

a un control de enfermería; y me dirigí a él. Me encontraba un poco mejor. Aunque todavía estaba débil, fui apoyándome en la pared hasta llegar allí.

Miré a mi alrededor, pero no había nadie. Desde el otro lado del mostrador observé una puerta de cristal biselado, en la que había un cartel que indicaba: «zona de descanso». Pasé dentro y golpeé suavemente la puerta, esperando contestación. No obtuve resultado. Comprobé si la puerta estaba abierta. Agarré el pomo con firmeza y lo giré. Oí los engranajes de la cerradura y la puerta se abrió. Ante mí, una pequeña sala con un solo sofá y una mesa, nada más. Se encontraba en perfectas condiciones. Aquella habitación no se había utilizado nunca, o eso parecía. Di media vuelta para retomar el camino por donde había venido y entonces lo vi. Estaba quieto, impecable, esperando a que alguien lo utilizara; era blanco, por su aspecto al igual que el sofá y la pequeña mesa parecía como si nunca nadie lo hubiera utilizado, así que cogí el impoluto teléfono y lo descolgué. Me lo acerqué para comprobar si daba tono y, entonces mis sospechas se confirmaron, aquel teléfono no daba señal alguna. Aquel hospital estaba muerto.

Colgué, y salí de detrás del mostrador y seguí por el pasillo de la derecha a ver si por fin encontraba algo o a alguien en aquel siniestro lugar. Conforme transcurría el tiempo cada vez estaba más convencido de que en aquel hospital sólo estaba yo. No se oía nada, ni se veía un alma, pero yo seguía andando, y buscando a alguien... o simplemente una salida. Me paré frente a algunas habitaciones. Abría las puertas, pero todas estaban vacías, algunas puertas ni si quiera se abrían, como si escondieran algo o a alguien en su interior y otras en cambio sí. En las que estaban cerradas no puedo asegurar si había alguna persona en su interior, pero no parecían ocupadas. Aquellas que sí conseguí abrir tenían un mobiliario idéntico compuesto por una cama, una mesa y poco más; estaban todas inmaculadas y parecía que nunca se hubieran usado. Tras un rato andando sin rumbo, pude ver a lo lejos unos ascensores. Encaminé mis pasos hacia ellos. Antes de llegar escuché un ruido, me paré y observé a mi alrededor, pero no había nadie (debía ser producto de mi imaginación). Ya estando frente a los ascensores, pulsé varias veces para llamarlos, pero no respondieron (debían estar fuera de servicio). Justo cuando más convencido estaba que en aquel lugar estaba yo sólo, fue cuando a lo lejos empecé a oír unos pasos. Me detuve entre dos pasillos mirando a ambos lados, intentando averiguar de dónde provenían. El eco no me dejaba distinguir bien.

¡No podía ser!, mis ojos me engañaban, lo que estaba viendo no era real, allí estaba... aunque sólo la había visto una vez en aquel bar la reconocí perfectamente. Tenía un atractivo fuera de lo común, y eso, la hacía difícil de olvidar. La mezcla exótica que proporcionaba su piel canela, su pelo negro azabache y unos ojos de color verde intenso hacían de ella una mujer inalcanzable para cualquier hombre.

De repente, se detuvo en mitad del pasillo. Parecía que había notado que la estaba observando, por unos segundos se quedó inmóvil, giró la cabeza y me miró fijamente. Su mirada era dulce, pero a la vez hacía que el corazón se te helase. En su rostro tenía una expresión de sorpresa, como si no esperara encontrarme allí y, antes de que pudiera decir nada, echó a correr en sentido opuesto a donde me encontraba.

Por unos segundos no supe qué hacer. Era la segunda vez que me cruzaba con ella y salía corriendo; tras meditarlo unos segundos decidí perseguirla. Necesitaba saber quién era y por qué huía de mí, pero, lo más importante, qué era ese lugar y qué hacía yo allí. Al doblar la esquina del pasillo la había perdido de vista, se había esfumado. Era imposible que aquella mujer corriera tanto, pero ya no estaba. Deje de correr. Comprobé las puertas del pasillo, pero ninguna se abría.

Podía ser que ella tuviera una llave y que se hubiera encerrado dentro de alguna de ellas. Oí unos pasos tras de mí y me giré. El sudor caía por mí frente como las gotas de rocío caen de las

hojas de los árboles.

Debido a la tensión del momento todo mi cuerpo temblaba, se agitaba como una gelatina (aún no estaba en plena forma). ¡Oh Dios mío! No era posible. Otra vez ella, a unos 20 metros de distancia de mí, estaba mirándome como si nada. No parecía cansada. Por el contrario, yo aún jadeaba por el esfuerzo realizado en la carrera. ¿Cómo era posible?, ¿sería un fantasma?, ¿estaba soñando? Mientras me hacía estas preguntas, ella salió corriendo de nuevo; me limpié el sudor de la frente y fui detrás de ella. Esta vez no podía perderla de vista, pues corríamos en línea recta, aunque cada vez se alejaba más y más (y tengo que decir en mi favor que soy un hábil corredor). No entendía que aquella mujer con tacones me sacara tanta distancia; de pronto, giró a la derecha en una esquina y de nuevo la perdí de vista. Aceleré en un gran esfuerzo para intentar encontrar su pista. Tras llegar a la esquina donde la había perdido de vista otra vez, tomé el desvío y lo que vi me hizo frenar de golpe... Ante mí había una puerta de color blanco. ¿Y la chica?, ¿habría cruzado la puerta?, ¿estaría allí dentro? Tenía que averiguarlo. Me dirigí hacia la puerta, agarré el pomo con fuerza y le di un cuarto de vuelta; esta vez la puerta sí estaba abierta. La abrí con extrema cautela, pero allí no había nadie; sólo unas camillas cubiertas con una sábana blanca en las que por su silueta se intuía que debajo de ellas había cadáveres. Justo cuando me disponía a salir de aquella habitación escuché unas voces que venían del pasillo. Mi corazón se aceleró. Miré a mi alrededor buscando algún sitio donde esconderme, tras unos segundos escrutando el lugar. Finalmente decidí tumbarme en el hueco de bajo de una de las camillas, y rezar para que no me descubrieran. No sabía el porqué de aquella reacción, pero si había sido ésa, prefería seguir mi instinto y quedarme escondido como un pequeño niño tembloroso a ser descubierto. Las voces se oían cada vez más cerca. Eran dos hombres y venían hacia mí.

—¿Qué hace esa puerta abierta? —dijo uno de ellos.

Entraron a la habitación y comenzaron a registrarla (suerte que no eran muy buenos).

—Aquí no hay nadie —contestó el otro.

—Venga, coge al número 17, que tenemos prisa.

Se acercó a donde yo estaba. Podía verle los zapatos. Comprobó el número del cadáver debajo del que yo me encontraba escondido; mi corazón iba a estallar. No paraba de temblar. El sudor me caía por la frente, pero esta vez parecía un riachuelo. Mi ropa estaba empapada debido a la carrera por el pasillo y por la tensión de la situación. No podía controlar el cuerpo (no recuerdo haberme puesto así nunca, yo soy un hombre tranquilo). Intenté controlarme, pensar en otra cosa y olvidarme de que estaba escondido bajo una camilla con un muerto encima y con dos individuos acechándome. Cerré los ojos e intenté controlar la situación. Cuando los volví a abrir ya no estaban, no se oía nada. Tras unos segundos de incertidumbre salí de mi escondrijo con cuidado de no hacer ruido. Al hacerlo, se cayó la sábana que cubría al difunto y pude ver un hombre de mediana edad, de complexión atlética; su pelo negro resaltaba la lividez de su piel. Me quedé mirando unos instantes y me asaltó una duda. Sus rasgos me eran familiares, y no sabía por qué; intenté recordar, pero a mi mente no llegaba ningún recuerdo... pero no sólo de él. Mi mente estaba en blanco, parecía que me hubieran hecho un lavado de cerebro, como en esas novelas de ciencia ficción cuando te abducen los extraterrestres, no recordaba qué había sucedido. Mientras mi cabeza lo intentaba una y otra vez, me fijé unos instantes en sus brazos. Estaban repletos de marcas que parecían ser múltiples pinchazos. Bajé la mirada y en sus muñecas descubrí marcas púrpuras que parecían deberse a ataduras.

Entonces recordé que yo también había estado atado; rápidamente miré mis muñecas; tenía las mismas marcas. Entonces comprobé mis brazos: las mismas marcas de agujas que aquel individuo. Mi corazón se sobresaltó de nuevo. Por más que me esforzaba no comprendía qué estaba pasando,

sólo tenía una idea en la cabeza: salir de allí a toda costa. Tenía el presentimiento de que si no escapaba de allí acabaría como aquel hombre. Salí de aquella habitación como alma que lleva el diablo. Estaba tan nervioso que no me di ni cuenta de que aquellos dos hombres regresaban a por otro cadáver, y al girar al pasillo me choqué con ellos. Por unos instantes no pasó nada; estuvimos mirándonos sorprendidos, hasta que se oyó una voz.

—¿Quién es usted y qué hace aquí?

Esto me hizo reaccionar y salí corriendo en dirección contraria. Tras de mí, pude oír cómo uno llamaba a los de seguridad. Al final del pasillo había una puerta en la que ponía «salida de emergencia»

Si llegaba a ella y conseguía bajar hasta la última planta, posible-mente podría escapar de aquel infierno. Así que al llegar a la puerta la abrí sin dudarle y me di de bruces con un vigilante de seguridad.

En un acto reflejo le agarré de una mano y le hice algo parecido a una llave de artes marciales. Yo mismo me sorprendí de ser capaz de hacer algo así. Lo atraje hacia mí y con un rápido giro de muñeca le partí el cuello. Su cuerpo cayó inerte por el hueco de la escalera y fue golpeándose hasta detenerse varias plantas más abajo. Caí de rodillas llevándome las manos a la cabeza. No podía creer lo que acababa de hacer, había matado a un hombre. La puerta se abrió a mi espalda con violencia; note un fuerte golpe en la cabeza y todo se fundió de negro.

Capítulo 2

Un sonido de claxon me despertó de mis pensamientos. Estaba absorto y no me había dado cuenta que el semáforo ya estaba abierto y, en una calle tan concurrida como la 6th Avenue, rápidamente se encargaban de hacértelo saber. Una vez me puse en marcha continué en dirección al gimnasio, giré a la derecha por West 14th Street y entonces la vi parada entre la multitud, mirándome fijamente. Con un leve gesto me insinuó que me acercara a ella. No dude ni un segundo. Estaba inmóvil, impasible. Mediría 1,70 de altura, cuerpo delgado de formas proporcionadas, piel canela, pelo liso y recogido que dejaba ver un cuello largo y estilizado; su mirada penetrante te dejaba paralizado, y poco a poco, te hipnotizaba al igual que hipnotizan las serpientes a su presa. Sus ojos eran de un color verde esmeralda, un color tan extraño que se te grababan a fuego en la memoria. Sin duda era una mujer difícil de olvidar, tanto por su belleza como por su aire misterioso.

Nunca había visto algo igual. Aquella mujer tenía que ser de otro planeta. Parecía sacada de los sueños más ocultos de cualquier hombre, como aquel que yo tenía a menudo, en el que una mujer de una belleza inigualable se me acercaba y me susurraba algo, pero el sueño siempre se terminaba en ese momento, y al despertar ya no recordaba nada de lo que me había dicho. Por más que lo intentaba no podía rescatar las palabras que aquella misteriosa mujer me había susurrado. Sin decir nada, se subió al coche y de sus labios sólo salió una dirección: 851 6th Avenue. Yo no discutí; solamente me limité a seguir sus indicaciones. Estaba tan fascinado por su belleza que no me podía negar. Me tenía intrigado. Durante el trayecto ni si quiera me miró ni me dirigió la palabra; simplemente miraba al frente. Me recordaba a un robot; no se movía, casi no se le notaba respirar y su pestañeo era imperceptible. Cuanto más pensaba que lo que tenía a mi lado era un autómatas, giró la cabeza y me miró. Mi respiración se detuvo un instante, su mirada penetrante definitivamente me tenía paralizado. Nunca antes me había ocurrido algo similar. Sin pestañear, me indicó que parase a la entrada del Hotel Eventi, situado en la 6th Avenue. El botones que estaba a la entrada, no dudó ni un segundo y abrió la puerta del lado del acompañante. Entonces fue cuando me di cuenta. La mirada de aquel botones al verla salir hizo que fuera consciente del poder que tenía sobre los hombres. Yo no era el único al que cuando ella miraba se le paraba la respiración, y caía rendido a sus pies. Ella ni siquiera le miró, salió impertérrita del coche con paso seguro; se dirigió a la entrada principal sin mirar atrás. Estaba plenamente segura de que yo la seguiría, y no se equivocaba. Entró en el hotel y yo tras ella. Parecía magnetizado. Aunque solía pasar mucho por delante de aquel lugar era la primera vez que entraba. El interior era impresionante, con una gran recepción que combinaba paredes revestidas de madera, suelo de mármol italiano perfectamente pulido (tanto que te podías reflejar en él) y unas grandes columnas forradas de cuero negro. Todo esto unido a la luz que entraba del exterior creaba un juego de reflejos que hacía que todo se viera realmente impresionante. El recepcionista lucía un uniforme impecable de color gris. La recepción seguía la misma estética que el resto de la estancia; combinaba madera y mármol en sus varios mostradores. Tras ellos, unas cortinas de color rojo que se apoyaban tímidamente en el suelo dejaban entrever un enorme lienzo. Sin mirar hacia atrás ella llegó a la recepción, se paró frente a ella y sin decir nada el recepcionista le entregó una llave. Nos dirigimos a los ascensores y entramos en uno de ellos. En su interior había un ascensorista que enseguida nos preguntó a qué piso íbamos. Ella contestó sin vacilar: «al mirador Veranda» (era una mujer parca en palabras). Mientras subíamos no pude evitar fijarme mejor en ella: vestía el típico traje de ejecutiva, con falda tweed entallada en color gris claro que le

llegaba por encima de las rodillas y tenía una ligera abertura en la pierna izquierda. La falda hacía conjunto con una chaqueta que reposaba suavemente sobre su brazo derecho, junto a un bolso satchel de color negro que combinaba perfectamente con unos zapatos altos y de tacón de aguja. Cubría la parte superior de su cuerpo con una camisa entallada abotonada en el frente de color blanco, que dejaba entrever la forma de sus senos y levemente trasparentaba su ropa interior. Mientras me recreaba mirándola se giró y me dedicó una leve sonrisa. Sus labios entreabiertos dejaban ver una dentadura impoluta. Rápidamente retiré mi mirada sorprendido por aquel gesto, pues era la primera vez que me sonreía.

El ascensor llegó a su destino y se detuvo con un ligero bamboleo; las puertas se deslizaron suavemente y pude ver una estupenda terraza desde la cual se apreciaba la 6th Avenue casi al completo. Salió del ascensor y rápidamente uno de los camareros se acercó a ella, le susurró algo al oído y nos acompañó a la mesa más apartada (me sorprendió que cuando llegamos a la mesa ya estaba servida). Ella se sentó dejando la chaqueta y el bolso en una de las sillas adyacentes; yo la acompañé y me senté frente a ella. Me fijé en que la bebida que tenía junto a mí era la que habitualmente yo consumía; ella en cambio tenía un Martini en copa ancha aderezado con una aceituna. Estuvimos allí mucho tiempo, pero no cruzamos ni una sola palabra. Lo extraño de la situación me hacía pensar que hacíamos allí. Todo era realmente raro, pero por algún motivo que todavía desconocía seguía a aquella mujer misteriosa guiado por el ensimismamiento, deseo o quien sabe el motivo. Pero allí estaba yo.

Cuando terminó su bebida me miró, y con un simple gesto se levantó y me indicó que la siguiera. Regresamos al ascensor, bajamos una planta y tras abrirse las puertas salimos a un pasillo enmoquetado en color burdeos con las paredes revestidas en madera. Giramos hacia la derecha y mientras íbamos caminando por el pasillo (siempre ella delante de mí) nos cruzamos con un hombre de pelo blanco y unos penetrantes ojos azules; que me saludó y me llamó por mi nombre.

—Buenos días señor Richard.

Me extrañó mucho ya que, aunque me resultaba familiar no creía conocerlo. Además, era la primera vez que pisaba aquel hotel. Por unos segundos pensé en pararme hablar con él, pero al ver que ella se alejaba continué mi camino y seguí andando sin dar la mayor importancia a lo que había sucedido. Al fondo del pasillo se podía ver una puerta de doble hoja con un cartel que rezaba: «The Veranda One-Bedroom Suite». Nos paramos frente a ella, sacó la llave del bolso y la introdujo en la cerradura. Con un cuarto de vuelta se abrió. Accedió al interior dejando la puerta abierta en un claro gesto de invitación a seguirla y aunque dudé un instante, finalmente decidí a entrar. La habitación era enorme ¿Qué hacíamos ahí?, ¿para qué me quería? Cerré la puerta tras de mí y contemplé todo lo que había a mi alrededor. La cama se encontraba junto a un enorme ventanal con unas cortinas en color beige que se apoyaban en el suelo de madera. El ventanal tenía unas puertas francesas desde las que se podía acceder a una pequeña terraza situada bajo el mirador Veranda, con espectaculares vistas a la 6th Avenue. Junto al otro lado del ventanal había un pequeño sillón de cuero marrón oscuro con un reposapiés; a los pies de la cama un arcón de madera con una curiosa cenefa (algo así como un cuerpo de un hombre sin cabeza). Bajo él una alfombra jaspeada también de color marrón claro. El cabecero de la cama era de tela, con un ribete en marrón oscuro y el centro acolchado en color gris perla. Frente a la cama un escritorio de madera a juego con las dos mesillas que había situadas a ambos lados de la misma. Sobre él había un ordenador portátil. A la derecha de éste una puerta corredera que daba paso a otra estancia, en la que había un sofá de dos plazas en color gris perla flanqueado por unas pequeñas mesas auxiliares y una lámpara de pie de diseño. Completaba la segunda instancia dos pequeños

sillones color beige, una pequeña mesa de madera y cristal, y un mini bar.

Cubriendo el suelo, una alfombra de color negro con una decoración vegetal en color blanco. Mientras recorría la habitación con la mirada pude observar cómo aquella mujer misteriosa me observaba desde el centro de la habitación, entonces comprendí que debía acercarme. Me cogió de la mano suavemente. El tacto de su piel era cálido y suave.

Me arrastró hacia el dormitorio. Yo no puse ningún impedimento a aquel gesto, me sentía como en una nube. Me soltó y se acercó a la cama, quedando de espaldas hacia mí, se llevó las manos a la cabeza y suavemente se soltó el pelo, que rápidamente se deslizó sobre sus hombros. Un ligero aroma a jazmín brotó en el aire. Se giró y clavando su mirada en la mía dedicándome una maravillosa sonrisa. Un ligero temblor recorría todo mi cuerpo imaginándome una noche de pasión juntos. La tarde llegaba a su fin y los últimos rayos de sol se filtraban tenuemente a través del ventanal, tiñendo toda la habitación de un maravilloso color dorado y provocando una sensación de cálido bienestar. A lo lejos se oía una leve melodía que reconocí al instante porque últimamente la escuchaba muy a menudo; era la sonata «Claro de Luna». Lentamente se bajó la cremallera de la falda, se deslizó suavemente hasta el suelo dejando ver unas piernas perfectas. Su mirada ya no era la habitual en ella; ahora no parecía tan segura y autoritaria, sino que, más bien transmitía provocación y timidez a la vez.

Se llevó las manos hacia los primeros botones de su camisa y lentamente comenzó a desabotonarlos. La camisa se abrió dejando ver un sensual escote. La dejó caer al suelo mostrando un conjunto de ropa interior de encaje negro. Lentamente se acercó a mí sin desviar su mirada, como una pantera cuando acecha a su presa. Metió sus manos bajo mi chaqueta y ágilmente la deslizó sobre mis hombros. Comenzó muy despacio a desabrocharme la camisa, introdujo sus manos bajo ella y me acarició. Yo me dejaba hacer; no podía oponer ningún tipo de resistencia; estaba paralizado por su belleza y su sensualidad. Se acercó más a mí, pegando su pecho contra el mío. Pude notar así su cálida piel. Me desprendió de la camisa y la arrojó descuidadamente sobre el escritorio. Agarró nuevamente mi mano y tiró de mí hacia la cama. Sentados los dos sobre ella de una cubitera sacó una botella de champán y dos copas. Sirvió un poco en cada una y me ofreció una de ellas. Sus labios se apoyaron sensualmente en la copa y bebiendo lentamente me clavo la mirada. Con mis manos temblorosas no atiné a beber y derramé parte del champán sobre mi pecho. Ella se acercó y extendió su mano recogiendo así el líquido que corría por mi cuerpo.

Se llevó los dedos a la boca y provocadoramente se mojó los labios. Me quitó la copa, la depositó en una de las mesillas y me obligó a tumbarme sobre la cama con suavidad. Ella se colocó sobre mí a horcajadas. La luz de la luna llena que entraba por el ventanal acariciaba su piel canela, provocando que todo aquello pareciera un espejismo o un sueño del que no quería despertar. Puso sus manos sobre mi pecho y me acarició, se inclinó lentamente sobre mí y rozó sus labios con los míos. Pude probar así su boca carnosa y humedecida por el champán. Con gesto felino me quitó los pantalones (yo estaba inmóvil, sólo podía admirar su perfecto cuerpo sobre el mío). Ella llevaba toda la iniciativa, pero era momento de reaccionar, tenía que hacer algo. La miré a los ojos fijamente y con ambas manos le desabroché el sujetador con cierta delicadeza, dejando al descubierto sus pechos.

Sus pezones estaban erectos, ella cogió mi mano y la dirigió a uno de sus senos y pude sentir la dureza de los mismos bajo la piel de mis manos. Su piel era suave como la seda. En respuesta a mis caricias desprendió un leve gemido y se abalanzó sobre mí regalándome su boca en un apasionado beso. Su cuerpo comenzó a balancearse en un movimiento rítmico y acompasado. Yo me agarré a su cintura mientras ella se inclinaba hacia atrás apoyando sus manos en mis piernas.

Con un movimiento de cabeza provocó que sus cabellos cayeran sobre su espalda y con continuos gemidos de placer comenzó a acelerar sus movimientos. Sus pechos se movían al compás del ritmo que marcaban sus caderas. Quitó sus manos de mis piernas, me miró con ojos felinos y arrancó mis manos de su cintura colocándolas sobre sus pechos. Las gotas de sudor corrían entre ellos y se entrelazaban con mis dedos. Sus gemidos y jadeos cada vez eran más fuertes. Repentinamente paró; sus pezones se endurecieron más de lo normal y los poros de su piel se contrajeron, soltó un grito ahogado de placer antes de continuar. Esto mismo ocurrió una vez más hasta que nuestros cuerpos desnudos se relajaron. Yacimos los dos exhaustos sobre la cama y, abrazados fuertemente el uno contra el otro, nos quedamos dormidos en un plácido sueño.

Una brisa fresca hizo que a media noche despertara y comprobase que ella ya no estaba a mi lado, pero su perfume a jazmín flotaba aún en el ambiente. La busqué con la mirada y entonces la vi desnuda en la terraza de la habitación. El aire corría y acariciaba su piel desnuda; su pelo ondeaba al viento y, aunque hacía frío, parecía que a ella no le importaba. Estaba inerte mirando al infinito. Tras estar unos segundos contemplando aquel bello espectáculo, decidí levantarme arrastrando conmigo la sábana. A medida que me acercaba a ella, podía ver cómo la luz se proyectaba en su cuerpo y en su pelo. Era un bello espejismo en un solitario desierto. Llegué a su lado y le puse la sábana sobre los hombros para proteger su cuerpo desnudo del viento, pero ella se giró y dejó caer la sábana al suelo, aunque nunca llegó a tocarlo, pues una fuerte ráfaga de viento hizo que saliera volando y se perdiera en abismo de la noche, dejándonos a los dos solos y desnudos. Me miró a los ojos. Sus ojos verdes esmeralda tenían un brillo especial esa noche.

Antes de que pudiera decir nada, colocó su dedo índice en mi boca, se acercó a mi hasta que pude notar sus pezones erectos y fríos en mi pecho y con un leve susurro me dijo: «Me llamo Mouna». Aquello hizo que recordara el sueño en el que una hermosa mujer me susurraba algo, pero al despertar nunca recordaba el mensaje. Además, parecía que me había leído el pensamiento y supiera que aquello que me había dicho al oído era justo lo que yo quería saber. Me cogió de la mano y me condujo hacia la cama, se tumbó sobre ella esperando a que la tomase y no lo dudé ni un segundo. Me abalancé sobre su cuerpo, le agarré las dos manos y las coloqué sobre su cabeza, introduje mi miembro erecto y pude notar su sexo cálido y húmedo. Gimió de placer al notarme dentro de ella; sus ojos se tornaron blancos, abrazo mis glúteos con sus piernas obligándome a empujar con más fuerza.

Sus jadeos y gemidos me hacían esforzarme aún más para mantener ese punto de disfrute, pero de pronto hizo que parase. Me apartó, se dio la vuelta y colocándose de espaldas a mí, me ofreció todos sus encantos. Yo acepté gustosamente, comenzando así un frenético baile de idas y venidas hasta que finalmente todo terminó en un estallido de infinito placer. Permanecimos así un buen rato. Ella, de vez en cuando, al notarme dentro soltaba un leve gemido que terminaba en suspiro, y finalmente caímos agotados sin separar nuestros cuerpos en los brazos de Morfeo.

Capítulo 3

Abrí los ojos y la cabeza me daba vueltas. Estaba desconcertado. Apenas hacía unos minutos me encontraba en una habitación de hotel con una mujer espectacular y ahora estaba escondido tiritando de miedo como un niño pequeño. Salí rápidamente de mi escondite, pero al salir una sábana cayo tras de mí, estaba teniendo un déjà vu.

Me giré vi a un hombre pálido de mediana edad, complexión atlética y pelo negro que resaltaba aún más por la lividez de su piel. Me quedé mirando unos instantes. Sus rasgos me eran familiares y no sabía por qué. Intenté recordar, pero a mi mente no llegaba ningún recuerdo. Me fijé unos instantes en sus brazos que estaban repletos de marcas que parecían ser múltiples pinchazos. Bajé la mirada y en sus muñecas también había marcas de color púrpura que parecían haber sido causadas por ataduras. Entonces recordé quien era, pero no era posible. ¿Qué hacía él ahí?, ¿por qué estaba muerto? De pronto abrió los ojos y me miró fijamente, ¡No era posible! ¡Estaba muerto! Me agarró la mano con fuerza mientras sus ojos se clavaban en los míos.

Yo tiré para soltarme, pero no podía. Tiré más fuerte y el cuerpo cayo inerte en el frío suelo. Justo cuando iba a salir corriendo de aquella pesadilla, me agarró el tobillo impidiéndomelo. Lo miré aterrorizado; el levantó la cabeza y dijo algo que no pude escuchar bien, pero de lo que sí estaba seguro es de que había dicho mi nombre. Desperté alterado y empapado en sudor por aquella terrible pesadilla. Miré al techo de la habitación y suspiré aliviado. Volvía a estar en el hotel. Extendí mi mano buscándola y no la encontré, observé la terraza recordando que la última vez ella estaba allí, pero en esta ocasión no era así. Me levanté de la cama y busqué su ropa, pero tampoco estaba. Me dejé caer en la cama pensando si se habría marchado sin decir nada. Ella había entrado en mi vida igual que había salido, como un fantasma. Rápidamente me incorporé, me vestí y salí a buscarla afuera, pero antes de salir de la habitación una pregunta me asalto:

¿Todo lo vivido aquella noche había sido real o un sueño? Una ligera brisa se coló por la puerta de la terraza haciendo que se renovara el aire de la habitación y, un leve olor a jazmín llegó hasta mí. ¡Ella había sido real! Salí por la puerta pensando que quizás podría estar en el mirador Veranda, así que cogí el ascensor ansioso por encontrarla.

Al llegar, uno de los camareros se me acercó y me susurró: «Su mesa ya está preparada Sr. Richard». Me resultó un tanto extraño, pero recordé que eso mismo había ocurrido el día anterior, en aquella ocasión con ella. Me dirigí a la mesa en la que el día anterior habíamos estado tomando algo, pero no estaba. Solamente había una copa ancha llena de algo que parecía Martini con una aceituna en su interior. Ni siquiera me senté; tenía que encontrarla y saber más de ella. Regresé a la habitación. De camino a ella me crucé con el mismo hombre que la noche anterior me había saludado. Me giré y lo agarré del brazo.

—Perdone mis modales, pero, ¿ha visto usted a la misma mujer que me acompañaba ayer noche?

—¿Cómo dice? Anoche cuando me crucé con usted Sr. Richard iba solo. Yo no vi a ninguna mujer con usted —mi corazón se sobresaltó. ¿Podiera ser que no se diera cuenta de que la mujer que iba unos pasos delante de mí fuera conmigo? Seguramente sería eso.

—La mujer que iba unos pasos delante de mí ayer por la noche, ¿la ha visto? —le insistí. Usted también se debió cruzar con ella, ¿no lo recuerda?

—Ayer por la noche, con el único que me crucé en el pasillo fue con usted —esa fue su tajante respuesta, y tal fue mi expresión de sorpresa que aquel hombre me preguntó. Sr. Richard, ¿está usted bien? —hice caso omiso a su pregunta y regresé corriendo a la habitación.

Entré desesperado y la busqué por todas partes, pero no había ni rastro de ella. ¡No podía haberse desvanecido! ¿Cómo era posible que aquel hombre no viera anoche a una mujer como ella, alguien inolvidable para cualquier mortal? Mi desesperación iba en aumento; ella había causado en mí una dependencia como la que tienen los yonkis con las drogas. Decidí bajar a la recepción y buscarla por el restaurante, tal vez estaba desayunando allí. Fui de nuevo hasta el ascensor y entonces recordé que el ascensorista también la había visto.

—Buenos días, disculpé —le dije— ¿No habrá visto usted a la mujer que venía ayer conmigo? —interrogué al joven muchacho.

—Lo siento señor, pero no puedo ayudarle, ayer fue mi día libre —me contestó— pulsando el botón del cierre de puertas del ascensor.

Llegamos a la planta baja y el ascensor se detuvo con un leve golpe. Sus puertas se deslizaron suavemente. Salí apresuradamente y sin mirar atrás me dirigí al otro restaurante. Entré en él y lo escruté con la mirada intentando encontrarla en cualquier rincón de aquel gran salón. Pero la búsqueda fue en vano. Un fuerte dolor de cabeza hizo acto de presencia en mí; por unos segundos perdí la orientación y casi caigo al suelo. Cuando conseguí reponerme de aquel súbito mareo, pregunté a uno de los camareros si había otro restaurante o salón en el hotel. Tras las indicaciones del camarero me dirigí hacia otro salón, pero en esta ocasión, al igual que en el anterior tuve la misma suerte: no estaba. Este salón era más informal, con una decoración primaveral; estaba situado en algo parecido a un invernadero. A la derecha se podían ver los jardines del hotel a través de unas cristalerías; entre mesa y mesa había maceteros con naranjos; la iluminación la aportaban unas lámparas de diseño muy curioso en color amarillo.

Las mesas eran redondas para unos cuatro comensales y el suelo era de cerámica color blanco y negro. De nuevo me sobrevino el dolor de cabeza y al intentar apoyarme en una de las mesas para no caerme, sin darme cuenta tiré la bandeja que traía uno de los camareros que pasaba a mi lado. Esto hizo que todo salón se quedase en silencio mirándome. Salí de allí como pude. Me paré, apoyando las manos en las rodillas y cerrando los ojos. Y en esta posición me vino un flashback. Recordé haber entrado con ella en el hotel, llegar a la recepción y ver cómo el recepcionista le entregaba la llave de la habitación donde pasamos aquella noche. Así que me dirigí a la recepción del hotel para preguntar. Llegué a la recepción con un fuerte dolor de cabeza.

—Hola buenos días, ¿me recuerda? —le pregunté al recepcionista.

—Sí claro, como no Sr. Richard, ¿en qué puedo ayudarle? —me pregunto amablemente.

—¿No habrá visto usted a la señorita que me acompañaba ayer? Aquélla a la que usted le entregó la llave de la habitación The Veranda One-Bedroom Suite —mi voz sonaba algo ansiosa y precipitada y mi dolor de la cabeza cada vez era más fuerte.

—Disculpé, pero la llave de esa habitación se la entregué ayer a usted —contestó mientras me observaba algo desconcertado— y no a ninguna señorita.

Me dio una fuerte punzada en la cabeza, mientras un sudor frío me caía por la frente. No podía ser cierto lo que acababa de escuchar. Mis piernas comenzaron a temblar, casi no podía mantenerme en pie, me giré y me apoyé en el mostrador de la recepción. ¿A qué se debían estos tremendos dolores de cabeza que me dejaban por unos segundos desorientado? La gente me miraba extrañada, levanté la vista hacia la entrada, pensando en salir de allí para coger un poco de aire y, allí estaba. No era posible mis ojos me debían estar engañando. Era el hombre de la pesadilla que había tenido esa misma noche. Aunque ahora su piel tenía mejor color, era el mismo individuo, moreno con complexión atlética. El me miró y por su expresión parecía que me había reconocido. A juzgar por su expresión ni por asomo me esperaba ver allí. Se quedó paralizado en la puerta mirándome fijamente; de su bolsillo sacó un teléfono móvil, pero antes de que pudiera

llamar, otro hombre que no pude distinguir le agarró la mano impidiendo así que efectuara aquella llamada. Mis ojos se tornaron blancos. Un instante después caí al suelo. Lo último que recuerdo que pude escuchar fue al recepcionista que me decía: «Sr. Richard ¿Está usted bien?». «¡Llamen a una ambulancia!».

Capítulo 4

No sé cómo me encontré deambulando por la 6th Avenue; miré hacia atrás y vi al botones del hotel llamándome a lo lejos, pero continué mi camino. En mi mente sólo tenía un pensamiento, y ese pensamiento era encontrar a ella. La obsesión que tenía era algo fuera de lo común, se me acumulaban las preguntas: ¿Dónde estaría?, ¿por qué se iría así del hotel? Estaba confundido y no entendía nada de lo que estaba sucediendo. Aquel hombre... por unos segundos quise recordarle, pero no me era posible. De una cosa sí estaba seguro, él me conocía, y yo a él creo que también. Nada en mi cabeza está claro. Levanté la vista y vi que me encontraba frente al Bryant Park en Manhattan. Había recorrido más o menos un kilómetro absorto en mis pensamientos y no me había dado ni cuenta. Miré alrededor. La gente estaba patinando en la pista de hielo. Como todos los años ya por esas fechas ya estaba puesto el árbol de Navidad. De fondo podía oír los cánticos navideños de los niños. Bajé la cabeza y mirándome los zapatos de pronto me di cuenta ¿Cómo era posible que estuviera puesto el árbol de Navidad? Hacía 2 meses que habían pasado las navidades, o eso creía. Me acerqué a un expendedor de periódicos para comprar uno. Miré la fecha, 06 de diciembre del 2001 ¿Cómo era posible? ¡Si estábamos en año 2013! Me froté los ojos con la manga de la chaqueta y volví a mirar el periódico. Ahí seguía la misma fecha... ¡pero eso no era posible! Ahora sí que estaba confundido. Mi cabeza era incapaz de procesar toda aquella información tan desconcertante. A mi lado se detuvo un individuo que introdujo una moneda en el expendedor de periódicos y sacó uno de los ejemplares y se puso a leerlo. Yo, por encima de su hombro pude leer el titular de la noticia que estaba en primera plana: «La Alianza del Norte, con apoyo de EEUU, toma Kandahar». Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. De ese suceso me acordaba perfectamente, como si hubiera pasado ayer mismo, pero si mi memoria no me fallaba aquello había ocurrido aproximadamente 12 años. Levanté la vista del periódico y el corazón se me salía del pecho. Dirigí la vista hacia el parque y allí la vi, patinando tranquilamente en la pista de hielo, pero esta vez no estaba sola. Un hombre la acompañaba. No podía ver su rostro desde donde estaba, así que decidí acercarme para verla mejor ¡Por fin la había encontrado! A ella como siempre se la veía espléndida, radiante, se podía apreciar la felicidad en su rostro. Su estilo de patinaje era exquisito, parecía flotar sobre el hielo y todo el mundo la observaba como si de un ángel se tratara. Se preparó para dar un salto, se fue a una de las esquinas de la pista para coger velocidad, comenzó a patinar con fuerza por la pista y, cuando iba por el medio se impulsó y en el aire hizo una pirueta que provocó los aplausos de todos los presentes. Su pelo ondeaba al viento. Al aterrizar puso mal el pie y se dobló el tobillo, cayéndose al suelo y dándose un tremendo golpe en la cabeza. La gente que la estaba viendo se amontonó encima de ella. Yo al verlo, salí corriendo hacia allí para saber si estaba bien. Mientras me acercaba al lugar, gritaba su nombre con todas mis fuerzas «Mouna, Mouna», pero no obtenía respuesta. Aparté como pude a las personas que se amontonaban alrededor de ella y, finalmente llegué a su lado. La cogí del hombro, mi corazón latía acerbamente, pero al girarla, todas mis esperanzas se desvanecieron al instante cuando pude comprobar que aquella chica, aunque parecida, no era ella. El hombre que la acompañaba me agarró del brazo para apartarme y yo salí disparado del grupo de gente que estaba alrededor. Me levanté del suelo, sacudí mi ropa y seguí mi camino decepcionado. Pero, ¿hacia dónde? Decidí continuar por la 6th Avenue en dirección Central Park. No sé por qué motivo, pero mi cuerpo y mi mente me pedían que fuera en aquella dirección.

De camino me paré frente a un restaurante: «Rue 57». El caso es que me resultaba familiar,

pero no podía recordar por qué. Mientras lo miraba una sensación de bienestar invadió mi cuerpo. Sabía que en aquel lugar había pasado ratos muy buenos y que allí estaría a salvo.

El restaurante estaba situado entre la 6th Avenue y la 57th Ventures Street. La puerta principal hacia esquina a las dos calles y sobre ella un cartel luminoso anunciaba el nombre del restaurante en letras grandes de color negro con el fondo iluminado en amarillo. En ambas calles, junto a la fachada habían colocado veladores. Sobre ellos, había unos toldos de color rojo en los que se podía leer la variedad de comida que servían en el restaurante. Me quedé mirando la puerta principal y después de pensármelo me decidí a entrar. La decoración interior era típica francesa, comparable a cualquier restaurante de la calle Montparnasse. El suelo estaba decorado con pequeños hexágonos de color blanco y negro intercalando uno negro por cada tres blancos. Justo a la entrada, en el lado derecho, había situado un tresillo para hacer la espera más amena cuando el restaurante estaba lleno.

Frente a él estaba el recepcionista tras un atril. Las columnas del local eran de madera de color miel con detalles en tonos rojizos y un tallado en la parte central; la iluminación central provenía de unas lámparas de araña. En algunas de las columnas estaban expuestas botellas de vino francés; en la otra punta del local, se podía ver otra entrada que daba a la 6th Avenue. Frente a esa entrada había situada una barra de bar. Hacia allí me dirigí; me senté en uno de los taburetes de color rojo tapizados en cuero y, esperé a que la señorita me atendiera. Mientras tanto, observaba de espaldas a la barra el ajetreo del restaurante e intentaba recordar por qué me era familiar aquel lugar.

—Hola, buenos días, ¿qué le sirvo? —dijo la señorita muy amablemente.

—Un Martini con aceituna por favor —un escalofrío recorrió mi cuerpo; esa era la bebida que ella bebía y por una extraña razón yo la había pedido.

—Ahora mismo señor —dijo la camarera, mientras yo me daba la vuelta rápidamente para rectificar en mi decisión.

—Señorita un segundo, mejor póngame... —a mi cabeza no llegaba otra bebida que no fuera aquélla. La camarera se dio la vuelta para atenderme y, en su rostro pude ver una expresión de sorpresa y a la vez de alegría.

—¿Richard, eres tú? —me preguntó y, durante unos segundos se quedó mirando cada parte de mi rostro— Sí, eres tú ¡Qué alegría volver a verte! —salió de detrás de la barra y se acercó a mí, abrazándome cálida y fuertemente—. ¿Dónde te has metido todo este tiempo? —preguntó ella. Pero yo no conseguía recordarla y menos darle una explicación, ya que ni yo mismo sabía dónde había estado. Se escuchó una voz desde el fondo del bar.

—Emily continúa con tu trabajo y deja a los clientes en paz —dijo un hombre. Ella levantó la mirada, puso mala cara y regresó tras la barra. Se inclinó sobre ella y guiñándome un ojo, me susurró.

—En media hora termino, coge tu mesa de siempre, te invito a comer y hablamos.

Pero, ¿cuál era mi mesa de siempre? Me giré y miré a mi alrededor, a mi mente vino un recuerdo que me hizo distinguir de entre todas las mesas una de ellas; una sensación me decía que allí había pasado alguno de los mejores momentos de mi vida. Me levanté del taburete y me dirigí hacia la mesa. Según me iba acercando, a mi cabeza llegaban imágenes confusas. En ellas podía ver a una mujer de espaldas con una larga cabellera negra y frente a ella un hombre. Los dos estaban hablando y riendo; en sus carcajadas se podía notar la felicidad, pero sus rostros se veían borrosos.

Esto me llevo a pensar que seguramente uno de ellos era yo, pero, ¿quién era esa mujer? Llegué a la mesa y me senté esperando a que me atendieran. No tardó en llegar un camarero y mirando su libreta me preguntó.

—Muy buenas señor, ¿qué desea tomar? —realmente no tenía hambre, pero como si de un impulso se tratara le contesté.

—De primero me gustaría un *'Chef Tasting Platter with sushi & sashi'*. Y de segundo un *'Fillet mignon with homemade hed potato and pearl onions'* —El camarero recogió la carta, levanto la cabeza y por unos segundos, se quedó mirándome fijamente pero no dijo nada. Dio media vuelta y se marchó.

Esperando lo que había pedido miraba a aquella chica, y la sorprendí mirándome con ojos impacientes. La observaba trabajar y entonces me di cuenta de que había pedido la comida sin mirar la carta. No tardó mucho en llegar el camarero con lo que había pedido. Lo depositó sobre la mesa.

—Buen provecho, señor —me deseó antes de retirarse. La camarera de la barra ya había terminado su turno y se dirigía apresuradamente hacia mi mesa.

—Ya estoy aquí, Richard —dijo eufórica—. No sabes lo contenta que estoy de verte después de tanto tiempo.

—Emily, ¿verdad? —pregunté sin saber siquiera porqué lo hacía.

—Claro Richard —me contestó extrañada.

—¿Tú no vas a comer nada? —le pregunté sin pensar.

—No, no tengo hambre, gracias Richard. Tú como siempre tan atento con las mujeres —me guiñó un ojo.

—Me vas a tener que perdonar, pero no me acuerdo de ti —hice una pequeña pausa intentando medir mis palabras—. No sé exactamente quién eres. Este lugar me resulta familiar pero no sé el motivo —mientras estas palabras salían de mi boca, ella abrió la suya con gesto de sorpresa.

—¿Cómo que no te acuerdas de...? me estás tomando el pelo, ¿verdad? —me dijo sonriente e incrédula—. Tú como siempre, tan bromista; ahora me dirás que no te acuerdas de cuando venías aquí una vez por semana a cenar —dijo mientras me daba un pequeño golpe en el hombro—. Pues para no acordarte de nada has pedido justo tus platos preferidos. ¿Tampoco te acuerdas de lo nuestro? —dijo sonrojándose. Pero antes de que siguiera la interrumpí.

—Te explico —le hable con tono calmado y serio—. Hay cosas que hago inconscientemente, por impulsos, sin darme apenas cuenta —contesté casi avergonzado—. Te puedo asegurar que no recuerdo nada; es más, yo creía que estábamos en el año 2013 —ahora fue ella la que me interrumpió.

—Pues claro que estamos en año 2013. ¿En qué año te crees que estamos? —dijo extrañada.

—¿Hoy no es 6 de diciembre de 2001? —mi voz sonó dubitativa.

—¿Estás loco Richard?, ¿qué te pasa?, ¿te has escapado de un manicomio?, ¿no recuerdas tampoco a tú...? —no pudo concluir la frase.

La puerta del restaurante se abrió con un fuerte estruendo; tan fuerte que el cristal de la misma se partió en mil pedazos, cayendo todos al suelo. Dos individuos vestidos con trajes de color negro entraron en el interior. Ambos medirían alrededor de 1,85, corpulentos, de complexión atlética. Se detuvieron y comenzaron a buscar a alguien. Uno de los camareros se acercó a ellos y les preguntó, quiénes eran y qué hacían allí. No respondieron ninguno de los dos. Comenzaron a escrutar el restaurante hasta que dieron con lo que buscaban, y para mi sorpresa, a quien buscaban era a mí. Se miraron y sin mediar palabra se dirigieron a la mesa en la que yo me encontraba sentado con Emily.

—Señorita apártese de este hombre. Es peligroso —dijo uno de ellos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Emily.

—FBI —fue su única respuesta.

Uno de ellos agarró por el brazo a Emily y la levantó de la mesa, apartándola a un lado tras él. Yo permanecí sentado en la mesa. No sabía cómo reaccionar; no sabía por qué me buscaba el FBI. Mientras uno de ellos me miraba, el otro se acercó a mí y me agarró del brazo.

Le devolví la mirada y no sé muy bien cómo, pero le cogí del brazo y terminó con la cara pegada en la mesa del restaurante. Rápidamente, el otro individuo se me echó encima, pero esto fue lo peor que pudo hacer, ya que un instante después se encontró tirado en el suelo con la nariz rota. Al hombre que tenía agarrado le golpeé en la nuca y se quedó inconsciente sobre la mesa. Miré a Emily y salí corriendo del restaurante por la entrada situada en 57th Ventures Street. Al salir choqué con un hombre que en ese momento intentaba entrar al restaurante, cayéndose al suelo sobre la acera. En ese preciso momento no podía pararme a ayudarlo y continúe corriendo en dirección a Central Park. A mi espalda escuché cómo me llamaban por mi nombre y enseguida reconocí la voz. Eso me hizo detenerme y volver la cabeza.

Tirado en suelo estaba el mismo hombre de pelo blanco y ojos azules con el que me había cruzado dos veces en el hotel. ¿Qué hacía allí?

—¡Richard, detente! —le miré un momento y enseguida me giré para seguir corriendo—. Richard no sigas por ese camino. Es por tu bien —me volvió a gritar— ¡Detente! —por unos segundos me detuve dubitativo y, un sin fin de preguntas brotaron en mi cabeza. ¿Quién era él para decir eso?, ¿sería también del FBI? No podía arriesgarme y continúe corriendo alejándome de él —. ¡Detenedle, que no escape! —le oí decir. Me di la vuelta y pude ver cómo de un coche negro salían dos hombres ataviados con la misma indumentaria que los dos que había dejado k.o. en el restaurante y comenzaron a perseguirme.

Llegué a West 59th Street y cuando me disponía a cruzar, frente a mí pasó un taxi que me dejó paralizado. En su interior estaba aquella mujer misteriosa del hotel, tan preciosa y atractiva como siempre. Mi corazón se aceleró al verla pasar y más aún cuando ella se fijó en mí. En su mirada pude notar un atisbo de asombro.

—¡Detenga el taxi! —se oyó en el interior del mismo.

—Perdone señorita, no la he entendido —exclamó asombrado el taxista.

—¡Le he dicho que pare! ¡Ahora mismo! —gritó con tono de impaciencia.

Pude ver cómo se detenía el taxi unos metros más allá e intenté salir corriendo en su dirección, pero no pude dar más de dos pasos. Una descarga eléctrica provocada por un taser hizo que cayera fulminado como un tronco. Enseguida noté cómo me agarraban, me esposaban y rápidamente me metían en el interior de un coche. Desde el interior del vehículo vi cómo ella llegaba al lugar donde unos segundos antes había estado yo. Observé cómo me buscaba con la mirada sin encontrarme; en sus ojos pude ver la desesperación y la tristeza unidas al asombro por no encontrarme. Había estado otra vez tan cerca, pero a la vez tan lejos. Ella se quedó parada mirando al infinito, intentando una explicación a mi repentina desaparición. Mientras, yo me alejaba a toda velocidad en el interior de aquel vehículo, sin saber ni mi destino, ni mi suerte.

Capítulo 5

Llegué a la Universidad Rensselaer Polytechnic Institute. Era mi primer día de trabajo en aquel centro y mis nervios estaban a flor de piel. Aunque no era un gran trabajo por lo menos me serviría para sobrevivir. Tenía que agradecerle al gobierno la ayuda que nos otorgaba a los veteranos de guerra para la reinserción en la vida civil. Muchos de mis antiguos compañeros se habían suicidado al encontrar que tras la guerra no tenían cabida en la sociedad estadounidense. Yo, a mis 40 años, me consideraba aún útil para realizar algunos trabajos; mis problemas mentales no me afectaban para realizarlos mientras me tomase la medicación. Todo iría bien. Después de varios trabajos en gasolineras como dependiente, o en alguna tienda que otra, ahora me veía en esa universidad para realizar trabajos de limpieza (o como a mí me gustaba llamarlo «Ingeniero técnico de limpieza»). Entré en la recepción del rectorado para presentarme y que me indicaran cuál sería mi labor allí (aunque no era necesario, ya que era muy simple: limpiar, limpiar y limpiar), pero como era lógico, me querían conocer. Una señora de unos 50 años con traje pantalón, una camisa de color blanca y pelo canoso con un simple recogido el cual le daba un aspecto severo y distante. Me dijo:

—Buenos días, ¿qué quiere? —preguntó con aire frío.

—Bu...bu...buenos días, que...que...quería hablar con el rector, el Sr. Paul Douglas —contesté yo con mi habitual tartamudez y tic de cabeza.

—Sí un momento, ¿de parte de quién? —contestó ella mirándome de arriba a abajo, escrutando cada centímetro de mi cuerpo.

—Me...me...me llamo Richard O'Connor y vengo pa el trabajo de limpieza, de...de...de la reinserción de veteranos de guerra —contesté nervioso.

—Un momento —y haciendo un gesto de desprecio, descolgó el teléfono.

Allí me quedé de pie, frente al mostrador de la recepción, mientras ella le comunicaba al Sr. Douglas mi presencia. Su forma de tratar a las personas debía de ser, por los años de trato con los estudiantes, lo que había hecho de ella una mujer tan fría y pude notar que tenía un leve acento inglés. No tardó mucho en llegar el Sr. Douglas. Iba impecable, con un traje de color gris oscuro. Era un hombre grande y grueso; mientras esperaba a que me atendiera, pude ver cómo su trato era amable con todo el que se le cruzaba. Me miré de abajo a arriba para comprobar que mi pobre vestuario estaba lo más decente posible; ese día me había puesto lo mejor que tenía: una camisa de leñador de cuadros rojos y blancos que sólo tenía un año de uso, los pantalones que conseguí gracias a un mendigo que por las noches ve-nía a pedir a una de las gasolineras en las que estuve trabajando, y los zapatos, eran obsequio del ejército de salvación (eso sí tres tallas más grandes, pero no tenía otros). Él se acercó a mí (mi nerviosismo iba en aumento), me extendió la mano y con un fuerte apretón me saludó.

—Sr. O'Connor, ¿verdad? —me dijo con una sonrisa en su rostro.

—Zzzzz...zí, zoy yo —dije visiblemente nervioso.

—Pase usted, por favor —me dijo mientras me indicaba con la mano el camino—. Charlotte, unos cafés con leche, por favor —le indicó a la recepcionista, que me miró y con un giro de cabeza y mirada de desprecio, se fue a por ellos.

—Tome asiento, por favor.

—Gra...gra...gracias.

—Llámeme Paul —dijo mientras tomaba asiento—. Al fin y al cabo, vamos a ser compañeros, ¿no?

—Co...co...compañeroz —esas palabras me tranquilizaron un poco.

—Bueno, ¿qué le parece la universidad? —se recostó en su sillón esperando mi respuesta.

—Bu...bu...bueno, ez mu grande —contesté.

—Buena respuesta —dijo entre risas—. Me alegro de tener entre nosotros a un hombre que ha luchado por nuestro país. Es un privilegio.

—Bu...bu...bueno, ze hizo lo que ze pudo —dudé unos segundos en dar mi respuesta.

Entró en el despacho la recepcionista con los cafés que el Sr. Douglas le había pedido. El despacho era amplio, todo revestido en madera, con una gran mesa de escritorio de roble, escoltada por un gran sillón de cuero en el que se sentaba el Sr. Douglas. A su derecha, una pequeña biblioteca. A su izquierda, un diván [algo que me sorprendió, pero que más tarde pude saber, es que el Sr. Douglas también era psicólogo]. Frente a él había dos pequeños sillones también de cuero, y entre ellos, una mesa donde la recepcionista puso la bandeja con los cafés. Debajo, una gran alfombra con el escudo de la universidad completaba la regia decoración del despacho.

—Charlotte, por favor, sírvanos —dijo el rector.

—Como usted guste, Sr. Douglas —contestó ella. Pero su mirada hacia mí no era de amabilidad precisamente—. ¿Cómo quieres el café? —me preguntó.

—Con...con...con leche por favor —ella lo sirvió y al ir a entregármelo lo dejó caer sobre mis piernas.

—¡Oh! Perdóneme —dijo ella con una sonrisa maliciosa en la cara.

—Qué mala pata —dijo el Sr. Douglas—. Habrá que limpiarlo y usted, Richard, se tendrá que cambiar de ropa.

—Claro que sí Sr. Douglas —dijo Charlotte—. Ahora mismo le traigo una fregona a Richard y que lo limpie. Así demuestra que sabe hacer su trabajo —después de eso salió por la puerta con una tremenda sonrisa en los labios.

—Disculpa, en el fondo no es mala persona —dijo el Sr. Douglas resignado—. Mientras esperamos, entrégueme los papeles que le pidieron y así mañana mismo comienza usted a trabajar —Abrió el sobre que le había entregado—. Veo que viene usted desde la otra punta de la ciudad —hizo una pequeña pausa midiendo sus palabras— ¿No le interesaría mejor quedarse en la universidad? Aquí tenemos un cuarto donde se hospedaba el antiguo conserje —me miró esperando una contestación. Pero al ver que no decía nada continuó—. Así no tendría que estar desplazándose todos los días y, para qué le voy a engañar, para nosotros sería una ventaja tenerle aquí.

—Po...po...po muchaz gracias. La verdad que no me vendría nada mal —aquello era perfecto.

—Pues no se hable más. Ahora llamo a Johnson y que le acompañe al edificio de bioquímica —hizo otra pausa— ¿O prefiere ver primero dónde se va a hospedar?

—Co...co...co como uzte quiera —en esto, la Sta. Charlotte hizo acto de presencia en el despacho con un cubo y una fregona.

—Pues si no le parece mal vea donde se va usted a hospedar y, posteriormente que le enseñen el resto de la universidad. Charlotte recoja usted el café del Sr. Richard, que ahora él no puede —me miró y me guiñó un ojo en actitud de complicidad. Se abrió la puerta y el Sr. Jacob Johnson apareció; era un hombre de color, de alrededor de unos 50 años y de 1,95 de estatura, con un físico que bien parecía sacado de una película de boxeo. Como detalle a destacar, en el cuello llevaba colgado un rosario.

—Buenos días Johnson —dijo el Sr. Douglas—. Acompañe a Richard al cuarto antiguo del conserje, que allí es donde se va alojar —Johnson se acercó a mí y me estrechó la mano con

firmeza.

—Buenos días; acompáñame, por favor —salimos del despacho, mientras la Sta. Charlotte discutía con el Sr. Douglas.

—¿Me...me...me permite que antez paze por mi camioneta a recoger miz cozas?

—Sí, claro, ¿dónde la tiene aparcada? —dijo Johnson.

—Po...po...poz en la entrada del edificio —y ambos nos dirigimos hacia allí.

Allí estaba mi querida *Bell*, un pickup GMC del 65 que, aunque un poco destartada, todavía daba guerra. Johnson se quedó mirándola con cara de asombro por los múltiples golpes y manchas de óxido que la hacían parecer abandonada. No pegaba mucho con los Honda y Lincoln Continental que había aparcados a su lado.

—Richard, ¿has venido en eso hasta aquí?

—Zi...zi...zi parece peor de lo que realmente ezta.

—Aquí no podrás dejarla aparcada. Llévela a la parte de atrás y apácala junto al Suburban verde, que es mío.

—Va...va...va...va...vale. Zube. Echo un vistazo a la camioneta, me miró con una sonrisa en su cara y dijo.

—Déjalo, prefiero ir andando, te espero en la parte de atrás.

Hice lo que me indicó; bajé del coche y cogí mi viejo macuto de cuando estaba destinado en Afganistán. Le seguí hasta el interior del edificio, bajamos una planta en dirección a los sótanos y cerca de las calderas estaba mi habitación; no era mucho más grande que cualquiera de las celdas que tienen en las prisiones estatales, con una simple cama, una pequeña mesa de madera que estaba calzada con un pedazo de papel y en la pared había un viejo espejo partido por la mitad; debajo del mismo un pequeño lavabo y una vieja taquilla. Era más de lo que podía esperar, viniendo de vivir en los albergues, donde te tenías que pelear por una simple cama. La iluminación consistía en una simple bombilla colgada de su casquillo, pero hay que decir que, por lo menos, el cuarto estaba limpio. Me fijé en una estantería que estaba llena de objetos, y el Sr. Johnson se dio cuenta de ello.

—Todo lo que ves aquí ahora te pertenece; puedes quedártelo o tirarlo. Perteneció al antiguo conserje, un hombre ya mayor que no está entre nosotros —santiguándose, me miro y susurro. Que dios nos le coja en su gloria.

—Gra...gra...graciaz, lo tendré en cuenta.

—Se me olvidaba, mañana pásate por la recepción y pídele a Charlotte que te entregue la tarjeta de aparcamiento y tu pase personal. Así no tendrás problemas con la seguridad del campus.

Dejé mi macuto encima de la cama, Johnson me entregó la llave, cerré y nos marchamos de allí para que me enseñara el resto de la universidad. Cogimos un pequeño vehículo eléctrico, que era el que se utilizaba para moverse por el campus y nos dirigimos al edificio de bioquímicas, que era donde yo desempeñaría mi trabajo. Llegamos allí. Me dejó en la entrada y se marchó. Aquella parte me la enseñaría un tal Smith. Entre en el edificio y justo en la entrada estaba el control de seguridad del campus; el guardia me observó de arriba a abajo y se levantó de la silla. Era un hombre orondo y mal encarado. Cuando entré estaba comiéndose una gran bolsa de patatas y se dirigió a mí de muy mala manera.

—Tú; quieto ahí; ¡ni te muevas! ¿Quién eres y qué quieres?

—Yo...yo...yo zoy el nuevo ingeniero técnico de limpieza —me sentí intimidado.

—¿Inge...qué? Vamos, desembucha sino quieres acabar mal —sus palabras me hicieron ponerme nervioso y esto incrementaba mi tartamudeo y la frecuencia de mi tic.

—Yo...yo...yo...yo zo...zo...zoy el nuevo encargaado de la limpieza del edificio —le dije como

pude.

—¿Tú eres Richard? Ya me habían comunicado que vendrías. Pide tu uniforme a Charlotte. Si no, mañana no entrarás y te lo descontarán de la paga, ¿te has enterado?

—*Zzzzzzzzi*. Mañana lo pido —se sentó y me hizo un gesto para que me acercara a donde estaba él.

—Aquí tienes tu tarjeta de identidad para este edificio. Con ella podrás entrar en las aulas y en algunos laboratorios —hizo una extraña pausa mientras se sacaba con su dedo índice un trozo de patata de entre los dientes—. Menos los que veas con un cartel de la empresa Black Water. Espera ahí, que ahora vendrán a buscarte —dijo mientras volvía a coger la bolsa de patatas.

Desde donde yo me encontraba podía ver un largo pasillo y a la derecha dos ascensores. Se oyó cómo el ascensor paraba en la planta baja. De él salieron dos hombres. Ambos vestían batas de color blanco. Uno de ellos tenía una larga barba y unos acentuados rasgos árabes; más tarde, al escucharle hablar, se confirmaría mi suposición. El otro que le acompañaba parecía americano.

—Buenos días, mi nombre es Khûrî Jatip y soy el Decano de esta facultad —se presentó el que tenía rasgos árabes—. Le doy la bienvenida y deseo que sea feliz aquí; esto es como una gran familia. El es Peter Smith; le guiará por las instalaciones y le enseñará todo lo que deba saber de las mismas. Después de estas palabras se dio la vuelta, se dirigió al ascensor y desapareció.

—Muy buenas Richard —me saludó el Sr. Smith.

—Zi...zi...zi. Azí me llamo, mucho guzto Peter, eztoy a zu entera dizpozición —contesté con tono tembloroso.

—¿Tiene ya su tarjeta de acceso?

—Zi...zi...zi. La tengo.

—Pues entonces adelante, sígame. Como podrá ir comprobando hay zonas en las cuales *usted* no podrá acceder, son áreas *restringidas*. En *el resto* de los laboratorios no tendrá ningún problema de acceso; también he de comentarle que deberá permanecer en el edificio desde las 6:00 de la mañana hasta las 22:00 de la noche, teniendo por supuesto sus ratos de descanso —pasamos por varios laboratorios y zonas de pruebas con animales. Me quedé impresionado porque todo estaba immaculado—. Aquí en esta sala es donde usted tendrá que traer los diferentes residuos de los distintos laboratorios. Aparte del uniforme de la universidad, aquí tendrá que llevar una bata de color blanco —hizo una pequeña pausa y continuó hablando—. En la planta baja junto al control de seguridad tiene usted un cuarto; en él encontrará todo lo necesario para desempeñar su trabajo. Creo que no se me olvida nada —se quedó pensando unos segundos—. ¿Tiene alguna duda que preguntarme?

—Yo...yo...yo quiero zaber cómo tengo que limpiar en las zonas en las que no puedo entrar —frenó en seco su paso, se dio la vuelta, me miró con ojos desafiantes y me contesto a la pregunta sin parpadear ni una sola vez.

—Vamos a ver, Sr. Richard, en esas áreas usted *no tiene que* limpiar; de eso se encargan otros. Si se le encuentra cerca de alguna de ellas sin autorización será ¡INMEDIATAMENTE EXPULSADO! del centro —se acercó más a mí—. ¿Le ha quedado lo suficientemente claro o se lo repito? —mi tic y tartamudeo se me acentuó por la respuesta que me había dado.

—Zi...zi...zzzzi. Me...me...me ha quedado claro —le contesté claramente nervioso.

—Pues con esto ya hemos terminado. Mañana le quiero aquí a las 6:00 y sea puntual o de lo contrario se tomarán las medidas que se crean necesarias.

Alargó su mano para estrechármela y se marchó. Yo salí del edificio y allí estaba esperándome Johnson, en el interior del vehículo eléctrico, para llevarme de regreso al Rectorado. De camino, me enseñó el resto de la universidad y estuvimos hablando largo y tendido sobre la época en el

frente. Sobre todo, me estuvo explicando el día a día de la universidad, pero también pude saber más de él. Era un hombre muy religioso, y el físico que tenía no era por casualidad, ya que de joven había sido boxeador profesional, pero una lesión en su ojo derecho le hizo retirarse. Ahora estaba trabajando de personal de mantenimiento y en sus ratos libres se sacaba un dinero extra enseñando a boxear a los jóvenes de la universidad. Por fin llegamos a mi alojamiento; no estaba acostumbrado a tener mi propia habitación con mis objetos personales en ella y sin tener que preocuparme de que alguien me los robara. Johnson me dejó en mi habitación y se marchó.

Había sido un día agotador y lo único que me apetecía era sacar mis pocas pertenencias y tumbarme a leer el libro de John D. Marks «En busca del candidato de Manchuria» que me habían «prestado» en uno de los albergues. Era tal mi agotamiento que no tenía ganas de cenar, pero Johnson había comprado unas hamburguesas y me invitó, así que decidí comer algo mientras leía. No tardé en quedarme dormido. Aunque el libro era muy interesante, me pudo el cansancio.

Capítulo 6

Habíamos quedado en la cafetería del Hotel Eventi, situado en la 851 6th Avenue. Yo como siempre llegaba puntual a mi cita, pero mi jefe se retrasaba como era habitual en él; la cafetería era muy acogedora, con zonas reservadas con pequeñas mesas y unos sofás de piel muy cómodos. Todo estaba enmoquetado de color rojo. Madera en las paredes y unos paneles forjados en hierro con unos dibujos abstractos hacían de aquel sitio un lugar íntimo y discreto.

Pasaban 15 minutos de la hora señalada y no había rastro ni de mi jefe ni de los dos italianos que tenían que venir con él (seguramente se hubiera retrasado el vuelo en el que venían). Yo estaba deseoso de poder ver lo que habían conseguido los dos científicos y comprobar si era real o era un simple engaño para sacar dinero a la empresa. Vi entrar a mi jefe con los dos italianos. Ya estaban aquí. Mi jefe confiaba mucho en mí, no era la primera vez que hacíamos esto y siempre nos salía bien. Se acercaron a mí los tres, mi jefe vestía su traje de la suerte de color azul oscuro. Era un hombre bajito y gordo, pero muy inteligente en lo que a negocios se refería, pero el trato humano me lo dejaba a mí. Uno de los italianos llevaba una camisa blanca y unos pantalones de color negro, combinados con unos estupendos zapatos de diseño. Tenía pinta de modelo más que de científico, con su pelo rizado y engominado hacia atrás y una perilla bien perfilada. El otro en cambio, sí parecía más un científico, de pelo ralo y gafas. Vestía una camisa de cuadros con varios bolígrafos en uno de los bolsillos, pantalón vaquero y zapatillas, y bajo el brazo llevaba una carpeta en la que imagino traía toda la documentación del proyecto que nos iban a presentar. Llegaron a mi altura, mi jefe el primero. Me estrechó la mano y me guiñó un ojo.

—Hola Richard, perdona la tardanza, pero el vuelo se retrasó —dijo mi jefe.

—Hola Morgan, no hay problema. Me ha servido para ver un poco este estupendo hotel y reservar las habitaciones para nuestros invitados —le dije mientras miraba a los dos italianos.

—Me alegro Richard —contestó mi jefe—. Te voy a presentar. Este es Luigi Rossi —nos estrechamos la mano el modelo y yo— y éste es Giuseppe Focardi —me miró y me saludó con un leve gesto de cabeza, sosteniendo entre sus brazos y pegada a su pecho la carpeta que traía—. Él es nuestro traductor y científico especialista, Richard O'Connor —les dijo mi jefe.

—Encantado, siéntense por favor —les dije—. ¿Qué desean tomar?

—No hará falta traductor —contestó Luigi—. Sabemos perfectamente hablar en su idioma.

—Mejor aún —dijo Morgan. Y yo asentí con la cabeza. En ese momento llegó una camarera; yo, como siempre, pedí Martini; Morgan un whisky con hielo; «el modelo» pidió un *coco-beach* y su compañero un simple vaso de agua.

—Bueno, si quieren podemos empezar con lo que nos han traído —les dije. Giuseppe me extendió la carpeta con toda la documentación. Mientras mi jefe charlaba con Luigi, yo la ojeaba bajo la mirada vigilante de Giuseppe.

El dossier de todo el experimento estaba muy bien documentado, con multitud de pruebas y con los estados de cada una. Hubo un detalle que me dejó perplejo. La última prueba había sido un día anterior a la reunión que estábamos teniendo. Todo estaba escrupulosamente detallado y en el proyecto se podía ver el cariño que aquellos dos científicos habían puesto a su logro. Este tipo de energía había causado una gran controversia en la comunidad científica, y ahora ante mí, tenía a dos científicos que aseguraban que habían conseguido una fuente de energía barata e inagotable, llamada y conocida por toda la comunidad por «fusión fría». Ya en la década de los 80, otros dos científicos llamados Stanley Pons y Martín Fleischmann anunciaron que habían conseguido la fusión fría, pero su experimento no pudo ser reproducido por otros laboratorios. Ahora tenía entre

mis manos el trabajo de estos dos científicos, que demostraban cómo con un reactor nuclear habían conseguido una reacción nuclear a temperatura ambiente, en la que los dos núcleos atómicos se unen para formar uno mayor mientras liberan una gran cantidad de energía. Su experimento arrojaba unos datos de 12.400 vatios de energía calórica con una inversión previa de 400 vatios. El reactor que habían utilizado lo llamaban reactor de fusión «níquel-hidrógeno». La explicación que había en el *dossier* citaba: «cuando los núcleos de níquel e hidrogeno se fusionan en el interior del reactor, la reacción produce cobre y una gran cantidad de energía. El reactor utiliza menos de un gramo de hidrógeno y su arranque requiere de unos 1.000 vatios de electricidad, que se reducen a 400 en cuestión de minutos. Por cada minuto de funcionamiento, la reacción consigue convertir 292 gramos de agua a 20 gramos de vapor seco a más de 100 grados de temperatura. Y dado que elevar en 80 grados la temperatura del agua requiere de cerca de 12.400 vatios de energía, calculamos que se produjo 31 veces más energía que la utilizada para llevar a cabo el experimento ($12.400/400=31$). Con esto, podemos decir que se puede generar electricidad a un coste inferior a un céntimo por kilowatio, que es una cantidad muy inferior a la que se consigue con los métodos actuales».

En un anexo a este informe aparecían unos pequeños gráficos en los cuales se podía ver que durante el experimento se produjo una pequeña radiación *gamma*, lo que indicaba que, en el interior efectivamente se estaba produciendo una reacción nuclear. Una pequeña nota bajo esta gráfica rezaba: «En la versión comercial, los reactores tendrán limitada su capacidad y producirán sólo ocho veces más energía de la que utilizan para garantizar la seguridad en todo momento. También hay que decir que el proceso no libera radiación fuera del reactor y no produce residuo nuclear alguno. Además, los reactores son modulares y se pueden alinear en serie o en paralelo, para así alcanzar prácticamente cualquier potencia que se desee».

Terminé de leer este largo informe sobre el experimento realizado por los dos italianos, la verdad es que todo lo que había leído parecía lógico, pero ahora faltaba el interrogatorio para saber si todo esto era cierto o una pantomima.

—Giuseppe, una pregunta, ¿estos experimentos de los que habláis en el *dossier*, tenéis alguna prueba gráfica, algo como una grabación de video?

Ni siquiera contestó, simplemente sacó del bolsillo un DVD y me lo entregó. Yo rápidamente saqué el portátil, inserté el DVD y visioné toda la grabación. En esa grabación se podía ver el reactor y todo el proceso del experimento realizado varias veces. Antes de que pudiera decir nada, Luigi me dijo una cosa que me dejó paralizado. Luigi aseguraba que uno de sus reactores llevaba trabajando de continuo dos años, suministrando energía a una pequeña fábrica que no nombró. La reacción de Giuseppe a estas declaraciones no se hizo esperar; una mirada faltó para que Luigi se callara, pero esto le daba más crédito a lo que acabábamos de oír.

Me dirigí hacia Morgan para comentarle algo y sin darme cuenta derramé el vaso de agua de Giuseppe. Rápidamente cogí el *dossier* para que no se mojase, mientras que los demás intentaban limpiar aquel desastre. Giuseppe me miró con mala cara y me arrebató los documentos.

—Perdonad mi torpeza —me disculpé.

—Bueno, creo que estamos todos muy cansados y necesitamos un rato de relax, así que, por favor, vayan ustedes a sus habitaciones y esta noche quedamos para cenar y concretarlo todo —dijo Morgan—. Además, hay una fiesta en el mirador Veranda.

Nos estrechamos las manos y Morgan y yo nos quedamos en la cafetería hablando y tomando unas copas, mientras los dos científicos italianos se dirigían a sus habitaciones. Habíamos quedado en el restaurante a las 22:00. La firma de este contrato supondría a la empresa unos ingresos impresionantes, ya que sería la única empresa que tendría los derechos sobre esta nueva

tecnología, pero primero había que convencerles a ellos de que nuestra empresa «Ten.News», era su mejor elección, y dado que habíamos tenido la suerte de poder ser los primeros en ver el *dossier*, y comprobar que el experimento era real, teníamos que tomar una decisión rápido para hacernos con el contrato.

A las 22 en punto entraron por la puerta del restaurante Luigi y Giuseppe: la decoración del salón era exquisita, como todo en aquel hotel. Combinaba la madera con unas largas cortinas en los grandes ventanales de color blanco y beige. Las mesas eran redondas, para ocho comensales; las sillas eran negras forradas en cuero blanco. Las mesas estaban decoradas con un mantel blanco y en el centro estaban adornadas con un bouquet de flores; sobre ellas, una lámpara en acero proporcionaba la iluminación. En el techo unas pequeñas luces hacían efecto de un cielo estrellado, las columnas del salón eran onduladas y completamente blancas, y tapizando todo esto unas enormes alfombras decoraban el suelo.

—Buenas noches, señores —dijo Morgan, estrechando la mano a Luigi, mientras Giuseppe asentía con la cabeza—. ¿Han conseguido descansar de su largo viaje?

—Sí, gracias. Las habitaciones elegidas son muy acogedoras —contestó Luigi.

—Pasemos a cenar si así lo desean. Me han dicho que aquí hay una comida estupenda —habló Morgan.

—¿Alguna duda sobre el experimento? —preguntó Luigi sin rodeos mientras tomábamos asiento.

—Pues la verdad es que solamente una —contestó Morgan.

—¿Cuál es? —miró extrañado Luigi.

—Richard ha estado estudiando el *dossier* y tiene dudas acerca de la ubicación de esa fábrica que dicen que lleva dos años funcionando con uno de estos reactores.

—Siento no poder decirles cuál es la ubicación de dicha fábrica ni su nombre, pero si finalmente cerramos el contrato con su empresa, lo sabrán —como siempre, era Luigi el que contestaba.

—Me lo imaginaba, pero comprenderán que tenía que intentarlo —contestó Morgan con una sonrisa en la cara.

Una vez habíamos pedido no tardaron en traernos la comida y ahora era el momento de preguntarles cómo conseguían este proceso, ya que en el *dossier* mostrado por los italianos sólo se explicaba lo que pasaba y su reacción, pero en ningún momento decían cómo habían llegado a esa conclusión.

—Una pregunta más, ¿si me lo permiten?, ¿cómo es todo el proceso para llegar a cabo este experimento? —pregunté a Giuseppe.

—Siento tener que decirles que como en el caso anterior, no se puede desvelar —me contestó Luigi y antes de que pudiera hablar Giuseppe me interrumpió.

—La idea general del experimento consiste en que un núcleo de hidrógeno, un protón, (p-) y un núcleo de un isótopo de níquel (Ni) reaccionan formando un núcleo excitado de cobre (Cu) que decae en otro isótopo de níquel liberando energía. Con esto estimamos una reacción de energía de unos 35 Mev —dijo Giuseppe.

—Sí, eso está muy claro, pero, ¿cuál es el sistema que ustedes utilizan? —insistí.

—Le repito que no se lo podemos decir, lo siento mucho —dijo Luigi. En ese momento, dejamos de hablar del experimento y continuamos cenando y hablando de cosas triviales.

Una vez terminada la cena nos trasladamos al mirador Veranda. Allí se celebraba una fiesta y podríamos estar más cómodos. Llegamos pedimos las bebidas en la barra y continuamos con la conversación que habíamos comenzado en el comedor. Mientras hablábamos pude percatarme de

la presencia de una señorita que estaba situada en la mesa más apartada del mirador y que no dejaba de mirarme; me fijé mejor en ella y entre las sombras sólo puede ver el destello verde de sus preciosos ojos. Tenía una mirada penetrante y segura. Me la quedé observando fijamente y ella no apartó la vista de mí. Se levantó de la mesa, salió a la luz de la luna y al abrigo de las lámparas del mirador y ahí fue donde pude verla mejor. Era una mujer impresionante; mediría alrededor de 1,70m de altura y de cuerpo delgado bien proporcionado. La luz se reflejaba de forma especial en su piel canela, y ese efecto la hacía resaltar por encima de todo y de todos; su pelo liso y de color negro intenso le llegaba por la mitad de la espalda. Uno de los mechones le caía por delante tapando cuidadosamente uno de sus pechos; llevaba puesto un vestido blanco de tubo que resaltaba aún más el tono de su piel. Le llegaba por encima de las rodillas, marcando sus perfectas y largas piernas. No sé por qué, pero de repente sentí un gran deseo de ir hacia ella. No podía dejar de mirarla. Me tenía cautivado y cuanto más la miraba mi deseo de poseerla era mayor.

No podía contenerme. Se dio la vuelta y se dirigió andando hacia los ascensores. Entonces mi corazón dio un vuelco (parecía como si me lo hubieran arrancado y viera cómo se lo llevaba entre sus manos).

Cuando me quise dar cuenta ya me estaba yendo en su dirección. Mis piernas no respondían a mis órdenes y mis ojos estaban clavados en ella. Entró en el ascensor, se giró y me observó mientras las puertas del ascensor se cerraban; comencé a acelerar el paso, pero cuando llegué a los ascensores ya era demasiado tarde. Pude ver que se había detenido en la planta inferior. Entonces decidí bajar por las escaleras de emergencia; mi corazón parecía el de un adolescente con latidos fuertes y continuos, estaba nervioso y me temblaban las manos. Cuando llegué al piso de abajo y abrí la puerta de la escalera de emergencia pude ver un largo pasillo y a ella dirigiéndose a una habitación al final del mismo. Me apresuré para no perderla de vista.

Ella en ningún momento giró la cabeza buscándome; parecía como si supiera que la estaba siguiendo. Cuando llegaba a los lugares por los que anteriormente ella había pasado, se podía oler su perfume a jazmín. No sabía por qué, pero en mi cabeza sonaba una melodía: la Sonata claro de luna de Beethoven. Vi cómo entraba en la habitación del final del pasillo y aceleré el paso para llegar hasta ella lo antes posible. Una vez estuve frente a la puerta pude ver un cartel que decía: «The Veranda One-Bedroom Suite», y no supe qué hacer. Mi corazón, mis manos, mis piernas, estaban en un estado de alteración impropio en mí. Reuní fuerzas y decidí llamar y esperar contestación, pero allí no se oía nada. Viendo que nadie iba a abrir la puerta decidí darme la vuelta y marcharme por donde había venido. Agaché la cabeza, metí las manos en los bolsillos y comencé a andar sobre mis pasos. ¿Pero qué era eso que tenía en mi bolsillo? Lo cogí y pude ver que era una llave de habitación (pero yo no estaba hospedado en el hotel). Me fijé mejor en el llavero que colgaba de la llave; en él había un número, el 53. Me volví para mirar la puerta de la habitación en la que minutos antes había estado llamando, en la que ella había entrado, y el número coincidía. ¿Cómo era posible? No entendía nada. No perdí ni un segundo. Me acerqué a la puerta, introduje la llave en la cerradura, di un cuarto de vuelta y la puerta se abrió. Entré en la habitación buscándola, pero no había nadie. ¡Era imposible! ¡Yo la había visto entrar! Me puse a rebuscar por todas partes; miré en el baño, en la habitación, pero hubo algo que me paró en seco al abrir uno de los armarios. Solo había trajes de hombre. No entendía nada. Cerré el armario y cuando me disponía a salir de la habitación un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me encaminé de nuevo al armario y lo abrí.

Entonces los vi allí colgados. ¡Todos aquellos trajes eran míos! Abrí los cajones de debajo del armario y allí estaban mis camisas con mis iniciales grabadas: R.O. Mi cabeza no encontraba una

explicación a lo que estaba sucediendo. De pronto, oí cómo se abría la puerta de la habitación y entraba alguien. Fui hacia la puerta pensando que podía ser ella, pero lo que me encontré fue totalmente distinto. Un hombre con traje negro y pelo blanco estaba parado mirándome fijamente. Sus ojos azules eran fríos como el hielo, sin expresión ninguna.

—Dame los documentos y el DVD, Richard —dijo aquel tipo con una voz autoritaria y fría.

—¿Qué documentos? —no sabía de qué me hablaba.

—Los que tienes en tú maletín —yo seguía sin entender nada.

—No sé de qué me habla, ni sé quién es usted —aquello no me gustaba.

—Mira debajo de la cama, allí encontrarás lo que te estoy pidiendo —dijo aparentemente enfadado.

Hice lo que me dijo, saqué el maletín de debajo de la cama (efectivamente estaba allí como había dicho aquel hombre). Abrí el maletín. Había unos documentos y un DVD. Los cogí y cuando me iba a dar la vuelta, noté un fuerte golpe en la nuca y caí en la cama. Mientras caía, le escuche que decía: «Descansa, al fin y al cabo, estás en tu habitación».

Capítulo 7

Me desperté sobresaltado pensando que me había quedado dormido, pero eran las 05:00 de la mañana y mi hora de entrar en el laboratorio era las 06:00. Me vestí y fui hacia el Rectorado para que Charlotte me entregara la tarjeta del vehículo, mi uniforme y la tarjeta personal.

Llegué, pero estaba cerrado; entonces decidí sentarme en los jardines que había frente al edificio y esperar a que abriesen. Llevaba un rato esperando cuando el equipo de fútbol pasó por delante. Supongo que acababan de terminar el entrenamiento matutino. Uno de los chicos del equipo se acercó a donde yo me encontraba y me increpo.

—Tú, fuera del jardín —me dijo—. Aquí no puedes mendigar. Como no te vayas, llamamos a la seguridad del Campus.

—Zo...zo...zoy de...de...de la...—No me dejaron terminar la frase, cuando otro me agarró del brazo y me levantó.

—Míralo, no sabe ni hablar. Vamos, fuera de aquí —y me lanzó contra su compañero que en vez de cogerme, me dejó caer al suelo, dándome un fuerte golpe contra él.

—Qui...qui... ¡Quietoz! Zoy el nuevo de la limpieza —les grité.

—Espera, espera —gritó otro chico— dice que es de la limpieza.

—¿Qué dices? Es un mendigo; ¿no ves cómo va vestido? Vamos, fuera de aquí si no quieres acabar mal —mientras esto ocurría, pasaba en su Suburban de color verde Jacob, que cuando vio lo que estaba pasando se bajó del coche y se acercó a donde yo estaba.

—¿Qué pasa aquí? —dijo Jacob.

—Nada, este mendigo, que dice que trabaja aquí en la limpieza —le contestó uno de los chicos.

—¡Dejadle que se levante! —me incorporé como pude clavando una de mis maltrechas rodillas en el suelo— ¿Richard, eres tú?

—Zi...zi...zi. Zoy yo —le contesté como pude.

—Ven conmigo Richard. Con vosotros ya hablaré más tarde. Ahora marcharos a las duchas —les ordenó.

No me había dado cuenta de que ya era la hora de entrar a trabajar en la facultad de bioquímicas, así que le pedí por favor a Jocab que me acercara. Me dejó en la puerta sobre las 06:15. Llegaba tarde, sin uniforme, sin identificación, y por mi cabeza se paseaba el recuerdo de Peter Smith diciéndome que fuese puntual, que si no era así, se tomaría, las medidas necesarias. Entré por la puerta y allí estaba el de seguridad, el mismo hombre de la otra vez. Estaba como siempre comiendo una gran bolsa de patatas.

—¿Dónde vas, Richard? —me dijo con autoridad.

—A...a...a tra...tra...trabajar —le contesté apesadumbrado.

—Un momento, espera ahí —descolgó el teléfono, marcó, y esperó a que alguien le contestara—. Buenos días Sr.Peter. Tengo en la entrada del edificio a Richard, el de la limpieza. Pero como puede comprobar llega tarde, sin su uniforme, y además sin tarjeta identificadora —se quedó callado esperando órdenes—. De acuerdo. Ahora se lo comunico —colgó el teléfono y me miró fijamente—. Richard, no puedes entrar, así que vete. Además, me ha dicho que no regreses —en su rostro pude apreciar una leve sonrisa cuando me lo decía.

—Va...va...vale —me di la vuelta y me marché sin decir nada.

Con las manos en los bolsillos, los hombros caídos y la cabeza gacha me dirigí al Rectorado. Fui directo a la habitación y empecé a recoger mis pocas pertenencias, sería por la lentitud al

recoger que me parecieron demasiadas para lo que normalmente llevaba. Sabía que no tardarían en llamar a la puerta para comunicarme mi despido, y cuando ya casi estaba terminando, justo entró Jacob.

—Richard, te está buscando Paul. Sube a su despacho. Tiene que hablar contigo.

—¿Pa...pa...para qué? —le pregunté, aunque sabía de sobra el motivo.

—Vamos, no preguntes y mueve el culo que te está esperando —dijo mientras me agarraba del brazo.

Subí a la recepción y me encontré con la siempre simpática de Charlotte (que creo que sería la segunda vez que la veía sonreír).

—Pasa, te está esperando —me dijo.

Pedí permiso para entrar. Paul estaba sentado en su mesa con semblante serio. Cuando me vio aparecer, levanto la mirada.

—Pase, Sr. O'Connor; siéntese por favor —esto pintaba mal, ya que no me había tuteado—
¿Me puede explicar qué ha sucedido esta mañana?

—Yo...yo...yo ezta mañana ez...ez...eztuve ezperando a que ze abriera el Rectorado pa coger el uniforme y la acreditación —contesté como pude, por mi esta vez más que acentuado tartamudeo.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó con voz ronca.

—A...a...a laz 05:00.

—El Rectorado no está abierto hasta las 07:00 y —hizo una pequeña pausa— tengo entendido que tu hora de entrar a trabajar es a las 06:00. ¿Por qué no lo recogió el día anterior por la tarde?

—Cha...Cha...Charlotte, como Jacob, me dijo que lo recogiera por la mañana —se quedó pensando unos segundos.

—OK Richard, recoge tu acreditación y uniforme y mañana a las 06:00 estate en el laboratorio —me miró fijamente a los ojos—. Ésta es tu última oportunidad. No metas la pata otra vez y no hagas caso a nadie. Aquí cada uno mira por su interés.

—Mu...mu...muchaz graziaz Sr. Douglas. Azí lo haré —salí del despacho y me dirigí hacia Charlotte—. Cha...Cha...Charlotte ¿Me puede dar mi acreditación y el uniforme, por favor? —fue escucharme y su rostro mudó por completo a su habitual semblante serio y seco. Había pasado de una malévola sonrisa, a cara de pocos amigos. No le había gustado nada escuchar aquellas palabras. Me entregó la acreditación y el uniforme de muy malas maneras y yo, sonriendo, salí tranquilamente de allí.

Esa tarde decidí salir a dar una vuelta por el campus para conocer la universidad, pero pronto me arrepentí de esa decisión, ya que los dos chicos que esa misma mañana me habían maltratado e insultado paseaban por el campus en su flamante coche, un Chevrolet Camaro descapotable de color rojo, que parecía recién sacado del concesionario. Pararon frente a mí y se bajaron de él.

—Hombre, ¿cómo tú por aquí? —dijo el que esa mañana me había zarandeado—. Te tengo que pedir disculpas por lo sucedido —esto me descoloco por completo.

—O...o...o...ok. No...no...no hay problema. A...a...acepto tuz diz-culpaz.

—Y para que veas que me arrepiento de lo sucedido, te invito a una fiesta que vamos a hacer esta noche en nuestra fraternidad. ¿Te apetece venir?

—Te...te...te lo agradezco, pero no puedo aziztir. Mañana tengo que trabajar.

—No pasa nada. Pásate un rato para tomarte una copa y ya está —viendo que por más que dijera que no ellos no iban a parar, decidí decir que sí.

—Bu...bu...bueno. Pero zo...zo...sólo una co...co...copa.

—OK. Entonces esta noche a las doce en nuestra fraternidad.

—Va...va...vale. Graziaz.

Me fui a mi habitación y esperé a que llegaran las doce. Mientras, continúe leyendo el libro de «*En busca del candidato de Manchuria*». Estaba tan inmerso en la lectura que no me di cuenta de que ya casi era la hora, y me tenía que arreglar para ir a la fiesta de aquellos chicos, que por razones que desconocía me habían invitado. Me puse mi mejor ropa y fui para allá. Podía escuchar la música a medida que me iba acercando al edificio de la fraternidad. En la puerta había una colección de vehículos, muchos de ellos recién matriculados. Yo llegué andando tranquilamente. Esa noche hacía una muy buena temperatura y la luna llena iluminaba el camino. No podía imaginar lo que aquella noche me iba a suceder.

Entré en el edificio y allí estaba aquel chico, rodeado de chicas hermosas y casi sin ropa. Una de ellas se me acercó, me cogió de la mano y me llevó a donde estaba él.

—¿Qué tal, Richard?, ¿cómo estás? Pensé que no vendrías —dijo visiblemente borracho.

—Bi...bi...bien. Perdona, pe...pe...pero no ze tú no...no...nombre.

—Me llamo Robert —me extendió su mano y la estrechamos como buenos amigos.

—Mu...mu...mucho guztó —le dije.

—Como puedes ver, tenemos chicas muy guapas por aquí —dijo guiñándome un ojo—. Tienes suerte esta noche. Te puedes llevar a una de ellas a alguna de las habitaciones de la planta de arriba.

—No...no...no pretendo que...que...quedarme mu...mu...mucho.

—Bueno ya lo veremos, coge algo de beber y disfruta un rato.

La noche transcurrió con normalidad. Yo me apalanqué en uno de los sofás y miraba cómo aquellas chicas bailaban, bebían y restregaban sus cuerpos semidesnudos contra aquellos muchachos. Había más mujeres que hombres en aquella fiesta y la gran mayoría de ellas solamente llevaba puesto una simple minifalda y un bikini en la parte superior; sus ojos estaban perdidos. Un fuerte olor a hierba flotaba en el ambiente. Se movían compulsivamente, incluso cuando la música por unos segundos dejaba de sonar.

—Qué, ¿jugamos a la botella? —dijo uno de los chicos.

—Richard vamos a la alfombra, que esta noche sales de aquí con una sonrisa de oreja a oreja —me dijo Robert mientras me tiraba del brazo.

—Ya...ya...ya pero yo...yo...yo me te...te...tengo que marchar pro...pro...pronto —le grité intentando que se me oyera por encima de la música.

—Venga hombre, un ratito, que no nos comemos a nadie —me sonrió—. Finalmente acepté y me quedé un rato, viendo como los chicos hacían girar la botella, formándose parejas de chicos con chicas, chicas con chicas, que subían a la planta de arriba a seguir la fiesta. De pronto me tocó a mí. Comencé a ponerme nervioso, ya que nunca había jugado a este juego y más sabiendo lo que podría venir después.

—Vamos Richard, te toca tirar —dijo Robert.

—Yo...yo...yo, ya me i...i...iba.

—¿Cómo? Tienes que tirar y si no te sale nadie te vas. Si no, tienes que cumplir campeón. Así es el juego —me dijo en un tono más serio.

—Pe...pe...pero yo...yo me i...i...iba a ir ya —Robert se puso furioso.

—¡Vamos! Tira o te enterarás de lo que es bueno —me gritó

—Va...va...va...vale.

Hice girar la botella con todas mis fuerzas, rezando para que no cayera en ninguna de las chicas, y especialmente en una de las que me había fijado; era rubia, con unos ojos color azul claros que no dejaban indiferente a nadie, un cuerpo espectacular, pechos impresionantemente grandes que a veces parecía que se fueran a salir de aquel minúsculo sujetador. Desde que la vi en

la fiesta no había parado de mirarla, y ella en más de una ocasión se había dado cuenta de ello y en respuesta, simplemente me había sonreído con unos perfectos dientes blancos y un quño de sus preciosos ojos azules. Pero el destino es dulcemente cruel y esa noche lo fue conmigo. La botella fue a parar justo donde menos quería que parara, en ella. Solamente me sonrió y se levantó. —Vamos Richard, ¿a qué esperas? —dijo Robert— Sheyla te está esperando, no la hagas esperar tú. Yo no pude pronunciar ni una palabra y sin darme cuenta estaba levantado y me dirigía hacia ella. Me agarró de la mano y subimos juntos a la planta superior, mientras todos nos miraban y cuchicheaban. Llegamos a una de las habitaciones, ella entró primero y una vez dentro se dirigió a mí con voz dulce.

—Cierra la puerta por favor.

—Z...z...zí claro.

Me di la vuelta tras cerrar y la vi parada en medio de la habitación ya sin sujetador y sin falda. Simplemente llevaba un pequeño tanga transparente de color rosa con un dibujo de Mickey Mouse estratégicamente colocado. Mis manos y mis piernas comenzaron a temblar, como si fuera un adolescente en su 1ª vez, y no precisamente era yo el adolescente. Ella llegó a mi altura; sus pechos eran firmes como dos montañas. A pesar de su gran tamaño seguían el compás de sus caderas a cada paso que daba. Me agarró mi mano temblorosa y la puso sobre uno de sus pechos. Pero justo cuando iba a notar su piel contra la mía, la luz de la habitación (y creo que de todo edificio) se fue. Ella gritó y noté un fuerte tirón en mi mano como si alguien tirara de ella, y me soltó.

—Zhe...zhe...zheyla, ¿estáz a...a...ahí? —pero la voz que oí no fue la de la chica.

—No, ya no está aquí con nosotros.

—¿Tu...tu...tú quién e...e...erez?

—Tu peor pesadilla —la luz regresó y pude ver lo que había sucedido. Ella estaba tirada en un charco de sangre sobre la cama y de su cuerpo inerte se podía ver como aun mamaba de su garganta. Miré a mi alrededor y pude verlo. Iba vestido con una túnica de color rojo y en su cara llevaba una careta con dos cuernos, como una representación del diablo.

—Jajajajajaja ahora te toca a ti —dijo una voz cavernosa. Salí corriendo en dirección a la puerta de la habitación y cuando me disponía a abrirla, oí la voz de Sheyla.

—Richard, ¿ya te vas? —me giré y allí estaba de pie al lado de aquel hombre. De su garganta no paraba de brotar la poca sangre que le debía quedar.

La puerta de la habitación se abrió. Frente a mí pude ver a todos riéndose en mi cara e insultándome, y el primero de todos Robert, que me señalaba y se reía a carcajadas. Todo había sido una broma de muy mal gusto. Salí corriendo como pude en mi estado de nervios, y ya en la calle recordé las palabras del rector Paul Douglas, en las que me aconsejaba que no hiciera caso a nadie, que aquí cada uno miraba por su propio interés. Estuve durante un rato deambulando pensando en todo lo sucedido cuando escuché una dulce voz.

—Hola buenas noches —me paré en seco y me di la vuelta.

—Ho...ho...hola bu...bu...buenaz nochez —era una chica preciosa. No sabía de dónde diablos había salido.

—Es usted nuevo; ¿verdad?, ¿es el encargado de la limpieza?

—Zi...zi...zi Zoy yo, ¿y tú...tu...tu erez?

—Perdona, no me he presentado. Mi nombre es Alyssa.

—Mu...mu...mucho gutzó. El mi...mi...mío ez Ri...Ri...Richard, ¿dónde va...va...vaz a eztaz ho...ho...horaz tan de...de...de noche?

—Vengo de la biblioteca, de estudiar, y al verle, pues he pensado que me podía hacer compañía para no ir sola. Me da un poco de miedo y como hoy no ha podido venir a estudiar conmigo Peter, pues me toca ir sola.

—Zi...zi...zi claro. No...no...no te...te...tengo problema al...al...alguno de acom...acom...acompañarte.

—Muchas gracias, Richard.

El nombre que nunca me había gustado sonó hasta bonito saliendo de sus labios. Durante el trayecto no hablamos, simplemente nos hicimos compañía uno al otro.

—Muchas gracias Richard —repitió un rato después—. Yo me quedo aquí —se dirigió a uno de los edificios y antes de entrar se giró y me dijo—. No estés triste. Sea lo que sea no merece la pena. Buenas noches —me quedé parado mirándola sin soltar ni una sola palabra, y luego continúe mi camino hacia mi habitación. Cuando llegué, me tumbé sobre la cama; me quedé mirando al techo pensando en aquella chica y un cálido sueño me embriagó.

Capítulo 8

Sonó el despertador. Eran las 05:00. Por un minuto pensé que lo sucedido aquella noche pasada había sido un simple sueño, pero enseguida me di cuenta de que había sido real. Aquel grupo de estudiantes se había reído de mí. Esperé unos segundos en la cama a que mi mente se organizase. Una vez que esto sucedió, me levanté y me aseo. Me puse el uniforme y como iba con tiempo tranquilamente salí dirección a los laboratorios para empezar a trabajar. Llegué al edificio bastante temprano. Eran las 05:45. No sabía si entrar o esperar a que fuera mi hora. Dudé unos segundos, pero finalmente decidí entrar. Ese día no estaba el vigilante habitual; éste era delgado, casi tanto que no se le veía, bastante más mayor que el habitual y con peor genio como pronto podría comprobar.

—¿Dónde coño te crees que vas? —me dijo con muy malos modales.

—Zo...zo...zoy el in...in...ingeniero técnico de...de...de limpieza —dije. Pero mi manera de llamar a mi trabajo no le gustó, ya que se levantó con la defensa en mano y me amenazó.

—¡Qué coño ingeniero de nada! Tú eres el que vienes a limpiar la mierda. Tira para delante que al final te estampo la defensa en la cabeza —a eso no pude ni discutir. Agaché la cabeza, y obedecí sin rechistar. Al pasar a su lado le miré la tarjeta identificativa, y pude alcanzar a leer su apellido; López.

—¿Qué estás mirando, tarado? —aceleré el paso y me alejé lo antes posible de allí.

Recogí mis utensilios y subí a la primera planta, pero sinceramente no sabía por dónde comenzar. Todo estaba reluciente. Entré en uno de los laboratorios y no había ni basura en las papeas, así que decidí abrillantar los suelos. Mientras estaba en ello pasé por uno de los laboratorios prohibidos. La puerta estaba abierta. Me paré para poder ver en su interior y antes de que pudiera hacerlo, la puerta se cerró de golpe. De una puerta adyacente salió un enorme vigilante con un uniforme negro. En él se podía leer *Black Water*. Simplemente con su mirada me lo dijo todo. Al cuello llevaba un subfusil Uzi de calibre 9mm (algo ilógico en unos laboratorios). Parecía un gorila con sus 2 metros de alto y unos 120 Kg de peso de puro músculo. Yo disimulé y continúe abrillantando el suelo de los pasillos.

Mi primer día de trabajo en los laboratorios se me hizo corto. Todo era nuevo para mí. Pero algo me resultaba extraño. Durante todo el día por aquellos laboratorios no pasó ni un estudiante. Pero a falta de cinco minutos para que terminara mi turno y mientras me encontraba dejando el material en el cuarto de la planta baja, la puerta principal se abrió y comenzaron a entrar unos estudiantes. Serían unos 10. Se dirigieron a los ascensores. Me puede fijar en que se detenían en la 3ª planta aquella planta había laboratorios de acceso restringido. Pensé que quizás o probablemente vendrían a realizar prácticas, así que termine de recoger mis cosas y me marché. Al salir por la puerta, vi a lo lejos a Alyssa, pero hoy no iba sola, la acompañaba un chico alto, delgado, con aspecto de estar enfermo, nariz perfilada, ojos hundidos y unas pronunciadas ojeras. Intenté escabullirme sin que me viera (yo no era buena compañía para ella), pero justo cuando iba hacerlo, ella me vio y me indicó con la mano que me acercase, así que no pude negarme.

—Ho...ho...hola Alyssa, bu...bu...buenas noches —saludé.

—Hola Richard, buenas noches. Me alegra verte. Mira, éste es mi amigo Peter, del que te hablé la otra noche —dijo mientras le señalaba.

—Mu...mu...mucho gusto Pe...Pe...Peter —pero aquel muchacho parecía abstraído de la realidad y ni si quiera me miró.

—No se lo tomes en cuenta. Está un poco enfermo —dijo ella intentando justificar la actitud de

su amigo—. Venimos de la biblioteca y vamos a nuestras habitaciones —me dijo con su habitual sonrisa—¿Quieres acompañarnos? Al fin y al cabo, vamos en la misma dirección, ¿no? —mientras decía esto me guiñó un ojo y su cara se iluminó con una preciosa sonrisa.

—Va...va...vale oz a...a...acompañó —no podía negarme a sus encantos.

—¿De dónde vienes tú? —preguntó tímidamente.

—De...de...del trabajo en loz laboratorioz —cuando dije esto el chico pareció volver a la realidad y me miró—. Ha zido mi primer día de trabajo.

—Espero que todo te haya salido bien.

—Zi...zi...zi Todo bi...bi...bien.

No tardamos mucho en llegar. Ya era hora de separarnos. Esa niña era encantadora y hablar con ella era un placer. Además, ya empezábamos a conocernos mejor.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo con su dulce voz—. Muchas gracias por la compañía y la conversación.

—No...no...no por di...di...dioz. El guz...guz...guzto ez mi...mi...mío.

—Como todos los días sales a estas horas de trabajar —dijo tímidamente, mientras sus mejillas enrojecían por la vergüenza—, podemos quedar los tres para hacernos compañía de camino a nuestras habitaciones. ¿Qué me dices? —no me esperaba que Alyssa me hiciera esa proposición.

—O...O...OK. Po...po...por mi...mi...mi va...va...vale —contesté con algo más de tartamudeo de lo habitual.

—OK. Entonces mañana nos vemos a la misma hora —aquella niña a la que yo consideraba como si fuera mi hija, me dio un abrazo y se marchó cogiendo de la mano a Peter.

Llegué al Rectorado, cogí a Bell y me acerqué a un restaurante de comida rápida cercano a la universidad. Con el poco dinero que tenía cogí algo de comer y regresé. Ya en mi habitación me puse cómodo y mientras devoraba aquella hamburguesa, lo primero que comía en todo el día (mi economía no me permitía mucho hasta que cobrara), me puse a leer mi libro y para cuando me quise dar cuenta ya estaba dormido.

Esa semana transcurrió con normalidad; por la mañana iba al trabajo con la sola idea de ver a Alyssa por la noche y poder charlar, Peter como siempre la acompañaba. Era un chico muy raro, unos días estaba muy hablador y simpático, y otros días callado y ausente. Ese chico tenía un problema, de eso estaba seguro, pero, ¿cuál? Un día hablando los tres, les comenté mi pobre economía, y les pregunté si sabían alguna manera de ganar dinero (siempre algo legal claro).

—Bu...bu...bueno mi eco...eco...economía no ez...ez...ez muy bu...bu...buena que di...di...digamos —dije avergonzado— ¿No sa...sa...sabréis de al...al...alguna manera pa...pa...para ganar un...un...un dinero ex...ex...extra? Pero al...al...algo legal, no...no...no quiero me...me...meterme en pro...pro...problemas.

—Sí claro, hay una manera —contestó Peter rápidamente. Aquel día estaba más espabilado de lo normal.

—No Peter. No creo que Richard le interese —dijo Alyssa.

—Di...di...dizpara. Ne...ne...neceesito dinero —contesté ansiosamente por saber de qué se trataba.

—En los laboratorios donde trabajas, te pagan por probar medicamentos experimentales —comenzó a contarme Peter—. Tu vida no corre ningún tipo de riesgo. Solamente puedes tener algún efecto secundario o reacción. Si esto sucede, lo retiran para estudiarlo. De todos modos, si quieres saber más de este tema habla, con el Profesor Smith. Él te dirá.

—Pu...pu...puez mu...mu...muchaz graciaz. Ha...ha...hablaré con el...el...él. Esto me abría la posibilidad de ganar un poco de dinero.

Continuamos el camino tranquilamente hablando como todos los días. Me separé de ellos y me dirigí a mi habitación sin ni siquiera cenar. Solamente quería que llegara la mañana siguiente para hablar con el Sr. Smith y preguntarle si yo podría entrar en el proyecto del que me había hablado Peter. Necesitaba dinero, y era una muy buena oportunidad para conseguirlo. A la mañana siguiente estaba en la puerta de los laboratorios a las 05:15 preguntando al vigilante López (que como siempre estaba de muy mal humor), a qué hora estaría en los laboratorios el profesor Smith. Su respuesta fue simplemente un gruñido y una mala mirada. Así que me tocaría esperar hasta que llegase su compañero para preguntarle por el profesor, a ver si tenía más suerte. Sobre las 08:15 bajé a la recepción para preguntar si el profesor había llegado ya. No me hizo falta respuesta ya que justo cuando se abría la puerta del ascensor me lo encontré.

—Bu...bu...buenoz di...di...díaz, profesor Z...Z...Zmith —le saludé tímidamente.

—Buenos días, Richard, ¿qué tal todo?

—Co...co...con uzted que...que...quería hablar. Zi...zi...zi no ez...ez...ez moleztia —le dije entre tartamudeo y tartamudeo.

—¿Algún problema? —contestó extrañado—. Vayamos a mi despacho y hablamos allí tranquilamente.

—U...u...uzted pri...pri...primero por fa...fa...favor —dije cediéndole paso al interior del ascensor.

—Usted dirá qué es lo que quiere —dijo el profesor Smith mientras subíamos en el ascensor de camino a su despacho—, y no se ande con rodeos que tengo prisa.

—O...O...OK te...te...tengo —comencé a hablar con un excesivo tartamudeo como cada vez que me ponía más nervioso de lo habitual—. Entendido que...que...que aquí bu...bu...buzcan a per...per...personaz para ex...ex...experimentar con ellaz —hice una pequeña pausa y continué—, y le...le...lez pagan por...por...por ello —pulsó el botón de stop del ascensor, y me miró directamente a los ojos.

—¿Quién le ha contado eso? —dijo con un tono furioso—. Tal y como lo plantea, esto parece la isla del Doctor Moreau.

—Ha...ha...ha zido un ez...ez...eztudiante que me...me...me lo...—no me dejó terminar de hablar.

—Realmente, ¿qué es lo que quiere usted? —su pregunta tenía un tono severo.

—Po...po...po zacarme un...un...un dinero ex...ex...extra —casi no puede ni escuchar mi propia voz cuando dije aquellas palabras.

—Ahora mismo no puedo explicárselo. Pase después del almuerzo por mi despacho y hablamos con más calma. Así le dejo todo claro, porque creo que el que se lo dijo no se lo explicó muy bien.

—Gra...gra...graciaz pro...pro...profesor Zmith.

El profesor Smith volvió a pulsar el botón y el ascensor se puso de nuevo en marcha. En la planta quinta nos separamos; él se dirigió a su despacho y yo continúe con mi trabajo. El tiempo se me hizo eterno, los minutos parecían horas y las horas días, hasta que finalmente llegó la hora del almuerzo. Yo, como era habitual y debido a mi baja economía, no almorcé nada (además, si hubiera intentado almorzar algo, no hubiera podido. La impaciencia y los nervios no me hubieran permitido tomar nada). Subí a la quinta planta y me dirigí al despacho del profesor Smith. Al llegar golpeé suavemente la puerta con los nudillos y esperé un rato a que me contestara, pero no se oía nada.

Repetí la misma operación y recibí la misma respuesta: silencio. Durante unos segundos y mientras miraba la puerta dudé si abrirla o no. Finalmente me agarré con fuerza el pomo y la abrí.

En interior del despacho no había nadie. Cuando me di la vuelta para salir, me di de bruces con el profesor.

—¿Se puede saber qué hace aquí dentro? —me dijo en tono enfurecido.

—Le...le...le eztaba buz...buz...buzcando —otra vez comenzaba a tartamudear más de lo acostumbrado.

—Pasa, y que sea la última vez que entra en mi despacho sin que yo no esté.

—Yo...yo...yo —no me dejó terminar lo que le iba a decir.

—No me importa nada de lo que me vaya a decir. Cállate y escucha —dijo cortante—. Sobre lo que hablamos antes, tengo que decirte que este es un proyecto en conjunto con el estado y la universidad. Todos los medicamentos experimentales que se están utilizando en este proyecto han sido probados antes en animales con buenos resultados. Los medicamentos que han producido reacciones o incluso fallecimientos se han desechado por completo. Todos los estudiantes que entran en este proyecto tienen que firmar un documento en el cual aceptan que se haga estos experimentos con ellos y eximen de toda responsabilidad a la universidad. Tengo que decirle que su caso es especial ya que usted es empleado de la universidad, y eso tiene un inconveniente que le voy a explicar —continuó hablando como si yo le entendiera—. Si por algún motivo usted sufre una reacción, cosa que dudo, y le impidiera desempeñar su trabajo con normalidad, usted causaría un grave trastorno a la universidad y sobre todo a este laboratorio. Por consiguiente, tenemos que pedir autorización al Rector Douglas. Por otro lado, tengo que decirle que, de 200 estudiantes tratados hasta la fecha con diferentes fármacos, un 10% ha sufrido algún tipo de reacción leve, de ese 10% un 2% tuvo una reacción agresiva que necesitó de tratamiento en un hospital especializado. Posteriormente se les dio el alta médica y quedaron sin ninguna secuela —durante unos segundos permanecimos los dos en silencio—. Tengo aquí un e-mail redactado con su solicitud para mandárselo a Paul. Falta que tú me digas que realmente quieres entrar en el proyecto. Por cierto, se me olvidaba una cosa muy importante, se le hará un seguro médico y en caso de que tengas efectos irreversibles la universidad le indemnizará y se hará cargo de tus gastos médicos de por vida. En tú caso y siendo empleado, hay un inconveniente extra para ti. Si por algún motivo tienes una reacción que te provoque estar de baja más de una semana, serás despedido, ya que como comprenderás no podemos estar sin personal de limpieza en los laboratorios. Todo esto se lo he puesto a Paul en el e-mail. Ahora queda que tú me digas si aceptas o no —el profesor Smith se quedó mirándome esperando mi respuesta, mientras yo asimilaba todo lo que me había dicho y creía haber entendido—. ¿Tiene alguna duda? —preguntó impaciente el profesor.

—Zo...zo...zólo que no...no...no me ha...ha...ha dicho lo...lo...lo que me...me...me van a... a...a pagar —del rostro del Profesor surgió una leve sonrisa.

—Sí claro, se me olvidaba lo más importante para ti. No le he hablado de sus emolumentos —dijo en tono jocoso.

—No...no...no yo lo...lo...lo que qui...qui...quiero zaber ez...ez...ez lo que...que...que me va...va...van a pa...pa...pagar. No qui...qui...quiero monumentos —el profesor me miró y moviendo la cabeza de una manera condescendiente, me dijo.

—Bien, el dinero que usted percibirá será de unos 150\$ semanales. En caso de que se le tenga que realizar alguna prueba complementaria, se le abonará... se le pagará aparte.

—¡Ci...ci...ciento cincuenta dó...dó...dólares! zí cla...cla...claro que a...a...acepto —contesté eufórico.

—Muy bien. Entonces le mando el e-mail al rector. Si la respuesta es afirmativa, le volveré a llamar para que venga a firmar el documento de confidencialidad y el de responsabilidad.

También decirle que tendrá que pasar un reconocimiento médico para saber cómo se encuentra usted de salud.

Tras estas últimas palabras del profesor nos dimos un fuerte apretón de manos y yo salí del despacho con una sonrisa de oreja a oreja, 150\$ semanales, eso eran 600\$ mensuales, un sobre sueldo por no hacer nada. No veía el momento de contárselo a Peter y a Alyssa y, por supuesto darles las gracias. Esa tarde respiraba de otra manera. Aquello, si llegaba a buen puerto, sería mi salvación. Por fin tendría dinero. Ya estaba pensando qué hacer con él. Mi primera decisión sería invitar a una cena por todo lo alto a Peter y Alyssa.

Ya era la hora de salir y como todos los días Alyssa y Peter estarían esperándome fuera para ir juntos. Bajé lo antes posible a la recepción, dejé todo en el cuarto y salí fuera del edificio a buscarlos. Como era costumbre, estaban sentados en un banco que había en frente hablando de sus cosas. Alyssa me miró y me saludó con la mano. Bajé las escaleras lo más rápido que pude. Según me acercaba a ellos, pude ver como Alyssa me miraba y se le iluminaba la cara.

—Richard —dijo Alyssa—, por tu cara sé que nos traes buenas noticias, ¿verdad?

—Zi...zi....zí. Ya ha...ha...hable con el...el...el profezor —Peter me miró intrigado. Hoy parecía que estaba mejor de su enfermedad.

—¿Qué te han dicho? cuéntanos —dijo Alyssa no muy contenta pero interesada en lo que tenía que decir.

Les expliqué todo lo que había sucedido y hasta donde yo me había enterado. Mientras lo hacía, podía ver a Alyssa cómo me miraba con toda atención. Una vez hube terminado de hablar solo oí una palabra, pero de Peter.

—Te cogerán. Necesitan gente para el proyecto y tú eres perfecto —Alyssa miró a Peter.

—¿Qué quieres decir con eso Peter? —dijo Alyssa intrigada.

—Nada...nada, cosas mías —se levantó y comenzó a andar—. ¿Qué, nos movemos? Ya tengo ganas de meterme en la cama. Me encuentro mal —dijo Peter.

Alyssa y yo nos quedamos mirándonos y salimos tras él. Peter esa noche estaba muy raro y los dos temíamos por él.

Capítulo 9

Como todas las mañanas me desperté, arreglé el cuarto y me aseo un poco. Luego salí a dar una vuelta como solía hacer antes de ir al laboratorio. Ese día no paraba de pensar si finalmente me aceptarían o no para el proyecto. Mientras estaba dando mi paseo pude ver a Robert saliendo de su entrenamiento junto con todos sus amigos. Desde el suceso de la fiesta no lo veía, ni tampoco quería verlo, así que decidí cambiar de dirección para no coincidir con él, pero, como siempre, mi mala suerte me perseguía.

—¡Ey Richard, cuánto tiempo! ¿Dónde te habías escondido? —gritó Robert al verme.

—Yo...yo...yo en nin...nin...ningún zitio Ro...Ro...Robert —le contesté.

—Ya pensábamos que te había dado un infarto por la broma de la fiesta —dijo Robert entre risas.

—No...no...no.

—Bueno, que sepas que Sheyla está muy triste. Pensaba que no te lo ibas a tomar tan a pecho —me decía. Mientras con el codo le daba a uno de sus amigos para que se riera.

—De...de...decirle que no...no...no hay pro...pro...problema —le decía mientras intentaba salir de aquella situación.

—Richard, no nos tendrás rencor, ¿verdad? —me decía Robert mientras me guiñaba un ojo—, fue una simple broma.

—No...no...no tranquilo.

—OK. Este miércoles tenemos otra fiesta, si quieres te pasas —y dándome un codazo me dijo—. Sheyla quiere terminar lo que empezó.

—Va...va...vale. Zi pu...pu...puedo me pa...pa...pazó —le dije entre dientes.

—OK. Pues entonces le digo a Sheyla que vendrás el miércoles —ya daba por hecho que iba a ir—. Hasta luego amigo.

—No...no...no zé zi...zi...zi podré ir...ir...ir —creo que no me oyó porque ya se había ido.

Ya era la hora de entrar a trabajar. Esperaba que las noticias no tardaran en llegar. En cuanto llegué y sin perder tiempo me puse a trabajar [como si por ello fuera a pasar más rápido el día]. Aunque se me hizo interminable llego la hora del almuerzo, pero aún no tenía noticias (mis nervios iban en aumento). Cuando menos me lo esperaba y estando sentado en el banco de enfrente al laboratorio (ese mismo donde cada noche me esperaba Alyssa) salió el simpático de López, y como siempre con sus buenos modales y su dulce voz se dirigió a mí.

—Tú Richard, el profesor Smith pregunta por ti. Dice que te quiere ver, que vayas a su despacho.

Me levanté y sin decirle nada salí corriendo en dirección al edificio, entré en el hall y me dirigí a los ascensores. Llegué a la planta quinta, salí del ascensor y me detuve unos segundos para calmarme antes de entrar en el despacho. Llame a la puerta y tras oír al otro lado la voz de profesor Smith abrí la puerta y pase al interior.

—Bu...bu...buenos días, pro...pro...profesor Zmith, ¿Re...Re...Rector Douglaz? —no esperaba que el rector estuviera allí, pero esto podía significar buenas noticias, o no.

—Buenos días Richard —dijo el rector Douglas.

—Síéntese —me indico el profesor Smith—. Richard finalmente el Rector Douglas ha accedido a que entres en el proyecto, pero sabes que tú caso tiene otras condiciones —hizo una breve pausa—, como la de las bajas en caso de reacción del producto.

—Zi...zi...zí lo zé —respondí ansiosamente.

—Richard —dijo el rector Douglas—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Zi...zi...zí, eztoy seguro.

—Si es así, pues adelante. Yo por mi parte no voy a poner ningún tipo de impedimento —dijo el Rector.

—Muy bien. Pues aquí tienes todos los documentos que entregar firmados —sacó del cajón unos papeles y me los entrego para que los leyese y firmase—. Léelos tranquilamente para ver si estás de acuerdo en todo —dijo el profesor.

Mientras ojeaba los documentos, el Profesor Smith y el Rector Douglas hablaban de una donación anónima que se había realizado al laboratorio, para que continuar con las pruebas de medicamentos. Según pude oír muchos de esos medicamentos eran para prevenir cáncer de colon y otras muchas enfermedades.

—Ya...ya...ya ezta le...le...leído y fir...fir...firmado —les dije. El Profesor Smith alargó la mano para recoger los documentos.

—Muy bien. Esta noche antes de salir de tu turno de trabajo te pasas por la planta tercera. Allí estarán esperándote para comenzar.

—De...de...de acuerdo. A...A...Allí eztaré pro...pro...profesor Zmith —me levanté para marcharme.

—Una cosa antes de que te marches, aquí tienes tus primeros 150\$ —los cogí, me despedí de ellos y salí del despacho.

Ya quedaba poco para que terminara el turno. Como me había dicho el Profesor Smith, me dirigí a la planta tercera para que comenzasen con el *tratamiento*. El ascensor se paró en la tercera planta. Sus puertas comenzaron a abrirse lentamente. Ante mí se encontraba un pasillo largo, oscuro y frío. Al contrario de lo que me había dicho el Profesor Smith, allí no había nadie esperándome. Salí del ascensor y comencé a andar lentamente por el pasillo, esperando que alguien saliese a mi encuentro, pero no fue así. Pasé por delante de uno de los laboratorios; la puerta estaba entre abierta, como no se podía ver mucho, decidí empujarla, pero seguí sin ver a nadie. Justo cuando iba a cerrar la puerta, escuche unos gritos que me dejaron paralizado.

—¡Quieto muchacho, quieto! —escuché—. No te pongas nervioso.

De entre las sombras salió un chico que corría por el laboratorio, y tras él dos hombres con batas blancas. Uno de ellos le cogió por el brazo y logró detenerle. El chico no podía quedarse quieto. Tenía temblores por todo el cuerpo, como si le estuvieran proporcionando descargas eléctricas. No tardó mucho en llegar un tercer hombre. Este llevaba en sus manos una camisa de fuerza para intentar ponérsela al chico. No tendría más de 20 años, y no parecía peligroso. En el mismo momento en que le iban a poner la camisa al muchacho, éste comenzó a vomitar sangre, cayendo fulminado al suelo con múltiples convulsiones por todo cuerpo. Uno de los enfermeros me miró y rápidamente corrió a mi lado. Me agarró del brazo y tiró fuertemente de mí fuera del laboratorio. Yo estaba paralizado por lo que acababa de ver.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí? —me preguntó el enfermero.

—Yo...yo...yo vengo al...al...al *tratamiento* zo...zo...zoy Richard O...O...O'Connor —contesté nervioso y asustado.

—Vale, ya sé quién eres; me dijeron que vendrías —dijo el enfermero mientras cerraba la puerta del laboratorio—. Lo que acabas de ver es una simple reacción alérgica por el *tratamiento* —me explicó el enfermero—. No te preocupes. Suele suceder muy poco y siempre que sucede es debido al consumo de drogas.

—Va...va...vale —balbuceé sin estar muy seguro de si lo que me decía era cierto o no.

—Bueno, pasa por aquí que ahora te hacemos los análisis —dijo mientras me señalaba una

puerta— y otra serie de pruebas. Si no nos da negativo empezamos hoy mismo con el *tratamiento*.

Lo miré y dudé unos segundos si entrar o no. Introduje la mano en el bolsillo derecho del pantalón y noté el tacto de los billetes. Finalmente, no lo dudé y entré en aquel cuarto adyacente al laboratorio. Me senté y esperé a que comenzasen a experimentar conmigo. Después de un sinnúmero de pruebas y dar todas aptas para el comienzo del *tratamiento*, pasamos al mismo laboratorio donde unos minutos antes aquel chico había sufrido la *reacción alérgica*. El doctor sacó de uno de los armarios un pequeño frasco y una jeringuilla, extrajo el contenido, que era de color verdoso y cuidadosamente me lo inyectó.

Poco a poco fui notando cómo aquel líquido verdoso penetraba en mi sangre y recorría cada parte de mi cuerpo. Sentí un escalofrío. Podía notar como mi sangre se hacía densa y el corazón empezaba a sufrir debido a ese espesor. El bombeo se le hacía más y más difícil y no tardé en notar también cómo cada vez se me hacía más difícil respirar.

Intenté moverme, pero estaba atado a la camilla. Comencé a ponerme más y más nervioso. Me costaba respirar. Un pequeño mareo me sobrevino, la habitación comenzó a dar vueltas, cerré los ojos y sentí como un cálido sueño me sobrevinía.

—No se preocupe. Es normal esta reacción. Al principio les pasa a todos —me dijo el médico—. Pero pronto se le pasará.

Tras sus palabras noté como mi cuerpo poco a poco regresaba a la normalidad (si es que alguna vez había sido normal) Miré el reloj de la pared, y pude comprobar que lo que para mí habían sido horas de agobio y desesperación, en realidad tan solo habían sido unos pocos minutos.

—Ya se encuentra mejor, ¿verdad? —dijo el médico.

—Zi...Zi...Zi. Ya ez...ez...eztoy mejor. Pe...pe...penzé que nun...nun...nunca pazaría.

—Incorpórese con cuidado —al intentarlo sufrí un leve mareo que me hizo perder el equilibrio. Para no caerme de la camilla, me apoyé en una de las mesas que había, provocando que todo lo que había en ella cayera al suelo.

—Lo...lo...lo ziento. No...no...no era mi...mi...mi intención —contesté aturdido y desorientado.

—No se preocupe. Quédese un rato más descansando, lo necesita.

—Gra...Gra...graciaz. Pa...pa...parece que ya...ya...ya me en...en...encuentro mejor —contesté.

—Como usted quiera. Se puede marchar ya. Si tiene alguna reacción a lo largo de la noche, por favor llámenos urgentemente a esta extensión —me entregó un papel con el número 033 escrito en él.

Salí del laboratorio buscando a Alyssa, pero ya era demasiado tarde para encontrarla como todos los días sentada en el banco de enfrente de los laboratorios. Era una noche abierta, con una gran luna llena, así que tranquilamente, me encamine hacia mi habitación. Quisiera o no, tendría que pasar por los apartamentos donde vivía Alyssa y tal vez la vería asomada a la ventana viendo esa magnífica luna que dominaba el cielo. Conforme me acercaba pude ver cómo unos destellos de luces y un bullicio inusual se amontonaban frente al bloque.

Era una ambulancia. En ella estaban metiendo una camilla con lo que parecía un cadáver. Justo cuando la iban a introducir en el interior de la ambulancia apareció Alyssa llorando. Se agarró a ella impidiendo que la metieran en la ambulancia. Mi corazón se estremeció al verla en ese estado, pues parecía sumamente frágil. Dos amigas la apartaron. Ella forcejeó para intentar librarse de las amigas y cayó al suelo.

—¡Alyzza! —grité al verla caer y fue cuando me vio—. Se levantó y salió corriendo en mi dirección. Se abalanzó sobre mí dándome un fuerte abrazo. Yo estaba paralizado. No sabía qué

hacer y poco a poco notaba como mi hombro se empapaba con sus lágrimas. Me miró con los ojos inundados y me dijo.

—Richard no aceptes entrar en el proyecto.

—¿Que...que...qué paza A...A...Alyzza? —pregunté. Ella tragó saliva.

—Es Peter...ha muerto —fue decir eso y comenzó a llorar aún más fuerte—. Por culpa de ese proyecto. No quiero que el próximo seas tú —me suplicó entre lágrimas que casi no la dejaban hablar. No pude contestar nada, y simplemente me quedé abrazado a ella.

Ya en mi habitación y tras dejar a Alyssa acostada en su cama junto a sus amigas, mi cabeza no paraba de dar vueltas. ¿Pero cómo iba a decirles al Rector y al Profesor que dejaba el proyecto? No sé si esa noche podría dormir, pero tenía que intentarlo. Aquel día había sido muy largo. Sonó el despertador, me vestí y salí en dirección a los laboratorios de bioquímicas. Pensaba en cómo decirle al Profesor Smith que no quería continuar en el proyecto. Tras lo ocurrido con Peter y debido a la advertencia que me había dado Alyssa, no quería seguir, aunque, por otro lado, necesitaba el dinero. Sólo podía recordarla con los ojos empapados en lágrimas y suplicando que dejara el proyecto, y que, por ese mismo asunto Peter había muerto. No tarde en llegar a la entrada del edificio. Sabía que a esas horas no encontraría al Profesor, pero igualmente entré y decidí empezar pronto a trabajar. En la recepción no había nadie, lo que me resultó raro ya que siempre estaba alguno de los chicos de seguridad, podía estar en el baño y no haber cerrado la puerta, pensé. Entré en mi cuarto y me cambié de ropa. Comencé a trabajar como todos los días. Tomé el ascensor para subir a la planta cuarta, pulsé el piso, pero el ascensor no respondió, así que pulsé otro, pero seguía sin funcionar, hasta que finalmente pulsé el botón de la planta tercera y el ascensor se movió. Allí era donde estaban los laboratorios vigilados por la seguridad de « *Black Water* », y en los que la noche anterior había estado recibiendo el tratamiento. Se abrió la puerta del ascensor con su habitual chirrío; desde el interior del ascensor podía ver un largo pasillo sin prácticamente iluminación. Justo cuando se estaban cerrando las puertas pude escuchar un grito, paré las puertas manualmente y durante unos segundos aguanté la respiración para agudizar el oído, pero no pude escuchar nada. Así que pulsé el botón de la cuarta planta de nuevo. Esta vez funcionó, y mientras que se cerraban las puertas del ascensor con su habitual lentitud, me quedé mirando al infinito del pasillo que tenía ante mí. Otro grito, esta vez más cerca de mí, me hizo estremecer, era un grito de mujer.

Entonces la pude ver corriendo en dirección al ascensor semidesnuda y bañada en lo que parecía ser sangre. La imagen fue tal que retrocedí hasta chocar con la pared del ascensor. Era Alyssa, ¿qué hacía allí y que le pasaba? Intenté detener la puerta del ascensor pulsando el botón de apertura, pero no me obedecía. Con ambas manos intenté parar las puertas, pero era inútil, regresé a mirarla y tras ella pude ver una sombra que le acechaba, aún seguía intentando parar el avance de las puertas del ascensor, pero era inútil, justo cuando las puertas se iban a cerrar por completo, la vi caer en el suelo, su propia sangre la hacía resbalar y le impedía levantarse, me miró fijamente, sus ojos llenos de lágrimas pedían ayuda y clemencia. En ese momento, como una guillotina, una enorme hacha cortó su cuello como si fuera mantequilla. Vi rodar su cabeza por el suelo, se cerró la puerta del ascensor por completo y caí de rodillas llorando y golpeando las puertas. Unos segundos después las puertas se abrieron repentinamente y una mano me arrastró con fuerza al exterior...

—¡Richard, Richard! ¿Qué te pasa? —escuché. Tranquilo, es un sueño —me desperté empapado en sudor y ante mi vi a Johnson zarandeándome y gritándome.

—¿Que...que...que paza? —le contesté aturdido. Por unos segundos no sabía bien dónde estaba.

—Iba a las calderas a comprobar unas cosas y te oí gritar. Me asusté —me dijo mientras me

miraba extrañado.

—Tra...tra...tranquilo era u...u...una pesadilla. E...E...Ezo una pe...pe...pezadilla (aunque parecía muy real).

—Richard, no es asunto mío, pero espero que entre tú y esa chica no haya nada —yo le miré extrañado.

—¿De...de...de qué me...me...me estáz ha...ha...hablando, Johnzon?

—Gritabas su nombre, Richard —se sentó en la cama junto a mí.

—No...no...no tranquilo. E...E...Eza niña ez...ez...ez como zi...zi...zi fuera mi...mi...mi hija —le contesté.

—No me gustaría que el Rector se enterara, no sólo porque es una alumna de la universidad —hizo una breve pausa—. Como sabrás aquí están prohibidas las relaciones con alumnas —volvió a parar esperando a que yo dijera algo, pero yo solo le miraba, quería saber a dónde quería llegar— ¿Sabrás que ella es la hija del Rector Douglas? —aquella revelación me confundió.

—¿Co...co...cómo?, ¿ez la...la...la hija de...de...del Rector? —pregunté con voz temblorosa.

—Si Richard, Alyssa es la hija del Rector Douglas —por un instante me quedé pensando en lo que me acababa de contar Johnson—. Venga, vístete que te invito a desayunar y me cuentas tu pesadilla —concluyó Johnson.

Capítulo 10

Tras desayunar con Johnson en la cafetería del rectorado y contarle la pesadilla que aquella noche había tenido, me dirigí a los laboratorios con la certeza de que ese mismo día hablaría con el Profesor Smith.

Llegué al laboratorio y antes de entrar el recuerdo de la pesadilla se presentó en mi cabeza. Abrí la puerta principal y una sensación de calma me vino cuando vi en su puesto de trabajo como todos los días al vigilante del campus. Casi hasta me alegré de que estuviera allí. Como era habitual en él y aun siendo tan temprano, ya estaba amarrado a una gran bolsa de patatas fritas, devorándola como si fuera lo último que hiciera ese día. Pasé a su lado y le saludé. Como era de costumbre, recibí un gruñido por su parte. Abrí el cuarto y cogí todo lo necesario para comenzar el día y me dispuse a subir a la planta primera para comenzar los trabajos de limpieza. En ese mismo instante entro por la puerta el Profesor Smith, algo que me extrañó por lo temprano que era y me cogió por sorpresa, al igual que al de seguridad, que rápidamente soltó la bolsa de patatas y se puso en pie saludándolo.

—Richard ven conmigo —me dijo el Profesor Smith invitándome a entrar en el ascensor.

—Bu...bu...buenoz di...di...díaz profezor, ¿zu...zu...zucede algo? —pregunté. Pero no me contestó.

—Vamos a mi despacho —aquello sonó muy mal—. Cierra la puerta al entrar y siéntate —dijo en tono imperativo.

—Me...me...me ezta poniendo ne...ne...nervioso. ¿He he...he...hecho algo ma...ma...mal?

—¿Qué me puedes decir de ese chico que ha muerto en el campus? —no me esperaba ni esa pregunta ni que fuera tan directo. Aquello me desconcertó.

—¿Po...po...por qué me...me...me pregunta a...a...a mi e...e...ezo? —contesté intentando disimular.

—Richard, no te andes por las ramas ni te hagas el tonto conmigo —en el aire se podía cortar la tensión—, sé de sobra que conocías a ese chico y que tratabas con él a menudo —estaba claro que no podía mentirle, sabía demasiado.

—Yo...yo...yo —me interrumpió antes de que pudiera decir nada más.

—Es más, sé que fue él quien te habló del proyecto —no cabía duda de que quería ir directo al asunto.

—¿Que...que...qué quiere za...za...zaber profezor? —mi respuesta fue directa.

—Todo —apoyó sus manos sobre la mesa e inclinándose hacia mí—, quiero que me cuentes todo, Richard —tragué saliva e intenté mantener la calma.

—La...la...la verdad e...e...ez que no...no...no lo co...co...conocía mucho, zo...zo...zolo zé que...que...que ze lla...lla...llamaba Peter, que...que...que ezstudiaba en...en...en la un...un...univerzidad y que...que...que era... —a mi cabeza sobrevino la imagen de Alyssa. ¿Él sabría algo de ella?

—Richard... ¿me estás ocultando algo? —preguntó mientras escrutaba mi mirada.

—No...no...no —pero me volvió a interrumpir, se reclinó en la silla y me miró a los ojos.

—Te lo voy a poner fácil Richard, y espero que seas sincero conmigo. Sé que le conocías, sé que te habló del proyecto, y que junto con Alyssa —al escuchar su nombre, no pude contenerme, mi cuerpo se quedó rígido esperando sus siguientes palabras—, todas las noches le acompañabas a su habitación —hizo una pequeña pausa y continuó—. Ahora bien, ese chico estuvo en el proyecto y se le pilló mezclando drogas de diverso tipo con el *tratamiento*. Eso hizo que le

expulsáramos, pero, siempre estuvo en observación por nuestra parte, para que no le ocurriera lo que finalmente le ocurrió. Se negó a que le *tratáramos* —volvió a hacer una pausa—. Quiero saber una cosa Richard, ¿tú has estado implicado en algo con él? —esa pregunta me extrañó; no entendía muy bien a lo que se refería.

—No...no...no entiendo a...a...a que ze...ze...zé refiere —el profesor suspiró profundamente.

—Lo que quiero que me digas es si tú también has tomado drogas o se las has suministrado —por un momento dejé de respirar. Aquella pregunta no me la esperaba.

—No, Profesor Smith. Yo nunca haría eso —yo mismo me quede impresionado, mi respuesta tajante fue como un acto reflejo.

—Por primera vez desde que te conozco Richard no has tartamudeado, y tú respuesta suena rotunda...te creo —durante unos instantes los dos nos quedamos en silencio, y fui yo finalmente quien lo rompí.

—Pro...Pro...Profesor Zmith, te...te...tengo que de...de...decirle que de...de...dezearía dejar el...el...el proyecto —estas palabras llegaron a él cuándo más relajado se le veía y le hicieron saltar de la silla.

—¿Me puedes explicar a qué viene esto ahora?, ¿no será por lo de Peter?

—No...no...no Profesor —nuevamente me interrumpió cuando estaba hablando, esta vez con un tono aún más severo de lo que me tenía acostumbrado.

—Richard, siento tener que decirte que eso no es posible, el *tratamiento* una vez empezado tiene que durar mínimo unos 15 días —estas palabras calaron hondo en mí, ahora me tocaría estar 14 días más.

—¿No...no...no tengo o...o...otra alternativa ve...ve...verdad?

—No, lo siento.

Me levanté de la silla, le miré y salí del despacho cabizbajo y con las manos en los bolsillos. Continué el día trabajando, pero pensando que esa noche me tocaba la segunda dosis del *tratamiento*, así que, a falta de 20 minutos para terminar el turno, decidí coger el ascensor en dirección al laboratorio. Me detuve en la planta tercera y salí al pasillo. Ya sabía el camino. Al llegar al laboratorio llamé a la puerta y uno de los doctores me abrió. Entré y me tumbé en la camilla que tenían.

Al igual que la otra vez, sacó un frasco con un líquido de color verde en su interior y una jeringuilla de uno de los armarios.

—Un...un...un momento —le dije—. ¿Pu...pu...puedo hacerle u...u...una pregunta? —me miró extrañado, pero asintió con la cabeza. En ese mismo instante un compañero suyo entraba por la puerta— ¿Me... me...me puede ex...ex...explicar por qué...qué...qué tiene e...e...eze color? — los dos doctores se miraron extrañados.

—No se preocupe. Los productos en fase de experimentación suelen tener colores raros para poder identificarlos. Una vez que sale al público se les quita los colorantes.

Tras estas palabras abrió el frasco, me buscó la vena y me inyectó aquel líquido verdoso con sumo cuidado. Podía notar como poco a poco el líquido entraba en mis venas. Esta vez la sensación fue distinta. El líquido fluía suavemente por el cuerpo. Aunque tenía el mismo espesor que la vez anterior, mi corazón no sufrió ni un ápice. Es más, parecía disfrutar. Un cálido y plácido sueño me embargó, mis ojos comenzaron a cerrarse y sin darme cuenta me quedé profundamente dormido.

Me desperté sobresaltado al oír unos gritos. No sabía decir el tiempo que había estado dormido. Mi corazón se estremeció por aquel ruido aterrador. Por unos segundos no sabía dónde estaba, pero rápidamente al echar un vistazo a mi alrededor pude ver que aún me encontraba en el

laboratorio. Entonces recordé que tras suministrar-me aquel medicamento verdoso había entrado en un profundo sueño.

Llamé varias veces a los doctores que horas o minutos atrás habían estado conmigo. Al no obtener respuesta decidí salir e irme a mi habitación. Cogí el ascensor hasta la planta baja. Al salir de él no vi al vigilante que solía estar en la entrada del edificio (me imagine que estaría haciendo su pertinente ronda por el edificio) así que salí de la facultad por la puerta principal y comencé a andar por el campus en dirección al Rectorado. La típica neblina nocturna de octubre caía sobre mí, dejando helada mi cara y agrietando mis labios, pero algo comenzó a ir mal. Un fuerte dolor de cabeza y unas convulsiones inesperadas invadieron en mi cuerpo. De mi nariz y mis oídos comenzó a brotar sangre oscura y espesa, todo comenzó a darme vueltas y caí a plomo contra el suelo de cabeza (no sabía que sucedía; esto podía ser el final, así que me resigné y cerré los ojos.)

Me desperté aturdido y con un fuerte dolor en la cabeza. Una cegadora luz me impedía ver con claridad dónde me encontraba. Como pude me incorporé y vi que seguía en el laboratorio. Todo lo que me había pasado había sido un mal sueño. Salí de allí dirigiéndome al hall de entrada, al llegar a la planta baja pude comprobar al igual que en el sueño que el vigilante no estaba en su sitio; pero eso me daba igual.

Me encaminé a la entraba que por alguna extraña razón estaba abierta de par en par así que continúe para salir del edificio. De pronto escuché una voz por la espalda que me llamaba, pero al darme la vuelta no vi a nadie. Aquello no me gustaba nada y eché a correr para salir de allí lo antes posible. Pero justo en el preciso momento que iba a cruzar el umbral de la puerta y llegar por fin al exterior, se cerraron de un violento portazo las dos puertas pegándome en la cara. El impacto fue tan fuerte que caí de espaldas al suelo dándome tal golpe que perdí el conocimiento. Cuando recupere la conciencia me encontraba tirado en el suelo del laboratorio. Todo aquello había sido un sueño otra vez, ¿o no?

Ya no sabía que pensar. Mi cabeza estaba confundida, ya no sabía qué era real y qué un sueño. Me levanté del suelo, salí al pasillo que estaba a oscuras, me encaminé a los ascensores, pero un fuerte grito me sobresaltó. Venía del final del pasillo. La luz de la luna llena que entraba por la cristalera me permitía ver algo. No hice caso al grito y me dirigí nuevamente a los ascensores, llamé y no funcionaban. Recordé que si quería coger los ascensores tendría que ir a la otra punta del pasillo donde se encontraban los otros. Me armé de valor y me fui hacia ellos. Ya no oía ningún grito. En mitad del pasillo podía ver una luz que parecía salir de una de las salas. Según me acercaba más oí un ruido que provenía del interior de aquella sala, me detuve unos segundos a escuchar, no sabía si continuar y pasar de largo. Aquella situación me daba pánico y el miedo me recorría todo el cuerpo, pero tras pensarlo unos segundos y sabiendo que la única manera de salir de allí era cogiendo los otros ascensores, decidí seguir (seguro que era algún doctor trabajando pensé). Cada vez estaba más cerca de la puerta que estaba abierta, de su interior salían ruidos extraños, me paré justo enfrente; la luz que provenía del interior era de un color rojizo; empujé la puerta con mucho cuidado y lo que pude ver en interior de aquella sala no lo podría borrar jamás de la mente.

En su interior había una chica completamente desnuda de rodillas inclinada hacia delante con las manos apoyadas en el suelo. Estaba atada de pies y manos, las manos estaban atadas al suelo con unas cuerdas, las piernas en cambio estaban separadas y atadas también con cuerdas, dos individuos desnudos y con un capuchón de color negro que les cubría la cara tiraban de ambas cuerdas, ambos individuos tenían sus miembros erectos, frente a la chica estaba Robert con sus amigos viendo aquel atroz espectáculo. Del fondo de la sala salió un hombre encapuchado.

También estaba desnudo. Sobre sus hombros caía una capa de color rojo intenso. Se acercó a la muchacha, se puso detrás de ella y la sodomizó repetidas veces. Mientras, los demás jaleaban las embestidas de aquel hombre. Los encargados de las cuerdas tiraban con fuerza para que aquella pobre muchacha amordazada con un pañuelo rojo no pudiese salvarse de aquella vejación. La chica giró su cabeza hacia donde estaba yo y me miro, en su expresión se veía miedo. Pude notar cómo con su mirada me pedía ayuda. Pero yo era incapaz de moverme. Aquella situación me tenía paralizado. Cuando parecía que aquel hombre llegaba por fin al éxtasis, otro individuo le acerco una bandeja de color oro, el hombre se quitó la capucha y pude ver entonces su identidad. Era el decano Khûrî Jatip.

Alargo la mano y cogió de ella un enorme cuchillo. Agarro a la chica del pelo tirando fuertemente de su cabellera hacia atrás y con el cuchillo le cortó el cuello como si de mantequilla se tratara. La sangre salió a borbotones salpicando a todos los que estaban frente a la chica, pero esto no pareció importarles. Es más, parecían disfrutar con aquello. No podía comprender lo que estaba pasando y por fin reaccioné cuando escuché gritar mi nombre. Era Robert, que me había reconocido. El pánico me inundó y salí corriendo en dirección a los ascensores para escapar de allí lo antes posible. Debido al pánico me confundí y me fui hacia los ascensores que no funcionaban. Cuando me di cuenta del error, decidí coger las escaleras de emergencia para llegar a la recepción lo más rápido posible, pero justo cuando abría la puerta eché la vista hacia y pude ver que detrás de mí venía el decano con el cuchillo ensangrentado en su mano. Aquello tenía que ser otra mala pesadilla, no podía ser real. Crucé la puerta, pero mi chaqueta se enganchó. Mientras intentaba desengancharla veía cómo cada vez el decano estaba más y más cerca. Tiré de ella con fuerza y se desgarró, perdí el equilibrio y caí rodando escaleras abajo. Me puse en pie dolorido por la caída, me costaba respirar, estaba sudando, miré a mí alrededor y me di cuenta de que estaba en mi habitación y que todo había sido otra maldita pesadilla.

No sabía lo que era real y lo que no. Me vestí, cogí la chaqueta y al ponérmela, pude comprobar que tenía un desgarrón en un lateral. Recordé que en el sueño se me había enganchado en la puerta de emergencia. Sacudí la cabeza queriendo que aquellos pensamientos me abandonasen y salí de habitación. Ese día no tenía que ir a trabajar porque me lo habían dado libre. La verdad que era mejor así, no tenía muchos ánimos. Cogí a mi vieja Bell y me dirigí a la ciudad para comprar algunas cosas y ver a algún antiguo compañero que había combatido conmigo en Afganistán. Me vino bien ir a la ciudad.

Durante todo el día no me acordé ni un segundo de lo sucedido. Había estado con mi amigo Michael en el Hospital Psiquiátrico del Estado de Nueva York que había sido fundado en 1895 y que estaba situado en Riverde Dive al pie de Washington Heights, en el Upper West Side de Manhattan. Aquel hospital fue una de las primeras instituciones que integraban enseñanza, investigación y orientación terapéutica en el cuidado de pacientes con enfermedades mentales postraumáticas. Mi amigo estaba contento en el hospital y durante los años que llevaba había mejorado mucho. Pero antes de esto, en julio del 2008, hubo un suceso que me llevo a dudar del trato que mi amigo recibía allí dentro y llegué a pensar que aquel hospital no era el mejor para él.

Lo que allí ocurrió es que unos empleados del hospital dejaron morir a una mujer en la sala de espera. Al parecer según las grabaciones de las cámaras de vigilancia una mujer cayó de su silla, se contorsionó en el suelo y murió después de que nadie la atendiera, esto llevo a que los encargados del hospital acordaran implementar reformas en el pabellón psiquiátrico. Después de esto el hospital mejoro mucho, ahora mi amigo estaba allí internado y se le veía muy contento. Cada vez sufría menos ataques. Salí de mi visita muy satisfecho.

Regresé a la universidad con fuerzas renovadas, y dispuesto a afrontar todo lo que en estos días

atrás me había sucedido. Lo primero era descubrir si lo de la noche anterior había sido verdad o mentira, porque si finalmente era real tendría que denunciarlo a la policía y al Rector Douglas. Mientras pensaba en todo esto entré en la universidad y vi a Alyssa, pero la rehuí. No quería verla después de lo de Peter y más sabiendo que era la hija del Rector. Era mejor para los dos mantener las distancias.

Algo me hizo detener el vehículo, no podía creer lo que estaban viendo mis ojos: bajé del coche y me dirigí al tablón de anuncios de aquella hermandad. Aquella chica que aparecía en el cartel de desaparecidas era la misma chica que yo había visto morir tan atrozmente la noche anterior. El cartel llevaba puesto unos días, lo que quería decir que aquella chica llevaba tiempo desaparecida; me fijé bien y pude ver que no era el único cartel. Junto a él había otros cinco carteles más también de chicas desaparecidas. Entonces palidecí al ver aquel sexto cartel, ¡No podía ser verdad lo que estaba viendo! ¡Era Sheyla, la chica que en aquella fiesta me gastó aquella broma tan pesada! Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Rápidamente regresé al vehículo y me dirigí a mi habitación. No podía creer que todas esas chicas que aparecían en los carteles podían haber sido asesinadas, pero tenía que estar seguro del todo antes de precipitarme, para denunciarlo y que se abriera una investigación.

Aquella noche me costó mucho dormirme. No hacía más que darle vueltas al asunto y cada vez que cerraba los ojos se me aparecía aquella chica justo antes de morir degollada y suplicándome por su vida con la mirada. Otras veces la veía morir entre mis manos, salía corriendo de los laboratorios y despertaba en mi cama empapado de sangre. En todos los casos era incapaz de hacer nada por ella, en unos porque me quedaba paralizado, y en otros porque el ejecutor era yo, al igual que la noche anterior había sido el decano Khûrî Jatip. Finalmente, y debido al cansancio comencé a conciliar el sueño.

Estaba en ello cuando un ruido me sobresaltó, pero antes de poder reaccionar dos individuos encapuchados entraron en mi cuarto, me sacaron de la cama a rastras y me llevaron al exterior. Me dieron un fuerte golpe en la nuca que hizo que mi cuerpo cayera dentro de lo que por lo poco que pude ver, parecía un ataúd de madera, perdí el conocimiento y me desmayé.

Capítulo 11

Era una tarde fría y desapacible con una llovizna persistente. Nos encontrábamos en el Aeropuerto J.F.K. de Nueva York y esperábamos nuestro avión con rumbo al Aeropuerto Internacional de Peshawar, en Pakistán. Neal, como siempre, estaba en el duty free del aeropuerto comprando unas revistas he intentado conseguir el teléfono de alguna de las azafatas que por allí se encontraba. Siempre decía que era el mejor sitio para conseguir un ligue, y puedo decir que no le faltaba razón, porque normalmente terminaba con un par de teléfonos de algunas de las dependientas y personal de vuelo. Me imagino que su físico atlético y ese aire latino proporcionado por su piel morena también le ayudaban. Para el largo viaje que nos esperaba nos habíamos preparado lo mejor posible. Neal llevaba sus revistas de coches y otras tantas de mujeres, y yo por mi parte llevaba el e-book repleto de libros y el material necesario para el asunto que teníamos que tratar cuando llegáramos a nuestro destino.

—¡Richard, Richard! —me llamó Neal—. Te lo dije. ¿Ves aquellas dos guapas azafatas? Pues ya tengo sus teléfonos, y lo mejor es que viajan con nosotros.

—Neal —suspiré—, no sé cómo lo haces, pero siempre lo consigues—le dije mientras observaba a las dos chicas.

—Ese es mi secreto Richard, algún día te lo contare —me sonrió—, pero te puedo asegurar que este viaje me va a gustar mucho —me guiñó un ojo en gesto de complicidad—.

Tan pronto terminó de hablar, pudimos escuchar cómo por la megafonía del aeropuerto llamaban a los pasajeros del vuelo 821 con destino a Peshawar. Así que nos dirigimos a la terminal de embarque, pero como era habitual antes de subirnos al avión nos tocaría pasar los estrictos controles de seguridad, que tras el 11-S se habían vuelto especialmente duros y estrictos. No sé cómo pasaba, pero a Neal siempre le tocaba la fila donde estaba la chica guapa de seguridad. Era un tipo con suerte.

En cambio, a mí me había tocado un hombre afroamericano orondo y con cara de pocos amigos. Finalmente, y tras pasar el control, unos más contentos que otros nos dirigimos a nuestros respectivos asientos, donde pasaríamos un total de 22 horas + 1 día hasta llegar a nuestra escala en el aeropuerto King Khaled International de Arabia Saudí. Allí tendríamos que esperar en la sala de tránsito 12 horas a que saliera nuestro avión, para finalmente hacer un viaje de 5 horas hasta llegar al destino en Peshawar. Tengo que decir que no me gustaba viajar, y menos este tipo de viajes interminables y agotadores, pero mi trabajo lo exigía.

—Bueno Richard, ya estamos aquí —dijo Neal sentándose en su acogedor asiento de primera clase.

—Eso parece. Otro largo viaje juntos —le contesté—. Espero que esta vez no te pierdas en el baño con las azafatas y preparemos juntos el material para la reunión —le increpé.

—Tranquilo, eso lo dejo para la escala en Arabia —me dijo guiñándome un ojo.

Después de escuchar sus palabras y sabiendo con seguridad que no sería como él me decía, me recosté en mi asiento y me dispuse a dormir un poco. Así conseguiría con un poco de suerte que este primer tramo del viaje me resultara más llevadero.

Una fuerte sacudida del avión me despertó bruscamente. Al parecer, estábamos pasando por una zona de turbulencias; por la megafonía del avión nos anunciaron que colocásemos nuestros asientos en posición vertical y nos abrochásemos los cinturones. Busqué a Neal que para variar no estaba en su asiento, así que me acerqué a la división que hay entre la primera clase y la turista y antes de que pudiera salir una de las azafatas me ordeno que por favor regresara a mi asiento, pero

no sin antes ver por encima de su hombro a Neal hablando con un hombre, ¿quién era ese hombre? —me pregunte—. Que yo supiera nosotros dos éramos los únicos de la agencia que íbamos a cerrar aquel trato. No le di mayor importancia y regresé a mi asiento esperando que Neal no tardara mucho.

—¿Parece que está movidito el viaje? —dijo Neal mientras se sentaba.

—Eso parece. Qué, ¿fuiste a visitar a tus amigas las azafatas? —le pregunté.

—Cómo me conoces, Richard —me contestó con una sonrisa en la cara que mostraba su perfecta dentadura.

—¿Has visto a alguien conocido en el avión, Neal? —Neal me miró extrañado por la pregunta.

—¿Por qué me preguntas eso?

—No, por nada. Déjalo —le contesté con un ligero gesto con la mano.

—Venga Richard, por algo lo dirás —insistió Neal.

—No, como te vi hablando con un pasajero, pensé que sería un conocido. Sólo es eso —esperé su respuesta mirándolo fijamente.

—¡Ah! Simplemente es un hombre que le tiene miedo a volar y le estaba echando una mano a las azafatas. Ya sabes, me gusta ayudar —contestó con una pícaro sonrisa en su cara.

El viaje continuó con absoluta normalidad y por fin llegamos al aeropuerto King Khaled International de Arabia Saudí. No sé qué era peor, si las horas de viaje en el avión o el tiempo de espera en la sala de tránsito del aeropuerto. Aún nos quedaban 12 horas de espera hasta que saliera el avión con dirección a Peshawar más 5 horas de viaje en el interior del mismo. Mi intención era preparar junto a Neal en la sala de tránsito los itinerarios y el material necesario para el encuentro que tendría lugar dos días después en algún lugar a las afueras de la ciudad de Kabul, en Afganistán. Pero como siempre estaba equivocado, la intención de Neal no era precisamente preparar nada, sino más bien estar con sus amigas las azafatas. Era frustrante; siempre hacia lo mismo y al final me tocaba a mi sacar el trabajo adelante mientras él se divertía, así que, sin esperar ayuda por su parte, comencé el trabajo yo solo.

Lo primero era repasar toda la operativa. En Peshawar pasaríamos una noche en el Hotel Pearl Continental, único hotel de 5 estrellas de la ciudad. Al día siguiente, nuestro contacto nos estaría esperando con un convoy de 5 vehículos, según nos habían dicho, para dirigirnos a un pueblo situado a 54 Km llamado Torkhan, en la frontera entre Pakistán y Afganistán. Una vez pasada la frontera nos dirigiríamos a Surobi Distrito, provincia de Kabul, un pequeño pueblo situado cerca de la presa de Nagaw. Allí haríamos noche intentado pasar desapercibidos y utilizaríamos aquel pueblo para entrar en la ciudad de Kabul, situada a 75 km, donde una vez llegáramos nos reuniríamos y cerraríamos el trato. Una vez terminado, regresaríamos por tierra a Peshawar, para coger un avión de regreso a Nueva York. Este último viaje desde Kabul a Peshawar de 287 km, se haría sin ninguna parada. Las autoridades afganas no se deberían percatar de nuestra presencia en la ciudad, ya que los negocios a tratar no eran precisamente de su agrado. Todo el recorrido que haríamos desde la frontera de Afganistán hasta Kabul es muy peligroso debido a los insurgentes que hay en el territorio, así que tendríamos que extremar las precauciones al máximo.

Ya había concluido el repaso de la operativa cuando levanté la vista del portátil y volví a ver a Neal hablando con aquel hombre del avión. Esto me extrañó; parecían tenerse mucha confianza. Dejé un momento lo que estaba haciendo y me quede observando durante unos minutos. Tras un rato, dejaron de hablar y Neal se marchó. Parecía cabreado o como si algo de lo que hubiera hablado con aquel individuo le hubiera molestado. El hombre sacó su teléfono móvil del bolsillo e hizo una llamada. Se levantó y al girarse notó mi mirada clavada en él. Su primera expresión fue de sorpresa; no creo que supiera que Neal y yo viajábamos juntos, ¿o sí? La mano de Neal puesta

en mi hombro me sobresaltó.

—¿Qué haces, Richard?, ¿qué miras? —regresé la vista a donde estaba aquel hombre, pero ya había desaparecido.

—Nada en particular —me detuve unos segundos— pero he visto que estabas hablando de más con aquel hombre del avión —le pregunté directamente.

—Sí, le estaba preguntando si ya estaba mejor —yo asentí con la cabeza—. Que, ¿ya terminaste el trabajar? —dijo Neal intentando cambiar de conversación.

—Sí. Ya está todo preparado para cuando lleguemos a Peshawar —le dije—, y como siempre no gracias a ti.

—Venga Richard, no seas gruñón. Ven, que te presento a las chicas.

—Sabes que no me interesa, Neal.

—Bueno, como quieras. Tú te lo pierdes —y él regresó a donde estaban las azafatas.

Tras las horas de espera que se hicieron interminables, nos llamaron para que embarcásemos en el avión que nos llevaría a nuestro último destino. Yo ya tenía ganas de llegar al hotel para poder descansar y recuperar fuerzas del largo viaje. Cuando estábamos subiendo al avión, pude ver que aquel misterioso hombre también embarcaba con nosotros. No me terminaba de gustar aquel tipo, así que intentaría no perderle de vista durante el viaje.

El trayecto se pasó rápido. Yo aproveché para seguir estudiando el itinerario y el terreno por donde nos moveríamos una vez cruzáramos la frontera de Pakistán con Afganistán. Tenía mapas de carreteras y de la topografía de la zona. Mientras, Neal dormía plácidamente. Durante el vuelo en alguna ocasión busqué a aquel tipo, pero siempre lo encontraba en su asiento tranquilamente leyendo o viendo una de las pésimas películas que suelen poner las aerolíneas, así que no le preste más atención de la que creí que merecía. El avión se estaba preparando para el aterrizaje. ¡Por fin habíamos llegado a Peshawar! Nos quedaba pasar los controles de seguridad, recoger nuestras maletas y dirigirnos al hotel. Mientras que Neal se estaba despidiendo de sus amiguitas, pude ver otra vez a aquel tipo mirándonos atentamente.

Me giré para llamar a Neal y cuando volví la cabeza buscándolo ya no estaba. ¿Quién sería ese hombre? Cogimos los equipajes y nos dirigimos al Hotel Pearl Continental. Estaba muy cerca del aeropuerto, así que no tardamos mucho en llegar. Era uno de los mejores hoteles de la ciudad pakistaní.

Este hotel tenía su propia historia, ya que en junio de 2009 había sufrido un atentado a manos de dos kamikazes talibanes que a bordo de un todoterreno y tras seguir a una pequeña camioneta que se dirigía al hotel cruzaron el control de seguridad y se estrellaron contra la fachada con más de 500 kg de explosivo en su interior. Al menos 18 personas murieron en el atentado y 52 resultaron heridas. Tras este atentado, el hotel fue reconstruido en su totalidad y ahora se erguía como un impresionante palacio de cinco estrellas.

En la entrada principal se encontraban los chóferes con distintas clases de vehículos, entre los que destacaban varios Roll Royce modelo Phantom. Una vez entramos en el hotel pudimos ratificar el excesivo lujo y la decoración típica de aquellos lugares. En la recepción se podía ver un espectacular mostrador en dorado, dos recepcionistas impecablemente vestidos en color negro atendían las peticiones de los clientes. Las paredes estaban pintadas en color oro, la iluminación era de luz blanca para que con el reflejo resaltara el mobiliario dorado. Estatuas y jarrones por supuesto no podían faltar y el suelo era de mármol blanco.

Nos acercamos a la recepción y pedimos la llave de nuestra habitación. Como teníamos reserva no tardaron en dárnosla. Un botones recogió las maletas y nos acompañó a uno de los ascensores. Subimos a la planta cuarta y entramos en la habitación nº 14. Estábamos agotados del

viaje. La habitación era doble; las camas estaban separadas por una mesilla de madera oscura. Las paredes estaban pintadas del mismo color que el resto del hotel. En uno de los lados de las camas había dos sillones de cuero negro y entre ellos una pequeña mesa con una caja de madera. Tenía ganas de dormir y descansar. Me di una ducha relajante y decidí acostarme temprano. Aún nos quedaba el camino más duro hasta llegar a Kabul.

A la mañana siguiente, bajamos al restaurante del hotel a esperar a nuestro contacto para que nos llevase a nuestro destino. Apenas habíamos empezado a tomar el desayuno cuando un individuo se acercó a nuestra mesa con un sobre. Lo depositó sobre ella y rápidamente salió del restaurante sin mediar palabra alguna. Recogí el sobre y sin pensarlo dos veces lo abrí. En su interior, había una nota escrita que decía.

«Les espero en la parte trasera del hotel, los insurgentes les están vigilando»

Le pasé la nota a Neal con suma cautela para que también la leyera, cosa que hizo sin perder un segundo. Nos levantamos de la mesa sin apenas probar el desayuno y tras pagar salimos al hall principal del hotel. Una vez allí, nos dirigimos a los ascensores para hacer creer a quienquiera que nos vigilase que nuestra intención era la de regresar a la habitación, pero salimos por la escalera de emergencia que daba a la parte de atrás. Nada más salir al exterior vimos cinco vehículos aparcados.

De uno de los vehículos salieron dos hombres fuertemente armados. En sus manos sostenían sendas HK G-36C. Del mismo vehículo salió otro hombre delgado con un turbante de color blanco en la cabeza; por su aspecto parecía que no había comido desde hace varios días. Aparentemente parecía no tener ningún tipo de arma y se dirigió hacia nosotros hablando en nuestro idioma.

—Buenos días señores, soy Amín su contacto y guía en este viaje —Neal y yo nos miramos aliviados.

—Buenos días Amín. ¿A qué viene todo esto? —pregunté mientras se acercaba a nosotros sin parar de mirar a su alrededor.

—Señores, han sido poco cautelosos a su llegada a Peshawar. Los insurgentes están atentos a todos los americanos que llegan al país —Neal y yo nos volvimos a mirar extrañados—. Saben que ustedes, los americanos, son un blanco fácil para sacar dinero.

—Sentimos lo sucedido —le dije sin saber exactamente cuál había sido nuestro error.

—Tranquilos, lo tenemos todo controlado —dijo Amín.

—¿Cómo vamos a efectuar el transporte hasta Kabul? —le pregunté ansioso por terminar lo antes posible el maldito viaje.

—Bien, os explico: uno de los vehículos con dos hombres armados irá delante del resto del convoy, con una distancia mínima de 10 km, e irá avisando por radio de lo que pudiera encontrar en el camino. De esta manera, si hubiera dificultades en el camino, lo sabríamos con antelación y así podremos cambiar de ruta o abortar el... —antes de que terminara le interrumpí.

—¡Un momento! ¿Cómo que abortar? Eso no está en nuestros planes. Tenemos que llegar a Kabul sea como sea —le increpé.

—Si hay riesgo, tendremos que abortar —dijo Amín en tono serio—. Lo siento, señor Richard, pero ese fue el trato desde un principio —miré a Neal para saber si él tenía alguna información al respecto.

—Amín —dijo Neal—, creo que está confundido. Usted nos llevará a nuestro destino pase lo que pase. Si tiene alguna duda hable con sus superiores, que ellos tienen toda la información necesaria —Amín miró con ojos desafiantes a Neal, sacó un teléfono del bolsillo e hizo una llamada. Tras unos minutos hablando, regresó donde estábamos.

—Muy bien. Está todo solucionado. No hay problema. Los llevaré a Kabul como se dijo —dijo

Amín no muy ilusionado.

—Lo ves Amín, como hablando nos entendemos —dijo Neal guiñando un ojo y con una sonrisa de triunfo en la cara. Ese gesto no le gustó mucho a Amín.

—Pónganse estos chalecos —dijo Amín mientras nos los entregaba. Le hicimos caso y nos colocamos los chalecos—. Suban al vehículo, allí podremos hablar y les sigo explicando.

—Amín, usted nos dirá —le dije una vez estábamos en el interior del vehículo.

—Como les he dicho antes, un vehículo irá delante de nosotros con una distancia mínima de 10 km. El resto iremos detrás. Nosotros iremos en el tercer vehículo, escoltados por los otros dos, en los que van el conductor y tres hombres armados en cada uno. En caso de sufrir algún tipo de atentado, nuestro vehículo tomará una dirección estipulada y otro de los vehículos tomará otra. Así despistaremos al posible enemigo —hizo una pequeña pausa mientras bebía agua de una cantimplora—. Tendremos que pasar varios pueblos conflictivos donde podemos encontrar problemas. El primero de ellos es Torkham, el pueblo que hace frontera entre Pakistán y Afganistán —mientras Amín nos relataba el itinerario que llevaríamos a cabo, uno de los vehículos salió de la formación. Debía de ser el que iría delante del resto—. Una vez cruzemos la frontera, nos dirigiremos a Surobi Distrito. Allí montaremos un pequeño campamento en una de las casas del pueblo e intentaremos pasar desapercibidos. A la mañana siguiente antes de que amanezca saldremos en dirección a Kabul para que tengan su reunión. Una vez terminada se les traerá de regreso a Peshawar. Aquí les esperará un avión privado que los llevará al aeropuerto Internacional de Dubai, donde cogerán un avión comercial de regreso a Nueva York —tras esto se quedó unos instantes en silencio como si estuviera pensando si se dejaba algo en el tintero— ¿Tienen alguna duda que quieran que les aclare?

—Por mi parte no. Neal, ¿tú tienes alguna duda? —le pregunté, pero como siempre estaba en su mundo.

—Sí. Tengo una duda, ¿las mujeres dónde están? —esta pregunta no le hizo mucha gracia a Amín, que miró a Neal con cara de pocos amigos.

—Como veo que no tienen *ninguna* duda, podemos iniciar la marcha hacia nuestro destino —concluyó Amín.

Tras hacer las comprobaciones pertinentes con el vehículo guía, el resto de los vehículos se puso en marcha. Neal iba escuchando música en su reproductor mp3 y yo mientras miraba por la ventanilla las calles de Peshawar, Amín iba hablando en *urdu* con el conductor del vehículo y el escolta que llevábamos. Yo no sabía mucho *urdu*, pero por lo que podía intuir, Neal no le caía muy bien a Amín y no era extraño. Salvo a las mujeres, Neal no gustaba mucho al resto de personas.

Tras estar un rato callejeando por Peshawar (me supongo que sería por si alguien nos seguía) finalmente salimos de la ciudad en dirección a Torkham. Por ahora no teníamos noticias del vehículo que nos precedía en el viaje. Eso por un lado era bueno y por otro malo: al no tener noticias de ellos podía ser por dos motivos. Uno, todo iba según lo previsto, o dos, algo había salido mal. La carretera por la que circulábamos, la N-5, era una de las más transitadas para realizar este viaje. Se podía haber optado por otra ruta, pero la intención era pasar desapercibido. Si hubiéramos cogido una ruta alternativa por donde hubiese menos circulación, seguramente hubiéramos llamado la atención bastante más. Tras un rato de silencio en el vehículo, la radio de Amín empezó a chisporrotear y pronto se escuchó una voz que en *urdu* decía algo. Amín no tardó en contestar. Se dio la vuelta hacia donde nos encontrábamos Neal y yo.

—El vehículo guía está ya en Torkham. No ha tenido problemas y dice que no hay peligro. Una vez cruce la frontera y atraviere el pueblo se pondrá en contacto con nosotros nuevamente.

—Gracias Amín —le contesté, mientras Neal como si con él no fuera la cosa seguía escuchando su mp3.

—Una vez crucemos la frontera nos encontraremos en Afganistán. Allí puede que tengamos problemas. Dígale a su amigo que se quite los auriculares —antes de que pudiera contestar, habló Neal.

—Tú tranquilo, que escucho perfectamente. Haz tu trabajo, por el que se te está pagando, y déjanos a nosotros en paz —Amín lo miró durante unos segundos desafiante, a lo que Neal le contestó con un guiño de ojo de los suyos.

—Haga lo que quiera —dijo Amín. Y volvió la mirada al frente, mientras susurraba algo entre dientes que no pude entender.

El resto del viaje se realizó con un tenso silencio entre los que allí nos encontrábamos. No sé el problema que tenía Neal con aquel hombre, pero de lo que estaba seguro es de que ninguno invitaría a una copa al otro tras la finalización de la misión.

A falta de unos 2 km para llegar a Torkham, la radio de Amín comenzó nuevamente a chisporrotear, pero esta vez no se escuchó una voz calmada como la anterior vez. Esta vez la voz era apresurada y llena de ansiedad. Amín cogió rápidamente la radio y se la llevó a la boca. Pregunto qué pasaba, pero no recibió respuesta alguna. Hubo unos segundos de silencio. Él y el conductor se miraron. Algo iba mal. De eso estaba seguro.

—Amín, ¿sucede algo? —le pregunté, pero sonó casi como una afirmación.

—No, tranquilo Richard. Seguro que no es nada —respondió Amín no muy convencido de lo que decía.

Fuera lo que fuera lo que había sucedido, ya era demasiado tarde para dar la vuelta o para cambiar de ruta y regresar a Peshawar, así que continuamos. No tardamos en llegar a la frontera, pero aún nos quedaba pasar el control para Afganistán. A medida que nos acercábamos se podía ver una multitud de gente que la cruzaba a pie, empujando carros en los que llevaban mercancía para vender. Pude ver alguna que otra persona transportando cajas repletas de cartones de tabaco de la marca Marlboro. También pude ver a niños que venían de pueblos cercanos, como Landi Kotal, a unos 10-15 km para trabajar en Torkham. Había una gran cantidad de camiones de transporte que llevaban sus mercancías a los mercados de Jalalabad, Kabul o Kandahar.

La frontera de Torkham es un importante corredor comercial entre Pakistán y Afganistán. Ese el motivo de la gran aglomeración de camiones y personas en ella. En ocasiones se podía ver un movimiento de personas descontrolado, pese a que a veces, se piden pasaportes y visas. Agentes fronterizas femeninas se encargaban exclusivamente de chequear a las mujeres al cruzar la frontera.

Todo marchaba bien. Ya estábamos llegando al puesto fronterizo. Podía notar la tensión que había en el interior del vehículo tanto por parte de Amín como del escolta armado. Sostenía su arma con fuerza y vi que le había quitado el seguro, para que en caso de que tuviese que hacer uso de ella tardara lo menos posible. Estaba claro que todos estábamos muy nerviosos y más aún cuando entre el vehículo que nos precedía y el nuestro se metió uno de los chavales que llevaban uno de esos carros repletos de mercancías. Esto hizo que nos separáramos más de lo que nos hubiera gustado, de manera que quedamos divididos en grupos de dos, con una distancia entre los dos primeros y nosotros y el que nos seguía de unos 500 metros más o menos.

Vimos que ellos cruzaban la frontera sin ningún problema, pero a unos 200 metros les pararon unos agentes fronterizos y les hicieron bajar de los vehículos. Este hecho puso incluso más nervioso a Amín. Cuando nosotros cruzamos y pasamos al lado de los dos vehículos pudimos ver cómo los ocupantes estaban de rodillas en el suelo, con las manos puestas en la nuca y dos

individuos los apuntaban con dos AK47 respectivamente, mientras otro de ellos comprobaba la documentación y les hacían unas preguntas. Les dejamos atrás y continuamos el camino.

Si finalmente pasaban el control sin problemas nos alcanzarían más adelante. Ahora faltaba saber qué había sucedido con el vehículo guía, ya que hacía tiempo que no sabíamos de él. Amín cogió la radio e intentó contactar con ellos en un par de ocasiones, pero no obtuvo respuesta, así que continuamos en dirección a Surobi Distrito. Aún nos quedaba por recorrer unos *156 km* y todos deseábamos que fueran en absoluta calma. El vehículo que anteriormente llevábamos detrás ahora se había colocado delante de nosotros para ir abriendo camino, a la espera de que llegaran los otros dos vehículos que habían sido retenidos en la frontera. Cuando ya parecía que el nerviosismo se había disipado un frenazo brusco del vehículo que nos precedía nos hizo ponernos en alerta de nuevo.

En medio del camino se encontraba un vehículo volcado interrumpiendo el paso. Amín ordenó por radio que dos de los escoltas se bajaran para comprobar qué pasaba. Uno de ellos se acercó a nosotros y otro se dirigió hacia el lugar del accidente. Ya estaba anocheciendo, y aunque había luna llena no se podía distinguir bien que había sucedido. Amín también bajó para comprobar que todo estaba correcto, cuando de pronto desde el vehículo accidentado salieron dos individuos que sin mediar palabra comenzaron a disparar contra el primer escolta. Pronto nos dimos cuenta de que era una emboscada de los insurgentes y de que el coche que entorpecía el paso era nuestro vehículo guía. Mientras nos cubrían el resto de escoltas intentamos retroceder con nuestro vehículo, pero ya era demasiado tarde. Nos habían atrapado. Otro vehículo nos cortaba la huida y no teníamos otra salida.

Las balas silbaban a nuestro alrededor e impactaban contra la chapa blindada de los vehículos. Ví caer a algún insurgente herido, pero no era suficiente; el fuego cruzado cada vez se hacía más intenso y nuestro equipo empezaba a mermar. Aquello era nuestro final. Tanto Neal como yo nos apropiamos de dos HK G-36C que había en el vehículo para ayudar en la contención y así hacer más difícil nuestra captura.

Cuando más seguros estábamos de que no saldríamos de allí con vida y de que moriríamos en aquel camino polvoriento rodeados de montañas y con la luna como testigo de nuestro final, nos llevamos una inesperada sorpresa: como si de la caballería del general Custer se tratara, aparecieron los dos vehículos que se habían quedado parados en el control fronterizo. Por fin parecía que teníamos alguna posibilidad de salir de allí con vida. El fuego cruzado siguió. Uno de los escoltas saco de uno de los vehículos una lanza granadas y comenzó a disparar.

Los insurgentes retrocedieron tras las numerosas bajas que empezaron a tener y finalmente se marcharon. Rápidamente nos subimos a los vehículos, recogimos a los heridos y salimos de allí como alma que lleva el diablo. Ya tendríamos tiempo de ver lo que había sucedido al llegar a nuestro destino. Como era lógico, cambiamos la ruta, eligiendo ya la carretera principal A-1 en vez de carreteras secundarias, como habíamos hecho después de cruzar la frontera.

Después de lo sucedido nadie hablaba. Un silencio sepulcral y una tensión era lo que en esos momentos reinaba en el interior del vehículo; seguramente cada uno de nosotros revivíamos en nuestras cabezas cada segundo del tiroteo contra los insurgentes. Yo recordaba cómo las balas chocaban contra la chapa blindada de nuestros vehículos y el silbido que producían al roce con el aire; tuve la suerte de que una de ellas impactó a escasos centímetros de mí.

Ya no recordaba lo que era estar en una refriega; hacía mucho de mi paso por la guerra de Afganistán, y lo que son las casualidades, tras cruzar la frontera con Pakistán lo primero que me ocurría era esto. Amín se dio la vuelta hacia nosotros y nos miró buscando si alguno de los dos estábamos heridos.

—¿Estáis bien?, ¿verdad? —pregunto Amín preocupado.

—Sí. Gracias Amín —le respondí.

—Me alegro. Esta vez hemos tenido suerte —hizo una pausa prolongada antes de volver a hablar—, eran pocos; creo que no se esperaban tanta resistencia por nuestra parte y, aún menos que llegasen los otros dos vehículos. Eso nos ha salvado de una muerte segura.

—¿Sabemos lo que querían? —preguté.

—Nada en concreto. Quién sabe, seguramente armas o dinero.

Tras esta pequeña charla se volvió a hacer el silencio en el interior del vehículo, y así estuvimos el resto del viaje hasta llegar a Surobi Distrito. Debido al altercado llegamos más tarde de lo esperado; nos dejaron en una de las casas del interior del pueblo; allí comeríamos algo y pasaríamos la noche Amín, Neal, dos de los escoltas ilesos y un tercero que estaba herido en una pierna. El resto escondió los vehículos en el interior de un antiguo pajar en la otra punta del pueblo y pasaron la noche junto a los vehículos. Al principio fue difícil dormir, pero pronto el cansancio hizo mella en mí. Sinceramente lo necesitaba. Aún nos quedaba el resto del viaje hasta Kabul y la reunión con el contacto. Amín lo prepararía todo para salir lo más rápido posible de Surobi Distrito a la mañana siguiente.

Esta vez cambió la operativa del viaje para tener más seguridad. En esta ocasión al igual que anteriormente, uno de los vehículos saldría antes para ir de guía; detrás de él irían otros dos, en uno de ellos iríamos Neal y yo junto con el conductor, no tendríamos ningún guardaespaldas ni tampoco estaría Amín que iría en otro coche. Esto se hacía así porque cuando llegásemos a la entrada de la ciudad de Kabul, dos de los cuatro vehículos entraría en la ciudad, uno el de Amín y otro el nuestro y el resto nos esperarían a las afueras de la ciudad. El vehículo de Amín se adelantaría para hablar con el contacto y tras dar el visto bueno y ver que no había peligro iríamos nosotros. Por detrás de nosotros vendría a una distancia no superior a 5 kilómetros el último vehículo.

Ya estábamos cerca de Kabul. El viaje de 75km había sido tranquilo. Esta vez no habíamos tenido ningún altercado. Nuestro vehículo había reducido la velocidad mientras que el de Amín había acelerado para preparar la reunión. Nosotros esperaríamos la llamada de Amín a las afueras de la ciudad junto a los otros dos vehículos, en una gasolinera abandonada.

La espera se hizo eterna pero finalmente recibimos la llamada de Amín, indicando el lugar de la reunión. El lugar era una de las muchas fábricas de ladrillos que había a las afueras de la ciudad, en la cual el 56% de los trabajadores de dichas fábricas eran menores de edad; la suerte era que no nos pillaba muy lejos de donde ahora mismo nos encontrábamos, así que la reunión sería rápida. Mientras nos dirigíamos al lugar marcado por Amín yo hablaba con él por teléfono para que me diera los últimos detalles de la reunión y el nombre de la persona con la cual nos teníamos que encontrar. Abdul Satar Mannan, nuestro contacto, era el jeque que poseía la gran mayoría de las fábricas de ladrillos de todo Kabul. Esto era una tapadera por supuesto, porque realmente se dedicaba a la compraventa de armas y a la fabricación de armas químicas. Una de estas armas químicas que aún estaba en fase de experimentación había tenido resultados favorables en las pruebas realizadas con animales. Esta información había sido filtrada por nuestros servicios de inteligencia y, según la información el laboratorio químico clandestino estaba situado en una de las fábricas de ladrillos de las afueras de Kabul, así que si teníamos suerte podría ser la misma a la que nos dirigíamos. En teoría nosotros íbamos para intentar negociar la venta de armas con el jeque, pero en la práctica nuestra misión era otra muy distinta.

Llegamos a la fábrica que nos había indicado Amín. Aquello estaba desierto, no se veía ni un alma. Paramos el coche justo en la entrada de una de las naves. Amín salió a recibirnos y nos

acompañó al interior. En una de las esquinas entre dos pallets de ladrillos se encontraba un nombre armado con una AK47; junto a él estaba otro vestido con una túnica de color blanco y ribete de color dorado, haciendo juego con un turbante del mismo color que tenía puesto sobre su cabeza; una larga y espesa barba de color negro le cubría la cara (me imaginé que ese sería Abdul). Nos acercamos a ellos. Apareció un tercer hombre con un traje negro y un maletín. Le miré atentamente, ya que su cara me era familiar, y pronto descubrí que era el mismo hombre que había viajado en nuestro vuelo de EEUU a Peshawar y que en más de una ocasión le había visto hablando con Neal.

Miré a Neal y éste, sin mediar palabra, sacó un arma que llevaba escondida y le asestó dos tiros a bocajarro en la espalda a Amín, que cayó al suelo como si de un saco de cemento se tratara. Por unos segundos quedé paralizado, pero puede reaccionar cuando vi al hombre armado apuntarnos con su AK47. Escuche a Neal que me gritaba: esto es una trampa Richard.

Me dio tiempo a saltar tras un pallet de ladrillos y protegerme, mientras Neal disparaba al hombre que sostenía el AK47. Neal fue alcanzado y cayó al suelo; su arma salió despedida y fue a parar a mis pies; la recogí y cuando levante la cabeza pude ver a Neal en el suelo pidiendo clemencia al que si no llega a ser por mi rápida intervención habría sido su ejecutor. Un tiro certero me bastó para acabar con la vida de aquel hombre. Me levanté y me dirigí a donde estaba mi compañero, pero alguien me agarró la pierna. ¡Era Amín! Estaba vivo o por lo menos dando sus últimos alientos de vida. Parecía que me quería decir algo, así que me agaché para escucharlo mejor y pude ver que bajo su ropa llevaba un chaleco antibalas.

—Richard, su...su...su com...pañ...ero no es —pero no pudo terminar la frase, de su boca comenzó a brotar un abundante chorro de sangre, me alargó la mano y me entregó un papel que yo guardé rápidamente en bolsillo sin leer.

Tenía que ayudar a Neal, que estaba herido. Fui hacia él, pero no estaba donde le había visto por última vez. Le busqué con la mirada y le vi correr en dirección al vehículo aparcado en la entrada de la nave, pero no llegó muy lejos. Unos disparos retumbaron en toda la nave y segundos después le vi caer al suelo. Yo me agaché buscando una salida alternativa a la principal. La encontré al otro extremo de la nave y salí corriendo lo más rápido que pude intentando protegerme con los pallets de ladrillo, mientras las balas silbaban a mis espaldas. Ya era la segunda vez en dos días que tenía que esquivar balas.

No sabía qué me esperaba al salir por aquella puerta, pero era la única manera de escapar de allí con vida. La crucé. El sol me cegó haciéndome girar la cabeza y poniéndome la mano izquierda a modo de visera para poder ver. En la otra mano portaba el arma que se le había caído a Neal y con la que había acabado con la vida de aquel hombre. De la nada salió un vehículo de color blanco que se cruzó en mi camino; una de las puertas traseras se abrió y un hombre corpulento con un uniforme de color negro me agarró del brazo y sin apenas esfuerzo me levantó del suelo y me introdujo en el interior del vehículo arrebatándome el arma casi sin que me diera cuenta.

—Soy americano —les gritaba a aquellos individuos con las caras tapadas que me habían salvado de una muerte segura.

—Silencio, agente Richard, y agache la cabeza por favor —me gritó uno de ellos mientras sacaba su HK416 por la ventanilla del coche y abría fuego.

No me importaba quiénes eran, tan sólo que estaba a salvo. Salimos de la fábrica abriéndonos paso a base de tiros y pronto nos adentramos en la ciudad de Kabul. Ya más tranquilo en el interior del vehículo recordé el papel que me había entregado Amín. Me metí la mano en el

bolsillo y lo saqué; lo abrí cuidadosamente y vi que solo había una frase escrita.
«Universidad Rensselaer Polytechnic Institute–*Nueva York*»

Capítulo 12

De camino al restaurante la *Rue 57* recordaba lo sucedido unos días atrás y me preguntaba si había sido real. No podía ser él, era imposible que estuviera vivo, pero ¿Y si era real?, ¿y si realmente era él? Decidí acercarme al restaurante porque sólo una persona podía saberlo, Emily. Así que aprovecharía para ir y hablar con ella, aunque la verdad no tenía muchas ganas, y menos aún, después de lo ocurrido entre nosotros. Pero no tenía más remedio que hablar con ella para aclarar todo y para informarme si ella también le había visto.

Me quedé mirando la fachada del restaurante. ¡Qué buenos recuerdos me traía aquel lugar! Durante unos segundos dudé si era buena idea hablar con ella después de tanto tiempo, pero finalmente me armé de valor y entré en el restaurante. No había cambiado nada tras haber estado tres años sin pisarlo; todo seguía como recordaba. Pude ver las mesas donde en verano pasábamos las tardes tomando *Le Château*, acompañado de nuestras bebidas favoritas, él un Martini aderezado con una aceituna, y yo con un coctel Blue Hawai. En mi cabeza se amontonaban los recuerdos; recordaba hasta lo que solíamos pedir de comida: *Chef Tasting Platter with sushi & sashimi* de primero y de segundo, un *Fillet Mignon with homemade mashed potato*.

Mientras todos estos recuerdos afloraban en mi cabeza, la pude ver en la barra del bar. Allí estaba tan guapa como siempre, con un largo cabello rubio y rizado. Como era habitual en ella iba marcando su voluptuoso pecho, llevando los dos primeros botones de la camisa desabrochados; eso provocaba que al agacharse dejase ver más de lo que cualquier hombre pudiera imaginar (no me extrañaría que Richard hubiera caído en sus garras otra vez).

No lo pensé dos veces y me dirigí a donde estaba ella, pero al irme acercando me iba arrepintiéndome de estar allí. Volver a ver a Emily o hablar con ella no sería agradable ni para ella, ni para mí. Me detuve unos segundos; quizá sería mejor quedarme con la versión oficial que me habían dado hace tres meses atrás. Además, la vista podía haberme engañado. Pero tenía que cerciorarme, no podía quedarme con la duda el resto de mi vida. Así que mientras mi cabeza no paraba de dar vueltas a la idea, no me di ni cuenta de que ya era demasiado tarde para echarme atrás.

Estaba a pocos metros de ella y ya podía oler hasta su perfume; siempre se echaba demasiado (para mi gusto). Me paré frente a la barra; ella estaba de espaldas colocando unas botellas de vino. Cuando me oyó decir su nombre casi se le cae una de ellas. Creo que era la última persona que querría ver.

—Hola Emily —le dije mientras se bajaba de la pequeña escalera que estaba usando para colocar las botellas—.

—¿Hally? —pregunto extrañada, antes de darse la vuelta y verme.

—Sí, soy yo —se dio la vuelta, pero su expresión no era de sorpresa, algo que no me esperaba que fuera así.

—¿Qué haces tú aquí, Hally? —algo raro note en su pregunta que me hizo sospechar.

—Pasaba por aquí y he decidido limpiar asperezas —le conteste. Quería saber si lo que había visto aquel día era real o fruto de mi imaginación.

—Venga, Hally, ¿después de tres años quieres limpiar asperezas? No te creo —dijo ella, con incredulidad.

—Sí, Emily —la notaba nerviosa, pero no sabría decir si era por mi presencia allí o por algo más, pero pronto lo sabría—, te espero en mi mesa de siempre y trae mi bebida habitual, por favor —me gire y me dirigí a la mesa en la que siempre nos sentábamos Richard y yo.

Tras un rato esperando, que empleé en recordar los buenos tiempos en aquel bar, la vi acercarse, moviendo como siempre sus caderas con insinuación, haciendo notar su sensualidad, llamando la atención a su paso. No podía imaginar cómo un día esa chica con cara de niña tonta pero que no tenía ni un pelo de ello, había sido mi amiga.

—Siéntate, Emily. Tenemos que hablar —mi voz sonó más sería de lo que quería que sonara.

—Ahora no puedo Hally, estoy trabajando —su voz sonó nerviosa e incluso con un leve tartamudeo.

—La verdad es que tenía que haber venido antes.

—¿Y eso por qué, Hally?, ¿no me digas que ahora te arrepientes de lo que me dijiste?

—No Emily, no me arrepiento, pero después de la trágica noticia y de lo que compartíamos —ella me interrumpió.

—¿Qué estás diciendo, Hally? —miró a su alrededor y se sentó en la mesa conmigo.

—¿No lo sabes? —le pregunté extrañada.

—¿Qué tengo que saber? —de su rostro comenzó a brotar una lágrima.

—Emily, ¿no sabes que Richard falleció? —me miró; sus ojos estaban empapados en lágrimas. No podía casi ni hablar.

—¿Cuándo ha sido eso? —entre sollozos me pregunto.

—Hace dos meses —le dije contagiándome y comenzando yo también a llorar; me miró extrañada y se limpió las lágrimas.

—Eso no es posible —contestó mientras miraba a su alrededor—. Richard ha estado aquí hace unos días.

—¿Cómo que ha estado aquí? Richard murió hace dos meses. Hubo un funeral oficial. —Desde el fondo se pudo oír como alguien la llamaba. Era su jefe. Se levantó me miro y me dijo.

—Se lo llevaron Hally. Tenemos que hablar, pero aquí no. Éste es mi teléfono. Llámame y quedamos en un lugar tranquilo y sin tantos ojos —cogió una servilleta y me apunto su número.

Me levanté de la mesa, pagué la bebida que ni había probado y me marché. Regresé a casa pensando en lo que me había dicho. ¿Sería posible que lo que me estaba contando fuera verdad?

Unos días después de nuestro encuentro en la *Rue 57* llamé a Emily. Quería saber qué le había pasado a Richard. La versión oficial que me habían contado era que había fallecido en Afganistán hacía aproximadamente unos dos meses. Y ahora resultaba que no solo estaba vivo, sino que también podía estar metido en algún problema; cosa no muy extraña en él por otra parte.

Emily me citó en un Bar en el 503 de Columbus Avenue, llamado *Prohibition*. Imaginé que el lugar no estaría muy lejos de donde ella vivía, dado que no tenía coche para desplazarse. Me dirigí a la cita pensando en cuál sería la historia que me contaría y si la debería de creer, pero lo cierto es que cuando le hablé del fallecimiento de Richard pareció afectarle demasiado y creo que, en esta ocasión, era la primera vez en su vida que no mentía.

Llegué al bar a la hora acordada. El lugar era un exclusivo bar que estaba de moda en la zona; ofrecía música en vivo y una carta de cócteles que era célebre por su gran variedad y originalidad. También disponía de una serie de aperitivos para acompañar que según las críticas del *New York Times* era una exquisitez. Dicha crítica la tenían colgada en una de las paredes y rezaba.

«*The music cooks and the food sings*»

Una gran barra de madera presidía el local con unos taburetes altos de madera y cuero rojo; tras la barra había una gran variedad de botellas expuestas con las que hacían los cócteles; la iluminación era tenue. Se podía ver una gran multitud de velas en la barra y en las mesas, y había una zona de juego con un billar.

En una de las mesas cercanas se encontraba Emily, justo en frente del escenario donde todas las noches deleitaban a la clientela con música en directo. Emily llevaba puesto un largo vestido de color negro, bien escotado como a ella le gustaba (la verdad que, viéndola así, no parecía haberse criado entre vacas y cerdos en una granja a las afueras de Texas). Me acerqué donde estaba sentada.

—Hola, Emily —cuando la saludé me parecía ausente.

—Hola, Hally. Siéntate —su voz era casi imperceptible— ¿Quieres algo de beber?

—Sí. Me vale con tomar lo mismo que tú. ¿Qué es?

—Un *Passion Fruit Mojito*. Está muy rico, te lo aconsejo —aunque intentaba disimular, se le veía triste.

—Pues entonces tomaré uno yo también —durante unos minutos nos quedamos en silencio—. Perdona, el otro día no debí haber ido a tu trabajo, pero... —me interrumpió.

—No. No pasa nada Hally —me contestó con voz cavernosa.

—¿Te pasa algo Emily? Te noto algo distante y preocupada.

—Hally —se detuvo unos segundos— ¿Sabes algo de Richard?

—Emily, para eso estoy aquí. Lo único que sé es que oficialmente murió en Afganistán y ahora me lo encuentro en Nueva York visitando el bar donde trabajas —levantó la cabeza y me miró. En sus ojos se podían ver unas lágrimas incipientes— y además me dices que unos hombres se lo llevaron, pero... —otra vez me interrumpió.

—Todo fue muy rápido, no recuerdo muy bien lo sucedido. Sólo recuerdo que dos tipos vestidos con traje negro intentaron llevárselo por la fuerza, pero no pudieron. Entonces Richard salió corriendo y ya en la calle vi cómo le atrapaban y se lo llevaban en un vehículo oscuro.

—¿Esos hombres se identificaron, o simplemente intentaron llevarse a Richard por la fuerza?

—Ahora no lo recuerdo bien. Como te dije, pasó todo muy rápido.

—¿Pudiste ver la matrícula del vehículo donde se llevaron a Richard?

—No Hally, no me fijé.

—Pero, ¿qué quería Richard de ti? —No entendía nada. No sabía si me estaba mintiendo o no, pero algo no cuadraba en su historia.

—Hally, Richard —se detuvo y observó a su alrededor como si buscara a alguien o algo— no recordaba quién era; no sabía cómo había llegado a la *Rue 57*, ni por qué y —suspiró aguantando las lágrimas que cada vez asomaban más por sus grandes ojos azules— tampoco me recordaba a mí.

—¿Cómo que no recordaba nada? No te entiendo, eso no es posible.

—Te puedo asegurar que eso fue así; yo tampoco me lo creía al principio. Pensé que me estaba gastando una broma —no podía creer lo que me estaba contando.

—Y los dos individuos ¿Qué pasó con ellos?, ¿te preguntaron algo? —su cara se iluminó al escuchar mis palabras y comenzó a ponerse nerviosa.

—No, claro que no me dijeron nada. Simplemente salieron corriendo detrás de Richard —podía notar su nerviosismo, me estaba mintiendo.

—Emily, no me engañes. Algo pasó con esos tipos. Suéltalo —le dije con tono autoritario.

—No puedo decirte nada, Hally — y cuando decía aquello me rehuía la mirada.

—Emily, no te preocupes. No te pasará nada. Confía en mí —le dije mientras la cogía de la mano—. Conmigo estás a salvo.

—Hally, tengo miedo. Aquellos hombres decían que eran del FBI pero no lo parecían.

—¿FBI? —se dio cuenta de que había dicho algo que no debía decir, pero no tuvo más remedio que seguir.

—Sí Hally, FBI, o eso decían.

—¿Algo más que me tengas que contar? —me miró y suspiró.

—No Hally. Prefiero no decirte nada más; solo que siento lo que sucedió hace tres años entre Richard y yo.

—Emily, eso ya es agua pasada. Ahora lo que importa es saber qué le ha pasado a Richard.

Tres años atrás:

Ya habíamos llegado a la cabaña propiedad de George O'Connor padre de Richard, en las afueras de Kenora. Era una noche fría de luna llena y Richard decidió encender la chimenea. Pronto se empezó a notar un suave calor; yo me senté sobre la alfombra frente al hogar, mientras miraba cómo Richard descorchaba una botella de *Le Carré* y cogía dos copas. Se acercó a mí ofreciéndome una de ellas y se sentó a mi lado.

Entablamos conversando mientras degustábamos el vino. Me acerqué la copa a los labios para beber mientras miraba el reflejo del fuego en sus ojos y pude notar como su mano suave y cálida me acariciaba lentamente la pierna. Notó que su acción no me desagradaba y esbozó una leve sonrisa. Con su otra mano me quitó la copa, dejándola delicadamente en el suelo frente a la chimenea. Me apartó el pelo de la cara y se acercó aún más. Se inclinó hacia mí y me besó suavemente en la boca. Pude entonces notar el dulce sabor del vino en sus labios y mi cuerpo se estremeció deseoso de placer.

Me empujó ligeramente sobre la alfombra. Sentía mi atracción por él. Con sumo cuidado y muy lentamente desabotonó mi camisa y yo hice lo propio con la suya. Sus manos eran suaves pero firmes, y podía notar en cada caricia la pasión que desprendían.

Toqué su pecho fuerte y musculado notando los *fuertes* latidos de su corazón, mientras desabrochaba mi ropa interior para dejar al descubierto mis pechos. Me miró fijamente a los ojos y se quitó la camisa.

Se abalanzo sobre mí y juntando sus labios con los míos me dio un beso largo y profundo. Su lengua jugaba con la mía. Parecían dos bailarines siguiendo el ritmo de un bonito vals. Le aparté de mí y me incorporé. Me miró extrañado sin comprender el porqué de aquel gesto.

Me desabroché el pantalón, dejándolo deslizar por mis piernas hasta el suelo. Le tendí la mano y una vez estaba agarrado a ella le guíe hasta el sofá. Allí continuaríamos este sensual juego hasta llegar a la profunda sensación de placer que un hombre y una mujer se pueden regalar.

El frío del amanecer me despertó. Los troncos que por la noche ardían en la chimenea ahora eran sólo cenizas y, al igual que nosotros, reposaban sosegadamente en su lecho. Me levanté a coger una manta para cubrir del frío nuestros cuerpos desnudos y fue entonces cuando ella entro por la puerta de la cabaña llamando a Richard.

—¡Emily! ¡Emily! ¿Estás bien? —gritó Hally mientras la zarandeaba despertándola de sus recuerdos.

—Sí, perdona Hally. Estoy bien. Simplemente ha sido una bajada de tensión —no era la primera vez que eso la ocurría. Desde la visita de Richard a la *Rue 57*, esa era la quinta vez que se desmayaba—. Voy un momento al baño. Ahora regreso —Hally se quedó esperando un regreso que jamás sucedió, y tras ir a buscarla, finalmente se marchó del bar sin saber qué le había pasado a Emily.

Capítulo 13

Esperé un par de días a que Emily contactara conmigo, o que diera señales de vida. Tras llamarla varias veces a su teléfono y no recibir respuesta alguna, decidí presentarme en su lugar de trabajo para hablar con ella. Entré por la puerta de la *Rue 57* buscándola con la mirada en la barra del bar (era el lugar donde normalmente solía estar) pero no la encontré. En su lugar había otra chica y decidí acercarme a preguntarle.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Desea usted algo? —me contesto.

—Estoy buscando a Emily, ¿sabes dónde está? —le dije.

—Perdone, pero no sé de quién me habla. Hoy es mi primer día de trabajo y no conozco a mucha gente aquí —en ese mismo momento detrás de mí, escuche una voz ronca.

—Si la encuentra le dice que ya no hace falta que venga a trabajar, que está despedida —me di la vuelta y vi a un hombre alto y orondo, con un simpático bigote francés. Por su actitud y sus palabras, imaginé que era el encargado o el dueño del establecimiento.

—Disculpe, pero... ¿No sabe nada de Emily?, ¿desde cuándo?

—Lleva más o menos tres días sin dar señales de vida. Esa chica nunca me gustó, pero siempre era puntual en el trabajo. La llamé, pero no contestó —dijo con un acento francés muy marcado.

—¿No sabrá donde vive? —le pregunté rápidamente.

—Claro que lo sé, pero, ¿quién lo pregunta? —dijo frunciendo el ceño.

—Una amiga preocupada que teme que le pueda haber pasado algo —se quedó mirándome pensativo unos segundos.

—Vive en el 309 de West 83rd Street. Espero que no le haya pasado nada —dijo mientras se marchaba.

—Muchas gracias —me despedí mientras salía de la Rue 57 y anotaba la dirección de la casa de Emily en la agenda de mi móvil.

Cogí el coche y me dirigí a la dirección que me habían dado. Aquello me resultaba muy raro. Emily podría hacer cualquier cosa, pero desaparecer de la noche a la mañana no era su estilo. Ella era más llamativa, siempre quería hacerse notar, y de esta manera, desapareciendo en silencio no llamaría la atención. Giré en el 483 de la West End Avenue para coger la West 83rd Street, y me encontré de frente con un cordón policial situado a escasos metros del número 309. Aquello me hizo temer lo peor. Justo era el edificio donde vivía Emily. Paré el coche y me bajé. Al acercarme al cordón uno de los policías me dio el alto.

—Señorita, no puede pasar. Manténgase al otro lado de la cinta, por favor —me ordenó.

—Hally Burns, del FBI —le dije al policía sacando mi identificación— ¿Me puede decir qué sucede aquí?

—Lo siento, pero no estoy autorizado a darle esa información —me dijo mientras me miraba extrañado de arriba abajo.

—Pues hágame el favor de llevarme con la persona que puede darme esa información —le dije mientras cruzaba la cinta de seguridad. Andamos unos metros en dirección del número 309.

—Inspector Ramírez, esta agente del FBI quiere saber qué sucede —un hombre bajito, que no mediría más de 1,65m y vestido con un traje oscuro se giró al escuchar lo que el otro policía le decía.

—¿Hally? —dijo el inspector claramente asombrado.

—¿César? ¡Qué sorpresa! —no esperaba que Cesar fuera el encargado de investigar aquel

suceso. Hacía más de seis años que no le veía.

—No creo que esto sea asunto del FBI, Hally. ¿Qué haces aquí? —dijo mirándome con un gesto de extrañeza—. Eso sí, no has cambiado nada, siempre tan guapa; es más, estos años te han sentado muy bien.

—Gracias César. Lo cierto es que no estoy de servicio, venía a ver a una amiga.

—¿Una amiga?, ¿cómo se llama tu amiga? —me preguntó mientras sacaba su libreta del bolsillo.

—Emily Hutson —mientras le decía el nombre, César miraba su libreta. Levantó la cabeza y me miró fijamente. Entonces supe que algo malo había pasado.

—Hally, no sé cómo decirte esto, pero...—en ese mismo instante se hizo un silencio sepulcral—. Hemos encontrado a tu amiga muerta. En un principio se cree que es debido a un paro cardíaco por sobredosis de medicamentos. Probablemente sea un suicidio.

—César, ¿puedo pasar a echar un vistazo? Esto que me estás diciendo no me cuadra. Emily no es...era de ese tipo de personas —le dije mientras intentaba contener las lágrimas. Era raro, pero la noticia me había afectado más de lo que yo hubiera imaginado.

—Déjame un segundo, Hally, y ahora pasas —César entró en el edificio y unos minutos después salió y me hizo pasar con él.

De regreso a casa no podía creer que Emily estuviera muerta y menos que se hubiera suicidado, pero aparentemente en la vivienda no había señales de lucha, ni puertas ni ventanas forzadas. Aun así, todo aquello me resultaba muy raro. Normalmente quien se suicida deja una nota o llama a algún familiar o amigo, pero en este caso nada de esto había sucedido. César me había prometido que cuando tuviera la autopsia de Emily quedaríamos para que me la enseñara. Ahora estaba sola en esto. Emily era la única que había visto y hablado con Richard; además, ella había visto cómo se lo llevaban. Tenía que seguir recabando información para conseguir saber que le había sucedido a Richard y sobre quiénes eran esos tipos que decían ser del FBI.

El teléfono me despertó a media noche. Era César que ya tenía la autopsia de Emily. Había presionado a alguno de sus amigos para que tardaran lo menos posible en tenerla.

—Hally, tienes que ver esto —me dijo claramente alterado. Para que César dijera eso la cosa pintaba mal, así que me vestí lo más rápido que pude y quedé con él en una cafetería cercana a mi casa.

—Perdona que te haya despertado a estas horas, pero creí que te gustaría ver el informe lo antes posible —dejó el sobre encima de la mesa, yo lo recogí y comencé a leerlo detenidamente. Cuando termine lo cerré y mire a César.

—¿Este informe es real? —le pregunté extrañada.

—Hally, es real y realizado por expertos.

—Vamos a ver, ¿me estás diciendo que la sobredosis de medicamentos que se administró, no la ingirió por vía oral, sino que lo hizo a través del recto? —un largo silencio se hizo mientras César y yo nos mirábamos incrédulos.

—¡Norma Jean Baker! —los dos nos quedamos atónitos al decir aquel nombre a la vez.

—¿Marilyn Monroe? No puede ser. Esto tiene que ser una broma pesada —le dije a César, mientras él con la cabeza hacia un gesto de negación.

—Hally, algo raro pasa aquí —dijo César—. Intentaré averiguar algo, aunque el caso ya está cerrado.

—Se han dado mucha prisa en cerrarlo, ¿no?

—Sí Hally. Una orden directa desde arriba. Esto huele muy mal, pero lo que no me explico y aún no llego a entender, ¿por qué han matado a una simple camarera de bar?

—César, tengo que comentarte una cosa sobre Emily —le expliqué que hacía unos días había hablado con Emily y que ella me había contado el suceso en la *Rue 57*, lo de aquellos dos tipos y Richard. Él sabía que Richard había muerto y decirle que no solo yo le había visto, sino que también Emily había estado hablando con él, le sorprendió sobremanera.

—Hally, ¿me estás diciendo que a Richard lo tienen atrapado en contra de su voluntad y que a Emily la han podido matar los mismos que tienen a Richard?

—Sí César. Creo que es bastante posible —le contesté.

—¿Desde cuándo sabes esto? —me preguntó con un gesto de preocupación en su rostro.

—Desde hace una semana o menos. Todo está sucediendo muy rápido, César.

—Hally, ten cuidado. No me gustaría que te pasara algo a ti también. Intentaré indagar extraoficialmente, y si me entero de algo te lo haré saber —me dijo mientras recogía el informe de la autopsia y se levantaba de la mesa—. Es lo menos que puedo hacer por Richard.

—Gracias César. Yo por mi cuenta intentaré hacer lo mismo —le agarré la mano antes de que se fuera. Él me miró—. Ten mucho cuidado tú también.

—Descansa Hally, estamos en contacto —se puso su gabardina y salió de la cafetería.

Yo me quedé un rato sentada pensando en todo lo que había sucedido, sin creermelo aún que Emily pudiera estar muerta, que Richard que supuestamente estaba muerto ahora estuviera vivo, y todo lo que había sucedido al rededor. Asimilarlo me costaría mucho, pero tenía que centrarme en encontrar a Richard y averiguar quién había matado a Emily. No sé si esa noche podría dormir, pero tenía que descansar para estar fresca a la mañana siguiente y recabar información, así que regresé a casa y me eché a dormir.

***Edificio J. Edgar Hoover (Washington D.C.) Hora: 09:30 A.M.
Sede Central del F.B.I.***

Ya en la oficina me puse a buscar en los archivos muertes parecidas a la de Emily, o algo que me diera alguna pista acerca de quiénes podían ser aquellos individuos. Mientras estaba en el despacho ojeando unos informes sobre la supuesta muerte de Richard en Afganistán recibí una llamada inesperada.

—Todo es una farsa, Richard O'Connor no está muerto, la muerte de su amiga Emily ha sido un asesinato —escuché a través del auricular—. Si quiere saber más, estará en el Rockefeller Center sobre las ocho de la noche. No tarde, la espero.

Tras esto colgó. No me dejó decir ni una sola palabra. Aquello podía ser una trampa, pero tenía que comprobarlo. Por un segundo pensé en llamar a César, pero lo descarté. No quería meterle más de lo necesario en esto, no me gustaría que a él también le sucediera algo. Continué investigado todo lo que pude con las pocas pistas que tenía.

Cuando ya faltaba una hora para la cita, cogí mis cosas y salí en dirección al Rockefeller Center para reunirme con quien quisiera que fuera aquel hombre que me había llamado.

Ya estaba en la plaza del Rockefeller Center esperando a la persona que me había llamado, para que me explicara cómo sabía tanto de lo sucedido con Emily y Richard. Era difícil que fuera una trampa porque el lugar era muy concurrido, pero no podía fiarme. Dos horas de espera y allí nadie se presentó. Se me había acercado un mendigo con el pelo canoso y ojos azules intensos, que la verdad daban miedo, pero salvo él nadie más.

Me levanté dispuesta a irme cuando un niño que no tendría más de 8 años se me acercó y me entregó un sobre tamaño folio. No me dio tiempo a preguntarle. Salió corriendo y se perdió en la multitud. Guardé el sobre y salí de allí lo más rápido que pude. Una vez en el coche pensé en

abrirlo, pero lo descarté y decidí esperar a llegar a casa, siempre con la precaución de que nadie me siguiera.

Cuando llegué; dejé las llaves y el bolso encima de la mesa de la entrada y corrí con el sobre al salón; cuidadosamente y después de examinarlo bien por fuera sin encontrar nada llamativo lo abrí; en su interior había una carpeta, la saqué y me puse a ojearla. Era bastante gruesa y contenía mucha información, así que me quité los zapatos y me puse una copa de vino, preveía una noche larga. Según avanzaba en la lectura de los informes me iba quedando más atónita. Yo creía que la última misión de Richard había sido en Afganistán y que como me dijeron allí había muerto en un tiroteo, pero eso no era cierto.

La última misión conocida de Richard había sido en la *Universidad Rensselaer Polytechnic Institute*. Así que decidí que empezaría a investigar por allí, a ver si conseguía averiguar algo sobre todo lo que estaba sucediendo. Cerré los informes y los guardé en la caja fuerte que tenía en el doble fondo del armario de mi habitación. Ya me iba a ir a dormir cuando el teléfono sonó. ¿Quién podría ser a esas horas?

—Espero que los informes le hayan servido, señorita Hally —era otra vez esa voz, pero... ¿Cómo sabía que los estaba viendo y que estaba despierta?

—Sí gracias. Me han sido muy útiles. ¿Quién es usted? —sabía que a esta pregunta no me respondería, pero tenía que intentarlo.

—Sabe por experiencia que no le voy a contestar a esa pregunta —no le podía ver, pero sabía perfectamente por su voz que estaba sonriendo—, digamos que soy alguien en quien puede confiar. Si quiere, puede llamarme Mickey.

—Eso déjeme que lo decida yo, Mickey —mientras hablaba con él, cerré las cortinas del salón por si me estaba observando desde algún edificio adyacente.

—Buenas noches Hally. Veo que ya te estás preparando para irte a dormir —dijo en tono jocoso—. Que pases buena noche —y colgó el teléfono antes de que pudiera decir nada. Tras unos segundos en los que intenté ordenar mis pensamientos decidí irme a dormir sin dar más vueltas al misterioso Mickey. Mañana me esperaba un día muy largo y esto cada vez se ponía más extraño y peligroso.

A la mañana siguiente desperté tras haber pasado una noche que no se la desearía a nadie. Soñé con la muerte de Emily y con la de Richard. Recordé en sueños la historia que me había contado Emily sobre aquellos dos tipos que entraron en la *Rue 57* y se identificaron como agentes del FBI. De algo sí estaba segura y era de que aquí había mucho más de lo que en un principio me pareció, así que llame a César para que investigara el suceso que ocurrió en la *Rue 57* con aquellos dos tipos, que se pasara por allí y preguntara a ver qué sacaba.

Mientras, yo iría a la universidad a intentar averiguar qué hizo allí Richard. César, como siempre, me dijo que tuviera cuidado (si el supiera lo del tal Mickey, no me dejaría ir sola) Era un gran amigo desde hacía mucho tiempo, tanto de Richard como mío, y yo también me preocupaba por él.

—Hola César. ¿Qué tal todo? —le pregunté a través del manos libres del coche.

—Hola Hally, voy camino de la *Rue 57*. Llegaré en un par de minutos. Ya sabes cómo se pone el tráfico a primera hora.

—OK, César. Cuando termines allí quedamos en la cafetería de la otra noche y me cuentas. Por cierto, ¿qué tal esta Violeta? —Violeta era su mujer, una joven y guapa venezolana a la que él sacaba diez años.

—Muy bien Hally, está muy bien —se podía notar su sonrisa de oreja a oreja a través del teléfono—. Estamos intentando que se quede embarazada, pero aún nada.

—Tranquilo César. Ella es joven. Pronto se quedará embara...— no pude terminar la frase, escuché a través del teléfono un fuerte golpe de chapa y cristales, y la llamada se cortó. Intenté llamar varias veces, pero fue imposible. No sabía si dirigirme a la universidad o ir a ver qué había pasado. Finalmente me fui a la universidad. Pasará lo que pasará yo no podía hacer nada, y seguro que sólo había sido un simple accidente de tráfico. Conociendo a César, seguro que estaba ayudando, así que cuando terminara me llamaría.

Universidad Rensselaer Polytechnic Institute (New York) Hora 10:30 AM

Llegué a la universidad y aparqué el vehículo frente al rectorado. Antes de entrar en el edificio y hablar con el rector, el Sr. Paul Douglas, me paré un momento a contemplar el campus. Me recordaba a mis años en la universidad donde conocí a Richard y a César. Cómo me gustaría volver atrás en el tiempo a aquellos años.

Nada más entrar en el edificio me di de bruces con la recepción, en la que había una mujer de unos 50 años con cara de pocos amigos. Me escudriñó con la mirada como si de una máquina de rayos X se tratara, y de muy malos modos se dirigió a mí.

—¿Quiere algo? —dijo con desdén.

—Buenos días. Tenía una cita con el Rector Douglas. Si no le importa le dice que estoy aquí —le dije mientras clavaba una mirada desafiante en sus ojos.

—¿Y usted es...? —dijo ella sin apartar la mirada.

—Agente del FBI Hally Burns —su cara y su educación cambió al escucharme.

—Síntese por favor. Ahora mismo llamo al Sr. Douglas —no tardó en salir del despacho el Rector.

—Buenos días, agente Burns —dijo el Rector Douglas.

—Llámeme Hally, por favor —le indiqué amablemente.

—Como usted quiera, Hally, ¿desea tomar algo?

—Simplemente un vaso de agua, gracias.

—Charlotte, traiga café y una botella de agua por favor —dijo el Rector dirigiéndose a la recepcionista—. Tome asiento, por favor ¡Dígame! ¿En qué puedo ayudarle?

—Me gustaría que me hablase de uno de sus empleados en la universidad —tras escuchar esto el rector me miró fijamente—. El empleado en cuestión es el Sr. Richard O'Connor —justo en ese mismo momento, la recepcionista entraba con la bandeja de cafés. Al escucharme por poco se le cae todo al suelo.

—Déjelo ahí Charlotte y retírese. Ya nos servimos nosotros, gracias, ¿qué quiere saber de él? —me dijo mientras se preparaba una buena taza de café solo.

—Lo primero que me gustaría saber es si sigue trabajando aquí.

—Pues siento decirle que se marchó hace un par de meses —alargó su mano y me entregó la botella de agua—. ¿Ha hecho algo? —me preguntó.

—No puedo darle esa información, lo siento —le dije mientras no separaba la vista de él.

—Lo entiendo, pero debe comprender que estando en una universidad tengo que velar por estos jóvenes estudiantes que algún día serán el futuro de nuestro país —tras esto, echó un largo sorbo de café—. Si quiere para saber más puede hablar con el decano Khûrî Jatip.

—¿Quién? —le pregunté extrañada.

—Richard estaba trabajando en la limpieza de la Facultad de Bioquímica y el señor Khûrî es el Decano de dicha facultad —dijo mientras se sentaba con su café en la mesa.

—¡Ah Pues, perfecto! Me vendría bien ver dónde trabajaba el Sr. Richard. ¿Él se hospedaba

aquí? —le pregunté.

—Sí, le ofrecí el cuarto del antiguo conserje —contestó con una amplia sonrisa en la cara, satisfecho de lo que había hecho—. ¿Le gustaría verlo?

—Sí por favor. Me vendría bien verlo —aquella conversación me resultó extraña, parecía como si todo estuviera preparado de ante mano.

—Pues le diré a Charlotte que le acompañe para ver las instalaciones donde se hospedaba —mientras me hablaba, descolgó el teléfono de su mesa, pulsó una de las teclas y colgó.

—¿Desea algo Sr. Douglas? —dijo Charlotte entrando por la puerta del despacho escasos segundos después.

—Sí Charlotte. Por favor, acompañe a la señorita Hally a donde se hospedaba el Sr. O'Connor —Charlotte le miró sorprendida.

—Como usted diga Sr. Douglas. Por favor, por aquí —me indicó.

—Ha sido un placer. Gracias por su ayuda, Rector Douglas —le dije mientras me levantaba para marcharme.

—Si tiene alguna duda más ya sabe dónde me puede encontrar.

Es un placer haberle ayudado. Y espero que sea lo que sea que haya hecho el Sr. O'Connor no sea grave.

Seguí a Charlotte hasta los sótanos del Rectorado, junto a las calderas. Había un cuarto pequeño que no mediría mucho más que una celda de cualquier cárcel. Tenía una cama a uno de los lados, una pequeña mesa de madera, una taquilla en la que no creo que entrase mucha ropa, un pequeño lavabo y sobre él un espejo roto por la mitad.

Le pedí a Charlotte que me dejara a solas para poder inspeccionar el cuarto con calma, sin interrupciones y sin más ojos. Ella no puso pega alguna, pero por su cara pude deducir que no le hacía mucha gracia. Después de un rato revolviendo no encontré nada que pudiera darme pistas, salvo un libro titulado

«*En busca del candidato de Manchuria*» de John D. Marks.

Sabiendo cómo era Richard con sus lecturas, aquel libro debía significar algo, así que me lo guardé. Subí a la recepción, me despedí de Charlotte y salí a dar una vuelta por el campus mientras aclaraba mis ideas.

¿Por qué aquel hombre me había hecho ir allí? No entendía nada. El sonido del móvil me sacó de mis pensamientos. Imagine que sería César, puesto que no sabía nada de él desde que se cortó la llamada. Miré la pantalla y no aparecía ningún número, aun así, lo descolgué.

—Sí ¿Quién es?

—Buenos días Hally, veo que me ha hecho caso y ha ido a la universidad —sólo escuchar su voz me erizó el bello.

—¿Usted otra vez?, ¿qué quiere? —le contesté enfurecida. Ya estaba cansada de tanta intriga y llamadas.

—Tranquílcese, quiero ayudar, nada más-

—¿Ayudar a quién? —le contesté alterada, mientras buscaba con la vista a alguien que me estuviera observando.

—Mis intenciones no importan, pero para que vea que son buenas le voy a ayudar otra vez —se hizo un silencio—. Busca a Alyssa; ella le contara más cosas sobre Richard —y una vez más antes de que pudiera abrir la boca para preguntar, colgó el teléfono.

Decidí regresar a casa y ver los avances de la investigación (si es que tenía alguno). Pero sobre todo para saber qué le había sucedido a César, pues seguía sin noticias suyas. También tenía que intentar averiguar quién era el hombre que me llamaba y que se hacía llamar Mickey.

Cogí el coche e hice una llamada a César, pero no obtuve respuesta. Me empezaba a temer lo peor, pero pronto ese pensamiento se esfumó cuando vi el número de teléfono de César reflejado en la pantalla de mi móvil.

—Hola César, ya era hora de que me llamas. Me tenías preocupada, ¿dónde diablos te has metido?

—Hally —una voz dulce y casi inapreciable se escuchó al otro lado de la línea.

—¿Violeta?, ¿qué sucede?, ¿dónde está Cesar?

—César está en el hospital —escuché entre sollozos—. Esta mañana sufrió un grave accidente de tráfico.

Capítulo 14

Llegué al hospital y me encontré a Violeta desesperada. Aún no sabía nada del estado de César. Mientras esperábamos a que los médicos nos dijeran algo, hablé con unos policías que habían estado en el lugar del accidente. Quería entender que había sucedido. Según me contaron un camión había perdido el control debido a un fallo en los frenos. Esto provocó que se llevara por delante a todos los vehículos que encontró en su camino, pero la mala suerte cayó del lado de César.

El camión transportaba unas barras de acero para el forjado de un edificio y una de ellas había salido disparada impactando contra el vehículo de César, atravesó el coche y se le clavó a escasos centímetros del corazón. Los médicos estaban intentando sacar la barra sin causar daño alguno. La operación era extremadamente delicada, y más cuando por sus dimensiones se tuvo que cortar. Esta labor la llevó a cabo el cuerpo de bomberos, lo que provocó que el estado de César empeorase y ahora se debatía entre la vida y la muerte.

—Hally, ¿qué te han dicho?, ¿cómo ha sucedido? —me preguntó Violeta claramente afectada.

—Tranquila aún no saben nada del estado de César, así que no nos pongamos nerviosas —ella me miró. Sus ojos estaban empapados en lágrimas que resbalaban por sus mejillas—. Además, César es fuerte. Seguro que sale de ésta —me acerqué a ella y la abracé con fuerza.

—Familiares de Cesar Ramírez, por favor —pude escuchar a mis espaldas Violeta rápidamente contestó.

—Si —su voz sonó ahogada, sin fuerza.

—¡Aquí, doctor! —tuve que contestar—. ¿Cómo ha salido todo?

—La operación, aunque delicada ha sido un éxito. El paciente se encuentra estable, aunque tengo que decirle que las próximas 48 horas son críticas, puesto que ha perdido mucha sangre y puede surgir alguna infección.

—¿Podemos verle? —dijo Violeta con una sonrisa en la cara y limpiándose las lágrimas.

—Aún es pronto. Les pediría por favor que esperasen un poco más, aunque sé que es difícil —dijo mirando a Violeta—. Estas primeras 24 horas lo mantendremos sedado por precaución.

—Muchas gracias, doctor —dijimos las dos.

—Hally, te agradezco mucho tu compañía en estos momentos.

—Violeta, es lo menos que puedo hacer por ti y por César.

—Aun así, te lo agradezco —se quedó en silencio como si quisiera decirme algo, pero no se atreviera— Hally...

—Sí Violeta, ¿te pasa algo?

—Aún no le he dicho nada a César, pero me gustaría que tú fueras la madrina de nuestro hijo. Ya se que hace mucho que no nos veíamos, pero estas aquí sufriendo como yo y quiero que lo seas —aquello era algo que no me esperaba. Sabía que querían tener un hijo, pero no sabía que ella estaba embarazada, y menos aún que quisieran que yo fuera la madrina del niño.

—No sé qué decir. Creo que deberíamos esperar a que César esté bien —tragué saliva y continué—. Me siento muy halagada por la proposición, y por supuesto que la acepto —me miró a los ojos y asintió con la cabeza—. Creo que deberíamos descansar un poco Violeta.

—Sí Hally. Ve a casa. Gracias por la compañía. Yo me quedaré aquí a esperar.

—Creo que tú también deberías descansar —su mirada era de tristeza y cansancio—. Vayamos a tú casa. Yo te acompaño. Aquí ya no hacemos nada. Le diré a los doctores que en cuanto se le pueda visitar nos avisen y vendremos a verle —extendí mi mano, la agarré con pesar y sin decir ni

una palabra más, nos fuimos.

Sonó el teléfono y rápidamente lo cogí intentando que Violeta no lo escuchara para no despertarla, pero ella ya llevaba despierta hacía un buen rato, aunque por el aspecto de su cara parecía que no hubiera dormido durante toda la noche. Para mi sorpresa, la llamada no era del hospital, sino de mi *informador*.

—Buenos días, Mickey —contesté resignada— ¿Qué es lo que quieres ahora? Hoy no es buen día para tus juegos —le conteste airada.

—Ya lo sé Hally. Siento lo de tu amigo César —un silencio se escuchó al otro lado del auricular— pero, precisamente, de eso quería hablarte.

—¿De qué estás hablando?

—Tú amigo está en peligro. El accidente que ha sufrido ha sido provocado.

—Un segundo —Violeta me miraba extrañada— es una llamada de la oficina. No tiene nada que ver con César —tuve que mentirle. Me levanté de la cama y salí al jardín. No quería que pudiera escuchar algo— ¿Qué coño me estás diciendo, Mickey?

—Lo que oyes Hally, todo fue planeado. Tu amigo se estaba acercando mucho y eso no gusta. No estaría de más que pusieras algún agente vigilando su habitación en el hospital —durante un segundo no supe que contestar. Tenía que asimilar lo que me acababa de decir.

—¿Por qué te tengo que creer?

—Creo que hasta ahora no te he engañado en nada. Esto es muy serio, pero tú misma debes decidir si me crees o no. Sólo te digo que deberías hacerlo.

—Es cierto que nunca me has engañado o eso creo —dije resignada— veré lo que me invento para poder poner un agente de custodia en el hospital.

—Me alegro de que me hagas caso Hally. Te tengo que dejar, cuida de ella y de su hijo.

—¡Mickey! ¿Cómo sabes lo del niño? —pero ya había colgado. ¿Cómo sabría él que Violeta estaba embarazada? Tenía que llamar a mi jefe para decirle lo del agente, pero, ¿qué le diría? Descolgué el teléfono y marqué el número privado de Donald.

—Sí, ¿quién es? —respondió.

—Donald, soy Hally —no tenía tiempo de pensar alguna excusa, así que se lo dije sin medias tintas—. Necesito que pongas un agente a vigilar la habitación del detective César Ramírez.

—Hally, ¿de qué me estás hablando? Me llamas a mi número privado y sin una explicación me pides que ordene que pongan a un agente en la puerta de un detective que ha sufrido un accidente solo porque es amigo tuyo, ¿te has vuelto loca?

—Jefe, si no estuviera segura de que ese detective corre peligro no le pediría esto. Se lo ruego como favor personal.

—Hally, rotundamente no —dijo levantando la voz—, y espero que esta sea la última vez que me llamas para algo así —colgó el teléfono y no me dejó que le respondiera. Regresé a la casa y comencé a vestirme.

—¿Te vas, Hally? —preguntó Violeta, que sostenía una bandeja con el desayuno de las dos.

—Tengo algo urgente que solucionar —le contesté sin mirar—. Espérame aquí. Cuando regrese nos vamos a ver a César, que seguro que ya está bien.

—Hally...—el silencio se hizo mientras nos mirábamos a los ojos.

—¿Sí, Violeta? —pregunte dubitativa.

—Ten cuidado —dijo con mirada pérdida—. Estaré preparada para cuando regreses, así podremos irnos al hospital cuanto antes.

—Claro que sí Violeta; no tardaré en regresar —cogí uno de los vasos de zumo que había en la bandeja, le di un trago y salí de la habitación lo antes que pude dirección al hospital para

solucionar lo del agente para César.

De camino efectué algunas llamadas para intentar que alguno de mis contactos más influyentes diera la orden de poner un agente en la habitación, pero hasta el momento todo había sido inútil. Llegué al hospital y para mi sorpresa vi un agente que ya estaba custodiando la puerta de la habitación de César. No permitía a nadie la entrada a la misma sin antes identificarse. Ahora mi pregunta era quién había puesto a aquel agente en la puerta de la habitación. Sonó mi teléfono móvil; rápidamente lo saqué y descolgué sin mirar quién era.

—Hola Hally.

—Hola Mickey, ¿qué quieres ahora? Estoy muy ocupada.

—Ya veo que estás en el hospital y que mi sorpresa te es grata.

—Me lo tenía que haber imaginado. No podía haber sido otro salvo tú. ¿Me puedes decir cómo has conseguido a ese agente?

—No me lo agradezcas Hally. Ahora dedícate a seguir investigando sobre Richard y así poder dar con él antes de que sea demasiado tarde —pude oír como daba una calada a un cigarro y continuaba hablando— cuando tu amigo esté mejor, adviértele. Cuéntale que su accidente fue preparado y dile que esté atento.

—Mickey! ¡Mickey...! —intenté hablar con él, pero ya había colgado.

Entré a ver como se encontraba César. Ya estaba despierto y cuando me vio entrar, una leve sonrisa se dibujó en su cara.

—Hola Hally —una tos le sobrevino al hablar.

—Tranquilo César, no fuerces la máquina, que aún estás muy débil —me acerqué a él y le agarré la mano para tranquilizarle.

—Gracias Hally —contesto aún sin voz—. Tengo que pedirte perdón por no poder llegar a la *Rue 57*, pero ese puto camión se interpuso en mi camino.

—César, ahora lo que importa es que tú estás bien y que te recuperes lo antes posible. Ya me encargo yo de preguntar. Además, no quiero involucrarte más en este tema —sus ojos se clavaron en mí; aun estando débil pero su mirada tenía fuerza.

—No pienso hacerte caso —dijo entre tos y tos—. En cuanto me recupere, te ayudare en todo lo que pueda.

—César...—mi mente pensó si era un buen momento para decirle que su accidente había sido planeado y que su mujer estaba embarazada. En el momento que mis labios iban a despegarse para articular palabra, por la puerta entró Violeta, que al verle se convirtió en un mar de lágrimas, y abrazó a César—. Os dejo. Tengo cosas que hacer.

—Cuídate Hally —dijo César mientras me miraba extrañado. Su olfato de sabueso hacía acto de presencia y sabía que algo no iba bien.

—Hally —me llamó Violeta—. Gracias por tu compañía. Cuento contigo para eso, ¿verdad? —no contesté, solamente asentí con la cabeza y me marché. Cuando cerraba la puerta de la habitación, pude escuchar como Violeta le decía a César lo de su embarazo y este se echaba a llorar. Me alegre mucho por ellos.

Habían sido unos días muy duros. Sólo quería llegar a casa a tomar una ducha relajante y sentarme a aclarar mis ideas con una buena copa de vino entre mis manos. Pero esto no iba a suceder con la premura que yo esperaba, porque cuando vi aparecer a Donald en el ascensor, supe que todo aquello iba a cambiar.

—Hally, veo que al final conseguiste el agente que querías para custodiar la entrada de la habitación —dijo Donald con gesto disgustado.

—Yo estoy igual de sorprendida que usted, jefe —le dije intentando disimular.

—Está bien Hally —dijo resignado—. Ahora tengo que hacer unas preguntas a tu amigo el detective —al escuchar esto fue cuando me fijé mejor en el acompañante de mi jefe. Un hombre de color, alto y bien trajeado, que se escondía tras unas gafas oscuras—. Nos veremos en la oficina —y ambos se marcharon en dirección a la habitación de César.

Por fin estaba en casa, relajada tras una ducha reparadora, y con mi vino. Estaba intentando cuadrar todo lo que tenía hasta ahora y las pistas que me había dado Mickey; mi visita a la universidad no había sido muy esclarecedora en la investigación. Solo había servido para saber que Richard no había muerto en Afganistán. Entonces recordé que me había guardado el libro que Richard estaba leyendo, lo saqué y lo observé intentando encontrar alguna clave que hubiera podido dejar allí Richard a propósito, pero sólo se veía el título del libro en el lomo, no tenía ni portada, ni contra portada:

«*En busca del candidato de Manchuria* de John D. Marks»

El título no me decía nada. Comencé a ojearlo para encontrar alguna señal o algo que me pudiera guiar en la investigación. Entonces fue cuando vi a través de la copa de vino mientras bebía, una pequeña marca. Dejé la copa en la mesa y con mucho cuidado humedecí una de las esquinas. Conseguí con mucho cuidado despegar las páginas, entre ambas y casi inapreciable había un pequeño papel, lo extraje con una pinza y pude ver que en él había algo escrito:

«HSDHKXGJ LJNZF»

En un principio esta serie de letras no me decía nada, pero conociendo a Richard, si se había tomado tanta molestia en ocultar aquello era porque con ello quería decir algo. Pero, ¿cuál sería su significado? Cada vez estaba más confundida y además era demasiado tarde para seguir con ello pues el agotamiento ya se apoderaba de mi cuerpo. Mañana sería otro día, y estando despejada seguramente vería las cosas con mayor claridad, así que decidí guardar todo e irme a dormir para intentar descansar un poco.

Capítulo 15

*Edificio J. Edgar Hoover (Washington D.C.) Hora: 08:30 A.M.
Sede Central del F.B.I.*

Llegué a las oficinas como todos los días. Me senté en mi despacho a organizar el papeleo que tenía encima de la mesa. Tras dos días investigando extraoficialmente lo de Richard se me había acumulado el trabajo diario. Llevaba casi dos horas colocando y terminando los informes atrasados cuando entró en mi despacho mi jefe, cosa poco habitual, y se dirigió a mí con un tono muy serio.

—Hally, deja lo que quieras que estés haciendo y pasa por mi despacho. Tengo un asunto que tratar contigo —por un segundo me dejó descolocada y no supe qué contestar.

—Sí, ahora mismo me paso —le dije mientras salía del despacho. Dejé todo y le seguí. Seguramente querría hablar conmigo sobre lo del agente puesto para custodiar la habitación de César.

—Pasa Hally. Siéntate. Éste es el Agente Johnson, de la CIA, y quiere hablar contigo —aquello no pintaba bien—. Me ha comentado que estás investigando por tu cuenta una de las misiones que tenía Richard asignada —hizo una breve pausa mientras me miraba a los ojos—. ¿Es eso cierto? —aquel agente era el mismo que acompañaba a mi jefe el día que me lo encontré en el hospital.

—Sí, pero...—no me dejó terminar.

—Hally, Richard está muerto y lo único que haces con esto es entorpecer la labor de la CIA en la investigación que están haciendo sobre lo que paso en Afganistán —dijo mi jefe.

—Agente Burns —ahora fue el agente de la CIA el que me habló; era un individuo alto y atlético. Intimidante—. Le agradeceríamos que no siguiera por ese camino; el agente O'Connor era uno de nuestros mejores agentes de campo, pero desgraciadamente falleció en Afganistán, como usted bien sabe —dijo en un tono tajante.

—Perdóneme. No tenía ni idea de que estaba interrumpiendo una investigación de la CIA —le contesté, pero algo en él no me gustaba—. Pensé que la muerte de Richard en Afganistán ya estaba aclarada.

—Hally, no podemos entorpecer investigaciones de otras agencias —habló mi jefe en un tono paternal y condescendiente.

—Muchas gracias por entender la situación agente Burns —me dijo el agente de la CIA mientras se levantaba de la silla.

—Hay una cosa que no consigo entender —mi jefe me miró, sabiendo perfectamente qué significaban mis palabras—. Si Richard murió en Afganistán, ¿por qué estoy interrumpiendo una investigación solo por preguntar por él en una Universidad de Nueva York? —mi jefe me miró desafiante. Aquello no le gustó, y al agente de la CIA tampoco le hizo mucha gracia.

—Siento decirle agente Burns que...—una leve sonrisa apareció en el rostro de aquel tipo, mientras se paseaba por el despacho de mi jefe. Se detuvo frente a la estantería de libros, y ojeando los lomos, continuó hablando de una forma pausada e intentando que sus palabras fueran muy claras—, no le puedo contestar a esa pregunta.

—Hally, te estás excediendo —dijo mi jefe visiblemente colérico.

—Una última pregunta, si se me permite —mi jefe se llevó las manos a la frente en gesto de desesperación e impotencia.

—Si el agente Johnson no tiene ningún inconveniente —dijo mi jefe resignado.

—Por mi parte, no tengo problema —contestó—, pero recuerde que algunas cuestiones son confidenciales.

—OK. Según lo que he podido saber en la universidad —hice una pausa y ambos me miraron expectantes—, sé que Richard estuvo allí tras haber estado en Afganistán investigando algo —el aire se podía cortar de la tensión—. Si Richard murió en Afganistán, ¿cómo podía estar investigando algo tras su muerte en Nueva York? —aquel tipo levantó la vista, pero esta vez no sonrió.

—Creo que se confunde agente Burns. Richard no estuvo asignado a la investigación que se realizó en la universidad. Fue otro agente —aquello no me convencía, pero antes de que pudiera decir nada, él continuó hablando—. Con esto ya le he dicho más de lo permitido —hizo una breve pausa—. Espero que lo entienda y que no me vuelva a hacer perder el tiempo metiendo las narices en asuntos que no son de su incumbencia —su tono esta vez era serio y cortante pero lo que me había dicho seguía sin convencerme. Es más, no me fiaba de él para nada.

—Sí, pero...—antes de poder seguir mi jefe me interrumpió.

—Le entendemos perfectamente. Espero que no le hayamos causado muchos problemas en la investigación —dijo mi jefe mientras me miraba—. Tranquilo, que no le molestaremos más, ¿verdad, Hally?

—Sí jefe —contesté a regañadientes, pero sabía que lo mejor era dejar de preguntar.

—Gracias por su colaboración. Espero que así sea —salió del despacho y justo cuando pasó a mi lado pude oler un fuerte olor a gasolina, algo extraño en un agente de la CIA.

—Hally, no sé qué pretendes, pero sabes que te puedes meter en un lío —él sabía perfectamente que dijera lo que dijera, yo terminaría haciendo lo que quisiera, y más siendo algo relacionado con Richard—. Hagas lo que hagas, yo no sé nada. Pero ten cuidado, esto no pinta bien.

—Gracias Donald —y salí tranquilamente por la puerta de su despacho en dirección al mío. Él también tenía sus dudas. Aunque nunca me lo dijera, yo lo veía en sus ojos.

Regresé a mi despacho para continuar con lo que estaba haciendo, pero aquella reunión y aquel agente de la CIA no me habían gustado nada. Me senté unos segundos para meditar todo lo sucedido; últimamente había demasiadas cosas a mi alrededor que no me gustaban. La aparición y desaparición de Richard, la muerte de Emily, las llamadas de teléfono del misterioso Mickey, el accidente provocado de César y ahora, la visita de un extraño agente de la CIA.

Y todo para decirme que me metiera en mis asuntos (eso sí, con la educación propia de la CIA). No tenía sentido, pero aún no sabía qué era. El sonido del teléfono de mi mesa me sobresalto sacándome de mis pensamientos.

—Agente Burns, dígame —contesté rápidamente.

—Qué bonita suena tu voz, aunque estas seria, Hally —dijo la voz al otro lado del teléfono.

—¿Otra vez tú?, ¿qué quieres ahora? —reconocí su voz al instante—. ¿Cómo tienes este teléfono? Es un teléfono privado —le dije mientras me levantaba nerviosa de la silla.

—Tranquila Hally, siéntate. Recuerda que estoy aquí para ayudar.

—¿Cómo...? —me senté preguntándome cómo sabía que estaba de pie.

—Mucho mejor así; me imagino que te habrás dado cuenta de que ese agente de la CIA no es realmente quien dice ser —en mi cara se reflejó una sonrisa; no me había confundido en mis sospechas—. Vuelve a la universidad y habla con Alyssa. Ella te contará cosas interesantes y que te servirán para saber dónde puede estar Richard.

—Pero si tú lo sabes, ¿por qué no me lo dices? —le pregunté.

—Sospecharían de mí. Yo, al igual que tú, también estoy en peligro y antes tengo que solucionar unos asuntos para que a ninguno de los dos nos suceda nada grave. Cuando sepas más y antes de ir a rescatar a Richard te llamaré y nos reuniremos. Suerte y, cuidado.

—Mickey, pero...—como siempre me dejó con la palabra en la boca.

Tras un rato reordenando mis ideas, decidí regresar a la universidad y hablar con la tal Alyssa, pero antes pasaría por casa para intentar descifrar la nota que había dejado Richard en el libro, y también llamaría a César para saber qué tal estaba, ya que hoy le daban el alta en el hospital. Tengo que decir que, hasta el momento, Mickey no me había dado una mala pista, pero no me podía fiar ni de él ni de nadie.

Llegué a casa, saqué todo el material que tenía hasta el momento sobre Richard y me puse a repararlo; también saqué la nota que encontré escondida en el libro para intentar descifrarla.

«HSDHKXGJ LJNZF»

Por más que la miraba no me decía nada, necesitaba ayuda, pero, ¿de quién? No tenía el teléfono de Mickey y no podía fiarme de nadie salvo de mí misma. Dejé unos momentos apartados todos mis apuntes y la nota de Richard para llamar a César y saber de él.

—¿César? —pregunté tras escuchar su voz al otro lado del teléfono.

—Hola Hally, ¿qué tal?

—Yo bien, ¿ya estás en casa?

—No, todavía no estoy —contestó desconcertado—. Es extraño, pero Violeta me dijo que vendría a buscarme al hospital, y aún no ha llegado.

—No te preocupes, seguro que esta de camino. Ya sabes cómo es el tráfico en la ciudad —le dije intentando que mantuviera la calma.

—Hally, voy a coger un taxi y me voy a casa. Estoy cansado de esperar aquí —le noté un tanto disgustado.

—Espera a Violeta. Seguro que no tarda mucho en llegar al hospital —intenté calmarle para que esperara.

—No Hally. Ya le dejé un mensaje en la recepción. Voy a coger un taxi y me voy a casa.

—¿Quieres que me acerque a buscarte?

—No te preocupes, estoy bien. Tú continúa con lo que estés haciendo.

—Como quieras, César.

—Por cierto, ¿cómo llevas eso?

—Bien, ya te contare cuando estés más recuperado. Tú tranquilo y descansa.

—OK Hally. Te dejo. Luego hablamos.

—Cuídate, César —le dije antes de que me colgara el teléfono.

Seguido llamé a Violeta para saber qué la había sucedido, pero no me contesto ni al teléfono móvil ni al de su casa. Esto hizo que me pusiera nerviosa, algo no iba bien. Me levanté del sofá pensando si acercarme a casa de César para ver qué pasaba, pero sé que a César eso no le gustaría. El alta en el hospital se la habían dado por sus continuas quejas, no podía estar quieto y estar en una cama de hospital sin hacer nada. Cuando él se encontraba bien, era algo superior a sus fuerzas. Esperaría a que él me llamara. Seguramente Violeta con las prisas de ir al hospital a recogerle se había dejado el teléfono y se encontraría inmersa en un atasco en pleno centro.

Mientras esperaba la llamada de tranquilidad de César, seguí repasando mis notas y sobre todo intentando descifrar la del libro. Estaba claro que lo que en ella quería ocultar Richard era realmente importante.

El teléfono me despertó. Me había quedado traspuesta en el sofá.

—Agente Hally Burns —contesté claramente adormecida. Pude oír como susurraban mi

nombre.

—Hally...

—¿Quién es? —pregunté mientras separaba el teléfono de mi oído y miraba cómo en la pantalla se reflejaba el nombre de César—. César, ¿eres tú?, ¿qué ocurre? —contesté claramente alterada. algo malo pasaba estaba segura.

—Hally, Violeta... Violeta está muerta.

—¿Qué dices César?, ¿qué ha pasado? —solo escuchar aquello hizo que mi cuerpo se revolviere. Me levanté del sofá, me puse la chaqueta y cogí las llaves del coche— César, voy a tu casa. Espérame ahí. No te muevas —le dije. Pero justo cuando iba a salir de casa él me contesto.

—Hally, creo que la he matado yo.

—¡César! ¡César! —grité desesperada. Pero al otro lado ya no había nadie. Me guardé el teléfono en el bolsillo y salí de casa.

No podía creer lo que había escuchado. Todo aquello debía ser una pesadilla. Seguramente ahora me despertaría sobresaltada en el sofá de casa. Pero no fue así, aquello era real. Entré en el coche, metí la llave en el contacto y cuando me disponía a arrancar volvió a sonar el teléfono.

—César, ¿eres tú?

—No Hally, no soy César —una voz tenue pero que enseguida supe reconocer me habló.

—Mickey, siempre tan oportuno. Ahora no puedo hablar contigo.

—Espera Hally, no me cuelgues —gritó antes de que pudiera colgarle.

—¿Qué quieres? —no tenía tiempo para sus acertijos.

—Es sobre César. Tú amigo está metido en un lío —un silencio se hizo en la comunicación—. Le han tendido una trampa y su mujer ha muerto —no le contesté, colgué el teléfono y aceleré el coche a fondo para llegar lo antes posible a casa de César y saber qué había sucedido.

De camino sonó el móvil unas tres veces más, pero hice caso omiso. Cuando llegué a casa de César ya estaba allí la policía. Aún no sabía qué había sucedido, pero viendo el panorama me temía lo peor.

Me bajé del coche y justo cuando iba a entrar en la casa dos agentes salían de ella con César. Al verme se quedaron sorprendidos. Rápidamente reaccioné y sacando mi arma les apunté.

Aquellos tipos no eran agentes de verdad. César levanto la cabeza y me miró. Me hizo un gesto que no supe interpretar hasta que un fuerte golpe hizo que cayera al suelo. Lo último que pude ver antes de desmayarme fue cómo introducían a César en el interior de un coche.

Entre sueños recuerdo cómo un hombre con el pelo de color blanco me recogía y me metía en un vehículo a mí también. A la mañana siguiente desperté con un fuerte dolor de cabeza. Estaba en mi casa tumbada en mi cama. Me levanté, caminé hasta la cocina, me tomé un par de analgésicos para el tremendo dolor de cabeza, miré por la ventana y allí estaba mi coche, exactamente donde lo solía aparcar. De pronto, sonó el teléfono, lo busqué entre mis cosas y contesté.

—Sí, ¿quién es? —contesté todavía aturdida y con dolor de cabeza.

—Me alegra saber que aún estás viva, Hally —su voz era inconfundible ya para mí.

—¿Qué coño ha pasado esta noche, Mickey? —pregunte claramente cabreada.

—Pues que casi mueres si no llega a ser por mí —lo dijo con pasmosa tranquilidad.

—¿Y César?, ¿y su mujer?, ¿qué les ha pasado?, ¿quiénes eran aquellos hombres?

—Hally, César y su mujer están muertos —aquella noticia se clavó en mi mente tan fuerte que volvió a hacer que un súbito mareo me hiciera perder el equilibrio unos segundos.

—¿Estás seguro? —fue tan leve mi voz que no sabía si realmente había pronunciado aquellas palabras o las había pensado.

—Estoy seguro, Hally. Lo siento —dejó de hablar unos segundos y continuó—. Los detalles de

su muerte los sabrás dentro de poco, ya que tu jefe te llamará para darte la noticia.

—¿Quiénes eran esos hombres? —casi no podía articular palabra, pero tenía que saber más sobre lo ocurrido.

—Esos hombres son los mismos que se llevaron a Richard de la *Rue 57*. Hally, te dije...

—Vete a la mierda Mickey —le interrumpí—. Estoy cansada de todo esto. Richard no aparece ni tengo una pista fiable de donde puede estar, ya han muerto tres amigos míos. Emily la primera y César y su mujer que... estaba embarazada —se me hizo un nudo en la garganta que casi no me dejó continuar. Me senté en el sofá porque mis piernas empezaban a fallar—. Y tú sigues con este juego de acertijos, ¿qué está pasando Mickey? Quiero que seas claro.

—Hally, lo siento por tus amigos, pero no puedo decirte más de lo que te digo. Si lo hiciera pondría en peligro toda la investigación, y también a ti y a mí.

—A mí me importa poco que tú te pongas en peligro. Ya dudo siquiera que Richard este vivo y...

—Richard está vivo, Hally —me interrumpió—. Ayer pude ver en tu casa que habías hecho los deberes —fue escuchar eso y salí corriendo para comprobar que todo seguía donde lo había dejado—. Intentaré ayudarte con esa nota oculta y encriptada que encontraste.

—Mickey vete a la mierda. A partir de ahora seguiré yo sola, no te necesito —y colgué el teléfono.

Rebusqué entre los papeles la nota, hasta que finalmente di con ella. Me recosté en el sofá unos segundos, necesitaba digerir los acontecimientos. Pero aquello no fue posible porque el teléfono me volvió a sonar.

—Vete a la mierda. No necesito más tú ayuda —grité nada más descolgar.

—¿Hally? Soy Donald, ¿sucede algo?

—No. Pensé que era otra persona, lo siento —le contesté intentando calmarme un poco—. Dime, Donald.

—Hally...—unos segundos de silencio— siento ser yo el que te de esta noticia, pero...

—¿Qué ha ocurrido Donald? —le pregunté intentando disimular.

—Tú amigo César, el detective de la policía se ha suicidado tras matar a su mujer y al amante de ella en su propia casa —permanecí en silencio unos segundos— ¿Hally, sigues ahí?

—Sí jefe. Sigo aquí. Voy a vestirme y me acerco a la oficina para que me lo explique todo con más detalle por favor.

—¿Seguro que estas bien? —espero una respuesta por mi parte que no recibió—. Aquí te espero.

—Gracias Donald —y antes de que pudiera decir algo más colgué el teléfono.

Permanecí sentada unos segundos más mientras miraba con atención la nota encriptada que había dejado Richard. ¿Qué mierdas significa esto?, joder. Guardé la nota en un lugar seguro y salí de casa.

Capítulo 16

Llegué a la oficina y entre en mi despacho. Me senté tras mi mesa y me detuve a pensar en todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor.

Encima de la mesa tenía informes atrasados que tarde o temprano tendría que terminar, pero ahora no era el momento de pensar en eso. Entonces llamaron a la puerta.

—Adelante —dije con voz cansada.

—Hola Hally —dijo Donald mientras entraba en el despacho—. ¿Cómo te encuentras?

—Bueno, digamos que bien —mis palabras se arrastraban por mi boca lentamente.

—¿Quieres o necesitas algo?

—No, gracias Donald. Lo que realmente quiero y necesito saber es lo que ha sucedido.

—Lógico. Bien Hally. Según el informe oficial, César llegó a su casa y encontró a su mujer Violeta en la cama con su amante, lo que debió hacerle enloquecer, porque con su propia arma disparó a bocajarro a ambos. Posteriormente salió de su casa se dirigió con su vehículo al puente de Brooklyn, detuvo el vehículo hacia la mitad del puente y se suicidó.

—¿Cómo que se suicidó?

—¿Realmente quieres saber esos detalles, Hally?

—Sí, por favor. Y si puede ser, necesitaría una copia del informe.

—Hally —se quedó mirándome a los ojos y suspiró— tú amigo César se suicidó disparándose en la boca —durante un segundo que pareció eterno se hizo el silencio—. Tendrás ese informe, pero no hay nada que investigar, está todo clarísimo. Fue un asesinato con posterior suicidio y el caso *ya* está cerrado.

—Gracias Donald. Ahora si no te importa, me gustaría estar sola unos minutos. Luego me paso por tu despacho a por el informe.

—Como quieras Hally. Yo tengo que salir, así que te lo dejaré encima de mi mesa, y no te preocupes, puedes tomarte el día libre. Lo siento mucho.

Tras unos minutos en mi despacho me dirigí al de mi jefe para recoger el informe. Entré y como había dicho, el informe estaba sobre la mesa. Lo recogí y regresé al mío. Justo cuando me iba a poner a leerlo, el teléfono de mi mesa sonó.

—¿Sí? —contesté con desgana.

—Hally, te noto decaída —era como siempre Mickey—. Sé que es para estarlo, pero no tienes que perder la esperanza.

—Eso es fácil decirlo cuando no has perdido a nadie, Mickey.

—Hally, el tiempo pasa para todos igual, y tarde o temprano las cosas cambiarán.

—Eso espero, Mickey. Eso espero —contesté con resignación.

—Todo en la vida implica sufrir y sentir Hally, pero en ti está cómo quieres hacerlo y el empeño que quieras poner en ello.

—¿Qué quieres, Mickey?

—Ya sé que tienes el informe de lo sucedido con tu amigo César y su mujer, y quiero ayudarte si me lo permites.

—¿Cómo me vas a ayudar en un caso que está cerrado?

—Sé de sobra que investigarás por tu cuenta. Ya nos conocemos.

—Sorpréndeme Mickey, ¿qué sabes?

—Tu amigo estaba investigando por su cuenta un caso referente a la desaparición de productos químicos en la Universidad Rensselaer Polytechnic Institute.

—Continúa Mickey. Acabas de lograr llamar mi atención.

—El caso se había cerrado hacía un mes sin ninguna causa. Sus jefes le ordenaron dejar de investigar, pero él no obedeció y se puso a investigar por su cuenta. Esos productos, para ser más exactos desaparecieron de la facultad de bioquímica.

—Donde estuvo infiltrado Richard —le interrumpí.

—Eso es Hally, la misma facultad, en la misma universidad. A tu amigo César no le mataron por ayudarte en la investigación para encontrar a Richard, sino porque había descubierto algo en aquella universidad que alguien no quería que saliera a la luz.

—¿Y me imagino que tú sabrás de qué se trata?

—Por ahora sólo tengo algunos indicios, nada claro. Aun así, sigo investigando.

—Bien. Tú investiga por tu cuenta que yo lo haré por la mía.

—Si te cuento esto Hally, es precisamente para que no investigues. No quiero que te suceda lo mismo que a César. Cuando tenga algo seguro te lo comunicare. Tú sigue con lo de Richard y ve a hablar de una vez con Alyssa a la universidad. El tiempo es oro.

—¿Quién dice que es más seguro investigar la desaparición de Richard que el caso de César? Si en los dos ya han muerto dos amigos míos.

—Con lo de Richard te puedo ayudar y proteger...

—Venga ya Mickey.

—¿De verdad crees que te voy a hacer caso?

—Sé que, si lo sopesas, al final lo harás. César ya está muerto, pero Richard sigue vivo en algún lugar y encontrarlo depende única y exclusivamente de ti.

—¿Quién coño te crees para hablarme de lo que tengo o no que hacer?

—Hally, es sólo un consejo de alguien que no quiere ver tu cuerpo bajo tierra.

—Ya te he dicho que no necesito tu ayuda para nada.

—Hally, tranquilízate y razona. Sé que ahora mismo después de lo sucedido eso es complicado, pero inténtalo.

—Si no quieres verme muerta, déjate de misterios y dime todo lo que sepas para que así pueda coger a esos hijos de puta.

—Sobre eso no te puedo dar todavía toda la información que tengo.

—Ya me lo imaginaba. Tú siempre tan misterioso. ¿Sabes lo que te digo Mickey?

—Hally —me interrumpió— por favor déjame que investigue un par de días. Si no te doy resultados te encargas tú. Sólo te pido eso, por favor —aquella actitud de Mickey me resultó rara, nunca me había hablado de esa manera.

—Joder Mickey —me pare a pensar, pero qué podía hacer—. Está bien, pero solo un par de días Mickey.

—Gracias Hally. Ahora continúa con lo de Richard.

—Mickey...—ya me había vuelto a colgar.

Esta vez la conversación con él había sido distinta. Realmente parecía preocupado por lo que me pudiera pasar, pero no quería confiarme. Ahora me tocaba seguir investigando lo de Richard y para ello tendría que ir a la universidad, buscar a Alyssa y hablar con ella a ver que sabía.

Universidad Rensselaer Polytechnic Institute (Nueva York)

Llegué a la universidad. Esta vez aparqué en el parking de estudiantes, me bajé del coche y me acerqué a uno de los tableros de anuncios que todas las hermandades tienen en la entrada de sus edificios.

En él había los típicos anuncios que suelen poner, pero también había varios carteles de chicas

desaparecidas. Me acerque a la puerta de la hermandad y, antes de poder llamar, de ella salió un joven corpulento con el pelo rubio.

—Ummm, ¡madre mía qué cuerpo! —dijo mirándome atentamente de arriba abajo— ¿No vendrás buscándome a mí? Si es así, aquí me tienes, nena.

—Pues mira no. No te busco a ti —le contesté con tono seco y distante.

—Pues tú te lo pierdes monada —me respondió guiñándome un ojo y acercándose más a mí.

—Mira esto, guapo —le dije mientras sacaba mi identificación del FBI.

—¿Me vas a detener? Qué pena que seas del FBI. Si no, te iba yo a enseñar algo bueno.

—¿Conoces a una chica llamada Alyssa? —le pregunté mientras le miraba con desprecio e intentaba calmar tanta testosterona.

—Sólo de vista, pero no me importaría que ese culito se pasease también por mi cama —contestó con chulería.

—¿Me podrías decir dónde la puedo encontrar?

—A estas horas, supongo que estará en la biblioteca —contestó.

—¿Y tu nombre es...? —le pregunté.

—Mi nombre es Robert, guapa —contestó con una amplia sonrisa en su cara, y apartándose el flequillo—. Ya sabes. Si quieres marcha pregunta por mí, que la tendrás seguro —dijo mientras se alejaba.

—Un segundo, tengo una pregunta más. ¿Cómo puedo reconocerla?

—Eso es fácil cara bonita. Entra en la biblioteca, pelo largo y moreno, con gafas y muy guapa. Además, siempre se sienta en una pequeña mesa que hay a la entrada. La verdad que es una pena, con lo buena que está siempre está liada con los libros —le dejé y me dirigí a la biblioteca.

Entré en la biblioteca buscando a Alyssa, y con la descripción que me había dado aquel insoportable muchacho fue más fácil de lo que en un principio había creído. Estaba sentada sola en una pequeña mesa de madera, con la mirada perdida en una de las ventanas, y un libro abierto bajo ella. Tenía el pelo de color negro azabache. Cuando escuchó que la llamaba giró la cabeza. Era una chica preciosa, con unos grandes ojos negros que brillaban con fuerza, pero su mirada era triste y estaba apagada.

—Alyssa —le dije en voz baja—, ¿eres tú?

—Sí...soy yo. ¿Quién lo pregunta? —contestó mientras se apartaba el pelo.

—Hola. Soy Hally Burns, del FBI y, quiero hacerte unas preguntas —cuando me escuchó decir esto sus ojos se abrieron de par en par.

—Lo siento. No tengo nada que decirle. Tengo prisa. En cinco minutos tengo clase —me contestó mientras se levantaba de la mesa.

—Un momento —le dije mientras la agarraba del brazo—. Es sobre Richard.

—¿Richard? Yo no conozco a ningún Richard —me contestó con la voz temblorosa.

—Alyssa, sé que sabes algo de él. Puede que esté en peligro y tú eres la única que puedes ayudarme.

—Yo...no puedo, no debo. Tengo miedo —me dijo susurrando—. Ya he perdido a un gran amigo y ahora esto.

—Tranquila, estoy aquí para ayudarte. Yo conozco a Richard. Quiero que me digas lo que sabes de él. ¿Sabes dónde está?

—Si quieres saber algo de Richard pregunta a mi padre.

—¿Quién es tu padre?

—El Rector Douglas.

—Ya he hablado con él y no me ha servido de mucho. Además, creo que tu padre no sabe

realmente lo que le ha sucedido a Richard. Por favor ayúdame.

—Sólo...—por unos segundos se quedó callada mirando a su alrededor, se sentó en la silla de nuevo, intentando disimular su nerviosismo—. Vi cómo se lo llevaban. Es una gran persona —dijo entre sollozos.

—Lo sé Alyssa, necesito que me digas quién se lo llevo —parecía que la pista de Mickey, como siempre, resultaba acertada.

—No lo sé. Vi una camioneta —se detuvo unos segundos antes de continuar hablando—. Vi cómo lo sacaban a rastras de su habitación y lo metían en una especie de ataúd de madera, lo subían a una camioneta y se lo llevaban.

—¿Pudiste ver a alguno de los que le secuestraron? —la pregunté.

—No, todo estaba muy oscuro —contestó con lágrimas incipiente en los ojos.

—Alyssa, ¿estás segura? —no me gustaba presionar a los testigos, pero era algo que tenía que hacer para poder sacarle toda la información—. Puede que la vida de Richard dependa de lo que tú viste esa noche.

—Yo...puede que viera algo más—volvió a mirar a su alrededor notablemente intranquila—, un tipo alto, corpulento y de color. Pude ver eso.

—Gracias Alyssa. Una última pregunta, ¿viste hacia dónde se dirigió la camioneta o por un casual la matrícula?

—No pude ver más. Cuando la camioneta arrancó me escondí detrás de unos arbustos —me contestó nerviosa.

—Está bien. La verdad que es una pena que no vieras nada más.

—Esa noche —comenzó a contarme— me acerqué a ver a Richard y hablar sobre lo de Peter —se detuvo otra vez mientras intentaba contener las lágrimas— y entonces pude ver cómo se lo llevaban. No vi nada más, lo siento.

—¿Quién es Peter?, ¿y qué le sucedió?

—Peter era un compañero de la universidad que murió poco antes de que secuestraran a Richard.

—¿De qué murió?

—Aunque...—suspiro antes de continuar— dicen que fue por drogas, yo sé que fue a causa del *tratamiento* experimental.

—¿Qué tratamiento experimental? —pregunte intrigada. Era la primera vez que escuchaba hablar de eso—. ¿Dónde se efectuaba ese tratamiento?

—No sé de qué trataba —suspiro—. Solo sé que se efectuaba en la facultad de *Bioquímica* y que Richard antes de desaparecer también comenzó el mismo tratamiento —dijo con lágrimas en los ojos intentando secárselas.

—Eso puede tener algo en común —dije en voz alta sin darme cuenta. Alyssa me miro desolada—. ¿Alguien más que haya muerto o desaparecido que estuviera en el tratamiento?

—Que yo sepa no.

—Y todas las chicas desaparecidas, ¿sabes algo de eso?

—Alguna conocía, pero no tengo ni idea de lo que les pueda haber pasado.

—Gracias Alyssa, este es mi teléfono, si recuerdas algo más por favor llámame.

—Vale —dijo sin fuerzas—. Richard es muy bueno y trabajador. Siempre iba de su habitación a la facultad. Algunas veces también venía a esta misma biblioteca a leer y nos hacía compañía a Peter y a mí mientras estudiábamos.

—Gracias Alyssa. Muchas gracias.

—De nada —dijo mientras se levantaba y cerraba el libro que estaba leyendo—. Me tengo que

ir, discúlpeme —comenzó a andar mirando a su alrededor.

—Alyssa, gracias otra vez por tu ayuda —le susurré mientras se marchaba.

—Si lo encuentra, dígame que le echo de menos y que se cuide mucho —me dijo sin darse la vuelta—.

Me acerqué a la bibliotecaria y le pedí el listado de libros que Richard había sacado de la biblioteca o consultado en su interior. Ella me los dio a regañadientes tras enseñarla mi acreditación del FBI y decirle que tenía autorización del rector.

Richard sólo había consultado periódicos desde 1952 y la década de los 60 y varios libros de León Battista Alberti. Lo apunté todo en mi agenda y decidí regresar a casa para poner en orden de nuevo toda la información de la que disponía. Salí de la biblioteca tan deprisa que no pude ver a un hombre que en ese mismo momento entraba en ella. Choqué contra él y se le cayeron los libros al suelo.

—Discúlpeme, no le vi —le dije a aquel hombre con el pelo color nieve y unos ojos tan azules que cuando los mirabas era como mirar al infinito océano.

—No se preocupe señorita. La culpa ha sido mía, que debí cederle el paso —dijo mientras se agachaba a recoger sus libros. Me agaché a ayudarlo—. No se preocupe, ya lo recojo yo, gracias —dijo.

—Como usted quiera —y continué mi camino hacia el coche.

Todo lo que tenía en mi cabeza eran sospechas, pero casi ninguna pista que pudiera esclarecer algo de aquel asunto. Mientras conducía a casa sonó el teléfono. La verdad es que lo estaba esperando.

—Hola Mickey, ya estabas tardando en llamar —dije tras descolgar.

—Veo Hally que cada vez me tienes más controlado —se podía notar su sonrisa a través del teléfono.

—Dime que tienes algo para mí sobre lo que investigaba César.

—Todavía no tengo nada Hally, pero sigue buscando información en la universidad como hiciste hoy en la biblioteca.

—Pero, ¿cómo...?

—No preguntes cómo —me interrumpió—. Simplemente sigue investigando y encontrarás la respuesta que buscas.

—Mickey... —pero ya no había nadie al aparato.

Llegué a casa y rápidamente me puse delante del ordenador. Busqué todos los acontecimientos relevantes sucedidos desde 1952 hasta la década de los 60, que era lo que Richard había estado mirando en los periódicos de la universidad. Algo que me llamó la atención fue la muerte de Frank Olson, un bioquímico del ejército de los Estados Unidos y experto en armas químicas, en noviembre de 1953. Eso podría tener algo que ver con la investigación que llevaba a cabo en la universidad, pero, ¿de qué forma podía tener relación? Lo único que unía estas dos historias era la bioquímica.

La muerte de Olson, al parecer, fue un suicidio debido a un episodio psicótico grave, que le hizo saltar desde la terraza de un hotel en Nueva York cayendo trece pisos, algo extraño sin duda. También pude comprobar que la CIA había realizado una investigación interna, llegando a la conclusión de que el director del departamento de la CIA Sidney Gottlieb, había llevado a cabo un experimento con LSD previo consentimiento de Olson. El informe también decía que Gottlieb había dejado de tomar en cuenta a Olson porque había sido diagnosticado de intento autolítico.

Por otro lado, la familia de Olson cuestionó la versión oficial de los acontecimientos, y sostenía que fue asesinado a raíz de su experiencia con el LSD, pues se había convertido en un

riesgo de seguridad que podría divulgar secretos de estado asociados con los programas altamente clasificados de la CIA.

Otro dato curioso fue que pocos días antes de la muerte de Frank Olson éste renunció a su posición como jefe interino de la División de Operaciones Especiales de Fort Detrick (Maryland) a causa de una grave crisis moral sobre la naturaleza de su investigación sobre las armas químicas.

Aquella historia tenía algo raro y decidí investigar más a fondo quién era Frank Olson, dónde había estudiado y cuál fue su labor concreta dentro del ejército de los Estados Unidos.

Mi sorpresa no tardó en llegar cuando vi que en su expediente aparecía reflejado que había estudiado en la *Universidad Renssaler Polytechnic Institute*. Esto no podía ser casualidad ni mucho menos. Así que seguí investigando más sucesos sobre esas fechas y no tardé en encontrar otro caso extraño y relacionado con el ejército.

Esta vez era un jugador de tenis profesional, Harold Blauer, que murió en enero de 1953 como resultado de un experimento secreto del ejército. Seguí recabando información porque todo aquello me resultaba conocido. Ya había oído hablar de ello, pero no creía que pudiera ser lo que Richard estaba investigando.

Tenía que centrarme en otra cosa, porque si en lo que estaba metido era lo que yo creía verdaderamente estaba en un buen lío. Dejé de lado unos minutos los sucesos pasados de los 60 y me centré en buscar información referente a León Battista Alberti, que era también parte de lo que Richard había mirado en la biblioteca.

Lo que puede encontrar fue que este personaje fue sacerdote, secretario personal de tres papas, humanista, arquitecto, matemático y poeta italiano. Además de estas actividades principales, también fue criptógrafo, lingüista, filósofo, músico y arqueólogo. Con todo esto fue una de las personalidades artísticas teóricas más polifacéticas del Renacimiento.

Pero lo que más me ayudo en lo referente a la investigación después de leer sobre Battista fue que; había creado un cifrado en el cual se utiliza un doble alfabeto para ocultar mensajes. Cogí una hoja y copié los alfabetos de Battista:

Alfabeto Llano: A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U,
V, W, X, Y, Z

Alfabeto Cifrado 1: F, Z, B, V, K, I, X, A, Y, M, E, P, L, S, D, H, J, O, R,
G, N, Q, C, U, T, W

Alfabeto Cifrado 2: G, O, X, B, F, W, T, M, Q, I, L, A, P, Z, J, D, E, S, V, Y,
C, R, K, U, H, N

Teniendo esto y si Richard había utilizado este cifrado para encriptar su mensaje ya podía descifrar la clave escondida en el libro:

«HSDHKXGJ LNZF»

A ver si tenía suerte. Para ello utilizaría los dos alfabetos cifrados, el primero para las letras impares, y el segundo para las pares. Tarde poco en descifrar la nota.

«PROYECTO MOUNA»

Viendo el resultado mis sospechas se incrementaban, así que regresé al ordenador y continué indagando en los sucesos de los 60, 70.

En diciembre de 1974 el New York Times informó sobre las actividades ilegales domésticas de la CIA. Hablaban de unos experimentos con ciudadanos estadounidenses. Tras esto hubo más investigaciones las cuales demostraron que antes de que el doctor Frank Olsen muriera por su *caída* desde la ventana del hotel, le habían administrado drogas. Su familia en 1994 reabrió el caso, y después de exhumar el cuerpo hallaron indicios de homicidio. Pero el caso no llegó a buen

puerto ya que no se encontraron pruebas concluyentes y se cerró de nuevo en 1996.

Todas estas investigaciones también demostraron que las personas sometidas a los experimentos no habían dado su consentimiento. Seguí leyendo. Cada vez estaba más segura de que mis sospechas eran ciertas, aunque en el fondo no quería que esto fuera así. Después de un rato leyendo informes, sucesos y otros casos que acontecieron en esas mismas fechas descubrí que todo aquello y lo que estaba investigando Richard en la universidad estaba directamente relacionado.

En el verano de 1975 un informe de la *Comisión Church* y de la *Comisión Rockefeller*, hizo público por primera vez, que la CIA y el Departamento de Defensa habían llevado a cabo experimentos con seres humanos como parte de un amplio programa sobre la influencia y control del comportamiento humano, mediante el uso de psicofármacos como el LSD, la mezcalina y otras sustancias químicas. También desveló que al menos una persona había muerto después de la administración de LSD.

Todo esto estaba incluido en un informe de 1963, pero este informe tenía pocos detalles acerca del programa conocido con el nombre de *MK ULTRA*. El resto de anexos de este programa habían sido destruidos en 1973 por orden del que en ese momento era el director de la CIA Richard Helms. Por consiguiente, se hacía imposible una investigación completa del programa *MK ULTRA*. Pero sí se consiguió saber el nombre de alguno de los subproyectos que se habían llevado a cabo dentro del programa *MK ULTRA*:

- Terapia de sueño profundo
- Proyecto CHATTER
- Proyecto MKDELTA
- Proyecto MKNAOMI
- Proyecto ARTICHOKE
- Proyecto MOUNA
- Proyecto MKCHICKWIT
- Proyecto ATALÍA
- Lavado de cerebro
- Privacidad sensorial

Estos eran alguno de los subproyectos de una larga lista que se sospechaba que estaban inmersos en el programa *MK ULTRA*.

Después de ver que uno de los proyectos citados era el mismo que Richard había dejado en la nota encriptada y escondida en el libro me di cuenta de que aquello era algo gordo de verdad. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas pensando en quién estaría involucrado en todo esto. Si antes no me podía fiar de nadie ahora menos. La muerte de Emily, la de César y su mujer, todas ellas simulando suicidios o asesinatos al igual que las de Frank Olson y otros muchos que habían tenido que ver con el programa *MK ULTRA*. Y casi todos habían muerto sin saber dónde se habían metido. Richard podría ser la siguiente víctima, sino lo era ya. El sonido del teléfono me devolvió a la realidad en que llevaba metida varias semanas sin saber hasta hoy de qué se trataba.

—¿Sí? —pregunté extrañada por la hora intempestiva.

—¿Hally? —una voz susurro mi nombre al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo —algo no me gustaba de esa llamada— ¿Mickey?

—Hally.

—¿Qué sucede para que me llames a estas horas?

—Sal de tu casa. Esta noche no duermas ahí —dijo apresurado—. Busca un hotel y llévate todo

lo que tengas sobre la investigación. En una hora te llamo. Ten cuidado —tras esto colgó el teléfono.

Rápidamente recogí todo lo que tenía, guardé el portátil y salí de casa como alma que lleva el diablo. No sabía dónde ir, así que me subí en el coche y comencé a conducir sin rumbo fijo. No tardé en encontrar un hotel a las afueras de la ciudad, en una de las carreteras secundarias. Paré y me hospedé en una de las habitaciones. Pasé la noche intentando conciliar el sueño. La llamada de Mickey nunca se produjo y eso me inquieto más todavía. Finalmente, ya cuando comenzaba a amanecer, me quedé dormida.

—Mickey —contesté al teléfono en cuanto sonó, aún adormecida.

—Hally, ¿eres tú? —escuché que decía una voz familiar, pero no era la de Mickey—. Soy Donald.

—Dime Donald, ¿qué quieres?

—Menos mal que éstas bien, pensé que...

—¿Por qué no tendría que estar bien, Donald? —contesté extrañada interrumpiéndole.

—¿No sabes lo de tú casa, Hally?

—¿Qué tengo que saber de mi casa? —contesté inquieta. Debido a que apenas no había podido dormir y al cansancio acumulado de las últimas semanas, mi cabeza no procesaba bien las cosas.

—Tu casa Hally...

—¡Dime Donald! ¿Qué pasa? —entonces medí cuenta que, al contrario de lo que yo creía, no estaba en mi casa, sino en una habitación de hotel, y recordé la llamada de Mickey. Estaba completamente desorientada.

—Se produjo un incendio esta madrugada. Tu casa está totalmente destruida.

—¿Cómo que un incendio?, ¿cómo se ha producido? —le pregunté claramente alterada.

—Los bomberos lo están investigando aún, pero al parecer fue un cortocircuito en uno de los enchufes del salón; se prendió una de las cortinas y poco a poco se fue propagando por toda la casa.

—¡Joder! —yo sabía perfectamente que aquello había sido provocado, pero gracias a que Mickey me avisó, ahora podía contarle.

—Hally, ¿dónde estás? —preguntó Donald con un tono confuso en su voz—. ¿Por qué no estabas en tu casa?, ¿dónde has pasado la noche?

—Tranquilo Donald, me visto y paso por la oficina para que me cuentes todos los detalles —muchas preguntas para mi gusto; aunque Donald siempre se había preocupado por mí aquello me resultaba extraño, así que le colgué el teléfono.

Pedí el desayuno a recepción mientras me vestía. También consulté si tenían algún tipo de caja fuerte en la cual poder guardar toda mi investigación. Afortunadamente, cada cliente tenía una asignada a su número de habitación que podía utilizar si quería. Pedí la llave de la mía, deposité toda la documentación dentro, desayuné y salí del hotel, no sin antes dejar pagada la habitación por toda una semana.

—Donald, ya estoy en camino —dije nada más descolgar el teléfono.

—No Hally, no soy Donald —escuché que me decían.

—Hola Mickey, ¿qué paso anoche? Estuve esperando tu llamada —le recriminé.

—Lo siento, pero llamarte hubiera sido ponerte en peligro a ti y a mí.

—¿Cómo supiste que vendrían a por mí?

—Eso no importa ahora. Lo importante es que tú estás bien.

—Gracias por el aviso, Mickey.

—Hally, ¿cogiste toda la documentación que tenías en casa, verdad?

—Si claro. Necesito saber una cosa y quiero que me contestes a ella.
—Dime Hally. Si está en mi mano te la contesto.
—¿Puedo confiar en Donald, mi jefe?
—¿Por qué me haces esa pregunta, Hally? —contestó extrañado.
—Ahora mismo voy camino de verle y después de lo que he descubierto no se en quien puedo confiar.
—¿Qué has descubierto que te haga pensar eso de tu jefe? —dijo en un tono calmado.
—¿Sabes qué es el *Proyecto Mouna*?
—¿De dónde has sacado ese nombre?
—Respóndeme a la pregunta que te he hecho.
—Donald es un buen agente, pero no estoy del todo seguro si puedes confiar en él.
—Eso no me ayuda.
—Lo sé, pero no puedo decirte que confíes en él, sino se realmente si puedes hacerlo. Cuando lo sepa te lo diré. Ahora dime como sabes lo del *Proyecto Mouna*.
—De la nota encriptada que dejo Richard escondida en el libro —se hizo un incómodo silencio, Mickey no habló durante unos segundos que parecieron horas.
—Ya me dijeron que eras buena. Creo que ya sabes la respuesta a esa pregunta. Me imagino que habrás indagado sobre lo que es.
—¿Quién te dijo que era buena? Y claro que he investigado para saber que es el *Proyecto Mouna*.
—Eso no importa ahora.
—A mí sí me importa —contestaste claramente enfadada—. ¿Sabias donde estaba metido Richard desde el principio!
—Lo sé desde hace tiempo —dijo en tono frío—. Lo que me sorprende es que él supiera donde le habían mandado sus superiores.
—Richard no era...no es tonto, Mickey.
—Lo sé Hally, lo sé. Ahora comprenderás porque tanto misterio.
—Sí, ahora está todo más claro y a la vez más confuso. No puedo confiar en nadie —suspiré profundamente.
—En mí puedes confiar. Siempre te he ayudado...
—Yo creo que me has utilizado —le interrumpí—. Tus pistas eran buenas pero insuficientes y me alejaban de mis amigos, que han sido asesinados. Esta noche pasada me alejaste de mi casa por algún motivo que aún no sé, pero te aseguro que lo descubriré.
—Hally, mi única intención era salvarte la vida y ayudarte a salvar a Richard. Es cierto que te he utilizado, pero siempre te he protegido para que no te sucediera nada. No pude proteger a tus amigos porque se descubriría mi tapadera. Me he arriesgado mucho por ti y por Richard.
—Nadie te pidió que lo hicieras —dije con lágrimas en los ojos.
—Ya lo sé, pero es mi deber con...
—¿Con quién? Dímelo.
—No puedo Hally, lo siento por tus amigos. Pero, en una guerra siempre hay víctimas colaterales.
—Espero no llegar a ser yo una de esas víctimas colaterales.
—Eso no lo voy a permitir, Hally.
—Mickey, no te creo. Hasta ahora sólo he ido dando bandazos en todas las direcciones, y si no es por la nota de Richard no sabría de qué va todo esto. Para ti mis amigos serán víctimas colaterales, pero para mí no lo son. Joder eran mis amigos.

—Entiendo que estés así Hally, pero pronto terminará esto y Richard estará a salvo —no pude evitar una falsa carcajada. No creía ya que Richard estuviera vivo. No creía lo que Mickey me decía y no confiaba en nadie ni siquiera en él— Hally, Richard está vivo, lo sé. Soluciona lo de tu casa, habla con Donald. Creo que puedes seguir confiando en él.

—¿Cómo puedo creer tus palabras si no me das nada para hacerlo?

—Hally, te pido por favor que durante un par de días sigas confiando en mí y que descubras si puedes confiar en Donald. Pronto, muy pronto, todo esto acabará.

—Mickey...

—Hally no dudes ahora. Aguanta un poco más, sal un poco del caso e intenta dedicarte a otros. Así creerán que has desistido de la investigación, y cuando menos se lo esperen...

—Tranquilo Mickey, confiaré en ti. No me queda otra —dije resignada.

—Gracias Hally. Hasta dentro de dos días —era la primera vez que no colgaba sin más; esta vez se había despedido.

Capítulo 17

Ya habían pasado los dos días desde que Mickey me había pedido que me apartara, pero todavía no sabía nada de él. Estos días habían sido más tranquilos. Yo había hecho mi vida en el hotel que había pagado durante una semana; cada día tras salir del trabajo tomaba precauciones para que nadie me siguiera. También había hablado con Alyssa para decirle que saliera de la ciudad durante unos días y sobre todo de la universidad. No sabía si ella estaba en peligro o no, pero no podía permitir una muerte más.

En cuanto a mi jefe Donald su actitud conmigo había cambiado, pero me imagino que estaba extrañado por mi repentino alejamiento. Nuestra relación ahora era más distante y fría. Aparentemente no tenía nada que esconder, pero aun así no sabía si confiar en él o no. Esperaba impaciente la llamada de Mickey para que me aclarara todas las dudas que tenía, cuando llamaron a la puerta de mi despacho.

—¿Quién es? —contesté mientras agarraba el arma. Cualquier precaución era poco.

—Paquete para la señorita Hally Burns.

—Sí, soy yo. Pase, por favor —el mensajero abrió la puerta del despacho y entró, me entregó el paquete y tras firmar el recibí se marchó.

El paquete no tenía remitente. Lo dejé sobre la mesa y me paré a mirarlo durante unos segundos sin atreverme a abrirlo, aunque sabía que todos los paquetes que venían se pasaban por un estricto filtro de seguridad, mi desconfianza me hacía dudar.

Finalmente me decidí a ver el contenido. Poco a poco y con cuidado desenvolví el paquete. En su interior había un ramo de rosas rojas y una nota felicitándome por mi cumpleaños. ¡Esto tenía que ser cosa de Mickey! —pensé. La nota además de felicitarme tenía una especie de poema que rezaba:

Con una rosa llega la felicidad

Una doce es síntoma de amor

Por eso en tú cumpleaños

Te regalo mi corazón

Mójala en alcohol

Y descubre el verdadero amor

Aquello me confundió y no sabía qué hacer. Releí varias veces la nota intentando descubrir lo que me quería decir. No encontraba la manera de descifrar aquello. Llevaría como diez minutos dándole vueltas a la dichosa nota cuando llamaron de nuevo a la puerta.

—¿Quién es?

—Le traigo un paquete señorita Hally.

—Pase.

—Aquí tiene.

—Gracias —contesté tras recogerlo.

Lo abrí y en su interior había otra nota de felicitación y una botella de vino tinto. Entonces fue cuando entendí la nota y decidí servirme un poco de vino en la taza de café e introducir la primera nota en ella. Al sacarla pude ver lo que tenía escrito.

Archivo 143/35.

Esa era la referencia de uno de los últimos informes que había clasificado unos días atrás. Me levanté de mi mesa y me fui derecha a buscarlo. Mi sorpresa llegó cuando vi que ese no era el informe que yo había archivado. Era una carpeta con una serie de documentos. Así que tomé

asiento y me puse con ellos.

Eran informes de la investigación que estaba llevando a cabo César antes de su muerte. Pude ver que el principal sospechoso era el Decano de la Facultad de Bioquímica, el señor Khûrî Jatip; también hablaba de un hombre de color que se llamaba Jacob Johnson y del ayudante del Decano Jatip, el Sr. Smith. Estaba claro que todo aquello era cosa de Mickey y cuando escuché sonar mi teléfono supe que sería él.

—Buenos días, Mickey —contesté con una sonrisa en los labios.

—Buenos días Hally. Ya tendrás en tu poder lo que te prometí sobre tu amigo César, ¿no?

—Sí, ya lo tengo. Muchas gracias Mickey —estaba claro que en el único que podía confiar y que así me lo había demostrado, era en él—. Una manera muy curiosa de hacerme llegar los documentos.

—Al igual que tú, no sé en quien puedo confiar ni se quién nos vigila. De esta manera evitaba que nos descubrieran.

—Ya me lo imagino. Por cierto, gracias por el vino.

—Hally, el vino lo puedes tirar. En realidad, es un compuesto químico que hace reacción con la tinta oculta del papel y muestra lo que está escrito.

—Qué pena, con lo que me gusta el vino. Y las dos últimas veces que me he servido una copa, no he podido ni probarlo, siempre me interrumpía algo o alguien.

—Cuando termine todo, te regalare una botella del mejor vino.

—¿Y cuándo sucederá eso? —pregunte volviendo a la realidad y recordando en lo que estábamos metidos.

—Mañana por fin nos conoceremos —dijo en tono serio.

—¿Cómo? —pregunte extrañada.

—Sí Hally, esto ya llega a su fin. Mañana en la *Rue 57* por la mañana a las nueve en punto. Te entregaré todo lo necesario para poder detener a todos los implicados en el caso. También te diré donde tienen retenido a Richard.

—Pero...

—Tranquila Hally, está todo preparado para que mañana tras reunirte conmigo y mientras tú jefe Donald esté reunido con el director general de la CIA. Tú te presentes allí con una documentación que te proporcionaré, la cual será suficiente para que tu jefe te facilite un operativo del FBI para intervenir en la universidad y hacer las detenciones oportunas.

—¿Y qué hace Donald reunido con el director de la CIA?

—Ellos irán a las oficinas del FBI para que te suspendan de tu actividad como agente.

—¿De qué me estás hablando Mickey?

—No te preocupes, eso no sucederá. Serán ellos los que salgan de las oficinas del FBI esposados y con cargos de traición.

—¿De qué coño me estás hablando Mickey?, ¿y cómo sabes tú todo eso? —me estaba poniendo nerviosa por lo que estaba oyendo.

—Tranquila Hally. Confía en mí y verás como todo sale bien.

—Pero Mickey...

—Hally, todo saldrá bien —y tras esas últimas palabras colgó el teléfono como era costumbre en él.

Seguí con mi trabajo en la oficina como si no supiera nada de lo que Mickey acababa de decirme, aunque mi cabeza no paraba de pensar que era lo que mañana realmente sucedería. A las siete recogí mis cosas y me marche al hotel, comí algo y me eché en la cama esperando que mi cabeza no me quitara el sueño con tanto exceso de información y pensamientos que circulaban por

ella. Tuve suerte y no tardé en quedarme dormida.

Rue 57

Hora: 09:00 A.M.

A las 09:00 ya estaba en la puerta de la *Rue 57*. De aquel lugar me venían muchos recuerdos agridulces, las tardes con Richard, la muerte de Emily, allí había empezado todo y allí parecía que terminaría, o por lo menos se aclararían muchas cosas, entre ellas quién era realmente Mickey y por qué me había ayudado. Pasé al interior y me senté en una de las mesas, pedí un cappuccino y esperé su llegada.

—Hola Hally —me habló una voz a mis espaldas—, no te des la vuelta. Disimula —dijo en tono bajo.

—¿Eres tú? —le pregunté.

—Sí, soy yo. Tu amigo Mickey, Mickey Mouse —pude notar como sonreía cuando decía su "nombre".

—Curioso nombre el tuyo —le dije en tono sarcástico—. Déjate de tonterías Mickey y dime realmente quién eres y qué es eso de la CIA reunida con mi jefe y mi suspensión.

—Tranquila Hally —dijo en tono sosegado intentando calmarme—. En este sobre que te voy a entregar tienes todo lo necesario para que no te ocurra nada, para que tu jefe detenga al director general de la CIA y a otras muchas personalidades.

—Hasta ahora he confiado en lo que me has dicho, pero esto... Esto es algo muy gordo, Mickey.

—Lo sé Hally, pero toda la documentación que está en este sobre es suficiente para detener a todos. Adjunta tu investigación a ella.

—¿Y Richard? —pregunte asustada temiendo la peor de las respuestas.

—Richard está en algún edificio en la universidad. Interroga al falso agente que va con el director de la CIA; él sabe dónde está Richard —hizo una pequeña pausa—. Además, ya os conocéis.

—¿Qué le conozco? —pregunté extrañada.

—Si Hally, es el mismo agente que fue la otra vez para impedir que siguieras con la investigación. Ahora toma —deslizo el sobre por un lateral de la silla hasta depositarlo en mi mano.

—Espero que tengas razón Mickey, porque si no es así, éste es el fin de mi carrera.

—Hally, ten cuidado y espero conocerte en otras circunstancias mejores.

—Mickey... —tras de mí escuché un ruido y me giré despacio. Sólo le vi salir por la puerta del restaurante.

Vestía una gabardina de color negro y su pelo era blanco como la nieve. Me quedé inmóvil viendo cómo se alejaba de mí, pero entonces recordé que le había visto en más de una ocasión. A mi cabeza llegaron las imágenes de él en el campus limpiando, el hombre con el me choqué cuando salí de la biblioteca, el que me recogió y me llevo a casa la noche en la que César y su mujer fueron asesinados...

Pero también recordé cómo Emily me habló de un hombre así cuando se llevaron a Richard de la *Rue 57*. Me levanté y salí tras él. Le vi cruzar la calle con paso decidido, pero justo en ese mismo momento un coche de color negro con todas las lunas ahumadas lo atropelló y se dio a la fuga dejándolo tendido en el suelo. Dudé si acercarme a él para poder verle la cara y comprobar

si estaba vivo o no.

La gente comenzó a arremolinarse a su alrededor, así que, con remordimientos de conciencia, pero sopesando el riesgo decidí volver a entrar en el restaurante y disimuladamente salí por la puerta contraria, llamé a un taxi y me dirigí a las oficinas del FBI.

***Edificio J. Edgar Hoover (Washington D.C.) Hora: 10:30 A.M.
Sede Central del F.B.I***

Llegué a las oficinas del FBI lo antes que pude tras lo sucedido en la *Rue 57*. No podía perder el tiempo. Llegué con toda la documentación que me había dado Mickey y uní la mía como me había dicho.

Cuando iba derecha al despacho de Donald, un compañero se cruzó en mi camino.

—¿Dónde vas, Hally? El jefe está reunido.

—Aparta —le dije y abrí la puerta del despacho sin llamar.

—¿Hally, se puede saber qué haces? —dijo Donald levantándose de su mesa.

—Tengo un asunto urgente que tratar contigo —entrar en el despacho de mi jefe y exigirle tener que tratar con él era jugarme mi puesto de trabajo, mi carrera y mi vida, pero ya que más daba si los que estaban allí venían a eso mismo.

—Ahora no es el momento —me dijo con tono autoritario—. Además, estamos tratando un asunto que te incumbe.

—Donald, es muy importante —le dije. Me miró con ojos desafiantes que decían «no Hally, no lo hagas».

—¿Hally, sabes acaso quiénes son estas personas?

—Sí, lo sé muy bien Donald —los miré— pero aun así tenemos que hablar —un suspiro de resignación salió de Donald.

—Discúlpenme. Voy a zanzar esto en unos segundos y seguimos tratando el asunto que tenemos entre manos —les dijo. Ambos asintieron con la cabeza. Donald me agarró del brazo y nos metimos en un despacho adyacente—. Hally, ¿te has vuelto loca? Te estás jugando tu carrera en el FBI lo sabes, ¿verdad? —dijo Donald claramente alterado—. Estoy intentando que no te suspendan por meter las narices donde nadie te llama, te tengo en alta estima y eres uno de mis mejores agentes, pero esto... —no le deje terminar la frase.

—Esto es importante Donald, ya te lo he dicho —le extendí la documentación—. Un hombre acaba de ser atropellado por un vehículo que se ha dado a la fuga para facilitarme esta información.

—¿Qué es esto? —preguntó extrañado—. No creo que sepas bien quiénes son esas personas que hay en mi despacho y que me piden tu cabeza.

—Sí lo sé Donald —le contesté con toda seguridad—. Uno de ellos es un falso agente de la CIA, y el otro el director general de la agencia.

—¿Qué dices de un falso agente de la CIA, Hally? Definitivamente te has vuelto loca.

—Donald, abre lo que te acabo de entregar y sabrás de lo que te estoy hablando —miró el informe, se sentó en una de las sillas, abrió el documento y ante mi insistencia comenzó a leerlo con suma atención.

Lo primero que leyó fue mi investigación y todo lo que tenía sobre el caso de Richard y El Proyecto Mouna que estaba englobado en el programa *MK ULTRA*, tenía su principal misión en el control mental de las personas a través del suministro de drogas. Leyó también lo del doctor Frank Olson, su muerte, su implicación con el programa y, sobre todo, sus estudios en la misma

universidad donde Richard había estado infiltrado, aunque la versión oficial de la CIA era que había muerto en Afganistán.

—Hally —dijo mientras levantaba la cabeza de los documentos—. ¿Me estás tomando el pelo? ¿verdad?

—¿Por qué lo dices Donald? —contesté extrañada. Aquello no iba como yo me había imaginado.

—¿*Programa MK ULTRA*, Richard vivo e infiltrado en una universidad donde estudió un doctor que se suicidó desde la ventana de un hotel en Nueva York? —tragué saliva. No estaba yendo bien— Hally, ¿estás bien?

—Sí Donald, ¿por qué me lo preguntas?

—Este informe parece desvaríos de una mente confusa que no ha podido aguantar la pérdida de sus seres queridos.

—¡Estoy perfectamente Donald! —le dije claramente alterada—. Eso que estás leyendo es real.

—Vete a casa Hally, descansa y mañana te presentas aquí. Veremos qué sucede —dijo mientras cerraba la carpeta donde estaban los informes—. Yo mientras, hablaré con el director de CIA e intentaré sacarte de ésta.

—Donald —durante unos segundos me quede inmóvil sin saber qué hacer. Tenía que ser una pesadilla. O hacia algo o todo se acabaría en aquel despacho, pero ¿qué?, Donald se levantó de la silla, se colocó el informe bajo el brazo y se dirigió a la puerta. Entonces fue cuando saqué mi arma y le apunté a la cabeza—. Te vas a sentar en esa silla y vas a leer TODO el informe DE PRINCIPIO A FIN. Cuando termines, si no crees lo que has leído, yo misma te entregaré mi puesto. ¿Te queda claro, Donald?

—¡Hally, estás loca! ¡baja esa arma! —dijo mientras seguía andando hacia la puerta.

—Donald, por favor —se detuvo, me miró y confuso se sentó y comenzó a leer, creo que fue más por pena que por miedo a que hiciera algo.

Durante unos minutos estuvo leyendo toda la investigación. De pronto, sus ojos se abrieron y me miró atentamente. Dejó la carpeta sobre la mesa, apoyó sus codos y puso la cabeza sobre sus manos. Así se mantuvo unos segundos que parecieron horas, sin articular ni una sola palabra.

—¿Has leído esto? —me dijo con una voz calmada.

—Todo no, pero...

—¿Quién te ha dado esto, Hally? —me interrumpió.

—Ni yo misma sé su verdadero nombre, Donald —se levantó de la mesa.

—Me lo temía —dijo mientras recogía el informe de la mesa—. Seguramente esté en peligro y por eso te ocultó su nombre.

—Ya no está en peligro —me detuve un segundo—. Esta misma mañana después de entregarme ese informe, fue atropellado por un vehículo que se dio a la fuga.

—Otro inconveniente —suspiró profundamente—. Ven conmigo, Hally —guardé el arma y le seguí—. No la guardes mucho por si nos hace falta.

—¿De qué hablas Donald? —le dije mientras le agarraba el brazo. Él se detuvo.

—Hally, toda esta historia me parece una locura, pero...—se paró a pensar y me miró a los ojos—. Este informe está firmado por el vicepresidente de los EEUU. Si no fuera por eso, ahora mismo estarías detenida.

—¿Y dónde vamos entonces?

—A detener al director de la CIA y a ese supuesto agente —se dio la vuelta y continuó andando hacia su despacho—. Hally, buen trabajo.

Entramos en el despacho y los detuvimos. Mi jefe se llevó al director de la CIA a una sala de interrogatorios. Yo me senté en la mesa de reuniones del despacho de Donald con el informe que él había leído escasos minutos antes y comencé a leerlo también. En él además de incriminar al director de la CIA, aparecían implicados varios agentes, congresistas, jueces, abogados, y un sinnúmero de cargos públicos que poco a poco fueron detenidos en una operación en conjunto entre la CIA y el FBI. El informe también implicaba a la *Universidad Rensselaer Polytechnic Institute*.

Allí se detuvo al ayudante del decano de la Facultad de Bioquímica a los agentes de la empresa *Black Water*, vigilantes del campus y doctores. Se incautaron numerosas drogas conocidas y otras desconocidas, las cuáles fueron trasladadas para ser investigadas. El decano de la Facultad de Bioquímicas, el profesor Khûrî Jatip, se libró de ser detenido ya que esa misma mañana había cogido un avión con dirección a Afganistán. El Rector de la universidad no sabía absolutamente nada de lo que había estado pasando bajo su techo y salió libre, pero le costó su cargo ya que se vio obligado a dimitir.

En el informe también ponía que la facultad mandaba y recibía material desde Afganistán, más concretamente desde la fábrica de ladrillos donde supuestamente había muerto Richard, así que todo estaba relacionado entre sí. Por eso mismo mataron a César y su mujer, ya que él estaba investigando ese movimiento de material tan sospechoso.

Seguí leyendo el informe, se explicaba para qué se utilizaban todas esas drogas que se encontraron en la facultad, y hacía referencia al programa *MK ULTRA* y al *Proyecto Mouna*, que consistía en el control mental e inhibición de la voluntad de cualquier persona para utilizarla para fines propios. La droga utilizada la denominaban con la referencia: «R/185».

En la documentación incautada se hablaba de un experimento con un individuo, consiguiendo unos resultados satisfactorios tras conseguir que robara un proyecto de dos científicos italianos sobre la fusión fría. En el informe se explicaba cómo era todo el proceso para conseguir que aquella persona no fuera consciente de sus actos y que solo siguiera órdenes.

La sustancia denominada «R/185» se inyectaba al individuo; tenía un color verdoso; mientras esto ocurría, al individuo se le estimulaba con música o un aroma concreto, o ambos a la vez, para posteriormente activar dicho control mental a través de esos estímulos.

En la facultad también se encontraron cinco cadáveres de mujeres que posteriormente tras su autopsia coincidieron con los de las chicas desaparecidas en la universidad. Se encontraron unos planos donde se podía apreciar un complejo escondido y cercano al campus, en una zona boscosa al sur de la misma.

Entró Donald en el despacho con la chaqueta colgada en el brazo, descamisado y sin corbata. Parecía que el interrogatorio había sido duro. Me preguntaba si habría conseguido sacarle la información. Se dirigió a su mesa y se sentó dejando caer el cuerpo sobre la silla. Yo estaba impaciente por saber si le había dicho dónde estaba Richard.

—¿Te dijo, algo Donald? —no pude esperar.

—Nada, Hally —contestó resignado—, pero eso ya me lo temía.

—¿Y Richard? —me miró a los ojos y negó con la cabeza.

—No ha dicho nada de él, lo siento.

—Déjame que interroge yo al ayudante del decano de la facultad de bioquímicas, por favor.

—Hally —dijo asintiendo—, no te excedas.

—Tranquilo Donald —me fui a la sala de interrogatorios a sacar información al profesor Smith.

—Ya era hora que viniera alguien —dijo nada más verme entrar en la sala.

—Hola soy la agente Hally Burns —le dije mientras tomaba asiento.

—Sé quién eres —dijo con una media sonrisa en la cara—. Sé que has estado haciendo preguntas por la universidad. Lo que no entiendo que hago yo aquí.

—Le voy a hacer una serie de preguntas y quiero que me las responda, ¿le queda claro?

—Si no tengo más remedio. ¿Qué quiere saber?

—En la universidad había un hombre llamado Richard O'Connor que era el empleado de la limpieza de la Facultad de Bioquímicas, ¿qué sabe de él? —en la academia siempre decían que cuando se empezara un interrogatorio nunca se preguntaba primero aquello que no se sabía y se quería saber. Pero esta vez era distinto, no sabía qué le podrían estar haciendo a Richard y el tiempo corría en nuestra contra.

—Sé de quién me habla, pero no tengo ni idea de dónde está o qué le sucedió.

—Aunque lo niegue sabemos lo que estuvo haciendo junto al decano Khûrî Jatip. Pero lo que no sabe es que él tenía un aliado.

—¿Qué esta insinuando? —pregunto confuso.

—Creemos que él puede ser el que mandaba realizar los experimentos, que le dieron un chivatazo y huyó antes de que le pudiéramos detener. También sabemos que fue el encargado de robar el trabajo de dos científicos italianos sobre la fusión fría.

—¿Cómo? —me miro extrañado—. Él sólo era parte del personal de limpieza.

—Eso era una tapadera para pasar desapercibido. Sabemos que el señor Johnson lo raptó de su habitación por orden del decano Khûrî Jatip —esto lo habíamos deducido de la investigación, pero no estábamos seguros de ellos—. Al parecer, entre ellos hubo un conflicto de poder.

—¿Me estás tomando el pelo? Ese tío, además de inútil, sólo servía para limpiar y como ratón de laboratorio.

—¿Me está diciendo que él también fue tratado por la droga «R/185»?

—Claro que sí; era un pobre hombre. El mismo se ofreció voluntario para el experimento —aquella respuesta me hizo ver que mis sospechas eran ciertas, que no sabía quién era realmente Richard— y tengo que decir que hasta ahora con él era con el único que habíamos tenido resultados satisfactorios.

—Veo que estábamos equivocados entonces. Si es así, ya lo encontraremos. Ahora tenemos que investigar otros asuntos. Muchas gracias por su colaboración —me levanté de la silla e hice ademán de marcharme.

—¿Si le digo donde está, sacare algo a cambio?

—Siempre podremos hacer algo, pero no le prometo nada. Aunque si le digo la verdad no es una prioridad para nosotros —me fui andando hacia la puerta.

—¿Y si además le doy más información? —dijo nervioso.

—Dígame lo que sepa y veré lo que puedo hacer por usted —contesté intentando parecer resignada.

—Al sur de la universidad, en medio del bosque, hay un edificio que se utilizaba como hospital. Allí le encontrarán y también encontrarán los laboratorios principales donde se crea la droga «R/185».

—Muchas gracias por la información, Sr. Smith. El agente Richard O'Connor de la CIA seguro que se lo agradecerá —me di la vuelta y le sonreí, mientras el me miraba con cara de asombro. Salí por la puerta y la cerré tras de mí.

Al sur de la Universidad Rensselaer Polytechnic Institute Hora: 12:00 A.M.

Tardamos en encontrar el edificio que nos había indicado el Sr. Smith, pero finalmente entre la maleza del bosque adyacente a la universidad apareció. Aun siendo cierto lo que me había dicho el profesor Smith no las tenía todas conmigo. Dudaba que allí pudiera estar Richard, ya que sospechaba que el decano Khûrî, en su huida, podía habérselo llevado con él, o peor aún, que estuviera allí, pero muerto.

En las afueras del edificio se ultimaban los detalles de la operativa para el asalto, los Swat entrarían primero, seguido de nosotros; se efectuaría un barrido desde la planta baja a las superiores por una parte y los sótanos por otra. La principal misión era encontrar a Richard.

Finalmente, y una vez que se había preparado todo entramos en el edificio; aparentemente estaba abandonado, no se veía a nadie; muchas de las estancias estaban cerradas y tuvimos que forzarlas para abrirlas. Recorrimos todo el edificio sin encontrar indicios de ninguna presencia. El edificio por fuera parecía estar abandonado, pero por dentro era un hospital al uso, con laboratorios, habitaciones preparadas para la estancia de pacientes, quirófanos, salas de espera, recepciones, etc... Ya empezaba a temer que allí no estuviera Richard y que el decano Khûrî se lo hubiera llevado con él; al fin y al cabo, era el único con él que se habían conseguido los resultados esperados.

—¡Agente Burns! —sonó el walki mientras yo elucubraba.

—Aquí la agente Burns —contesté rápidamente.

—Tenemos a un individuo que por la descripción podría ser el que buscamos.

—¿Dónde? —me apresuré a decir.

—Zona suroeste, en el sótano —corrí con todas mis fuerzas hacia donde me habían indicado. Cuando llegué vi a Richard tendido sobre una camilla. Su respiración era muy débil y estaba semiinconsciente.

—Richard, ¿puedes oírme? —le pregunté. Pero de su boca sólo salió un gruñido.

—Agente, mire esto —me dijo uno de los Swat. Del brazo de Richard colgaba una vía de la que brotaba un líquido de color verde esmeralda.

—Quítenle eso y llévenselo al hospital —salimos del edificio de camino a la ambulancia, Richard abrió un poco los ojos y me miró.

—Richard, ¿cómo te encuentras? —le pregunté de nuevo esperando una contestación.

—Intente que no hable mucho, está muy débil —me dijo uno de los paramédicos.

—¿Mo...Mouna? —Richard contestó como pudo.

—No Richard, soy yo, Hally, *Mouna* es el proyecto que estabas investigando —le contesté con la voz ahogada mientras intentaba contener las lágrimas.

—Eres como ella —se detuvo. Su respiración era forzada y parecía estar perturbado. Tenía una voz cavernosa y sus ojos estaban perdidos—. Pero...pero... tus ojos son... dis...distintos.

—Richard —le llamé intentando que abriera los ojos de nuevo—. Soy yo, tu esposa Hally —le agarré de la mano y él, extrañado, miró la alianza que tenía.

—Agente lo siento, pero tenemos que llevarle al hospital.

—Richard, descansa. Pronto estarás en el hospital —le dije con la voz entrecortada y ya sin poder contenerme. Pero antes de que se lo llevaran me acerqué a su oído y le susurré un secreto que estaba deseando contarle desde el día que se fue a Afganistán.

En ese momento Richard comenzó a convulsionar y entró en parada cardiorrespiratoria, los paramédicos tuvieron que utilizar el desfibrilador para reanimarle.

—Apártese por favor —me dijeron mientras intentaban reanimarle, abrió los ojos unos segundos, me miró, sonrió y me dijo.

—Hally, te quiero —fueron sus últimas palabras. Luego, cerró los ojos.

Escuché aquel pitido continuo inconfundible y vi cómo los dos paramédicos se miraban mutuamente. Sin decirme nada, cerraron las puertas de la ambulancia, le dijeron al conductor que arrancara y salieron de allí en dirección al hospital. Pero yo ya sabía que Richard había muerto y no estaba segura de si me había escuchado lo que le había dicho. Intenté volver al registro del edificio y durante un rato aquello me distrajo, pero no duró mucho. Me senté en unas escaleras cuando apareció mi jefe.

—¿Hally se puede saber qué haces aquí? —pregunto Donald extrañado—. ¿Por qué no vas al hospital y estás junto a Richard?

—Richard ha muerto Donald —contesté abatida.

—¿Qué estás diciendo Hally? Richard está en el hospital y está siendo atendido ahora mismo.

—¿Qué? —contesté sorprendida—. ¿Cómo sabe eso?

—Me acaban de llamar y me han dicho que se encuentra estable.

—¿En qué hospital está? —pregunté nerviosa.

—En el Memorial, Hally, ¿te acerco?

Sin despedirme de Donald salí lo más rápido que pude en dirección al Memorial Hospital. Llegué todo lo rápido que me permitió el tráfico y pregunté por Richard, pero allí nadie sabía nada. Llamé a Donald y extrañado me dijo que estaba seguro de que le habían dicho ese hospital. Entonces le pregunté quien le había dicho aquel hospital y él respondió que un agente llamado *Mickey*.

¡No podía ser él! Yo misma había visto como le atropellaban, ¿era imposible que fuera el mismo, o no?

Capítulo 18

4 meses más tarde

Como todos los meses me acercaba al cementerio donde descansaban los supuestos restos de Richard. Allí pasaba horas contemplando su sepultura vacía; seguía sin comprender qué había sucedido y dónde estaba, si es que aún seguía vivo. Después de todo lo sucedido, Donald me habían dado unos meses de descanso sin fecha de regreso a mí puesto de trabajo en el FBI. Me sonó el teléfono móvil, lo saqué del bolsillo y miré la pantalla: «numero privado». Descolgué.

—Agente Hally Burns, ¿quién es? —dije con voz ahogada y llena de tristeza.

—Siento mucho todo lo sucedido, Hally —escuché que me decía una voz que me resultó familiar—. Tú no te merecías esto. Además, tengo que pedirte perdón porque te utilice.

—Mickey, ¿eres tú? —pregunté entre duda y la incertidumbre.

—Sí Hally, soy yo.

—Pero yo vi cómo te...—no pude terminar la frase porque como siempre, me interrumpió.

—Una farsa Hally. Todo fue una farsa para que no me descubrieran.

—¿Pero...? —no entendía nada—. ¿Dónde está Richard?, ¿por qué dices que me has utilizado?, ¿dónde está Richard? Dímelo, por favor.

—Te debo una explicación y te la voy a dar. Te he utilizado para distraerles de la investigación que yo estaba llevando a cabo dentro de tu agencia, donde yo estaba infiltrado como agente doble. Tras la captura de Richard en el restaurante la *Rue 57* y después de enterarme de que aquella chica y tú habías hablado, contacté contigo para que tú comenzaras una investigación con las pistas que te daba; así, yo podría investigar y sacar la máxima información desde dentro. Toda esa información te la daría luego, como así sucedió, para poder encontrar a Richard y para detener a todos los implicados en el *Proyecto Mouna*.

—¿Así que eres un agente doble y me has utilizado de cebo? —le dije indignada— ¿Y Richard?, ¿dónde está?, ¿qué ha sucedido con él?

—Richard, por ahora y para ti, está muerto. Sólo puedo decirte eso.

—¿Cómo que por ahora y para mí? ¡Tú te lo llevaste del hospital!

—Richard nunca llegó a ese hospital, Hally.

—¿Para quién trabajas?

—Eso no te lo puedo decir, lo único que puedes saber es que estoy en todos los sitios y en ninguno a la vez.

—El director de la CIA implicado, varios agentes, congresistas, jueces, abogados y cargos públicos, Richard desaparecido y oficialmente muerto, ¿qué mierda es todo esto, Mickey? —le pregunté, pero en realidad no esperaba una respuesta a aquella pregunta.

—Como ya sabes, la operación *MK Ultra* fue un programa de investigación secreto de la CIA que trataba de encontrar métodos y patrones para el control mental. Se utilizaron métodos de señales eléctricas, así como drogas para cambiar el funcionamiento de la mente. El objetivo principal de este programa que se inició por orden del director de la CIA Allen Dulles, era producir una droga que obligara al sujeto a decir la verdad, pero no solo había este proyecto, sino que el programa contaba con 150 proyectos más, y no se conoce el propósito de muchos de ellos. Hally, como sabes, el *Proyecto Mouna* era uno de esos 150. La CIA gastó millones de dólares en estudios para controlar o influenciar la mente humana. Para ello utilizaron radiación, drogas como el LSD, barbitúricos y anfetaminas simultáneamente. Como sabrás, los sujetos de las pruebas eran empleados de la CIA, miembros de los servicios militares, médicos, otros agentes del gobierno,

indigentes, prostitutas y pacientes con enfermedades mentales. Muchos de ellos, por no decir todos, no sabían lo que se hacía con ellos, ni se solicitaba su consentimiento. En 1973, el entonces director de la CIA Richard Helms ordenó que todos los archivos *MK Ultra* fueran destruidos, pero uno de esos informes se libró de la quema gracias a un joven agente de la CIA, de quien seguramente te sonara su nombre: Frank Harvey.

—¡El director de la CIA que detuvimos!

—Eso es Hally, fue el que cogió ese informe y lo guardó, hasta que de una *manera dudosa* le nombraron director de la CIA en 1975. Cinco años después, ese informe se lo hizo llegar al entonces colaborador de la CIA: Usama Bin Muhamma Bin, conocido como Osama Bin Laden. Se le entregaron los informes de lo que hasta la fecha era un estudio acerca de cómo controlar la mente humana. Allí, en Afganistán, tomó forma dicho proyecto con el nombre de *Mouna*, que en árabe significa «deseo, anhelo». Se le entregó dicho proyecto para que lo utilizara y experimentara en la guerra de Afganistán contra la Unión Soviética. Ya sabes que Bin Laden tuvo una estrecha colaboración con la CIA, debido a su participación en la guerra contra la URSS 1979 y 1989. Pero no, los resultados no empezaron a funcionar como se quería, hasta que el proyecto lo cogió el profesor Khûrî Jatip, que empezó a obtener resultados satisfactorios.

—Pero, ¿cómo termino Richard metido en esto? —no daba crédito a lo que Mickey me estaba contando.

—A Richard, por orden de su jefe Frank Harvey, se le mandó a investigar en Afganistán una supuesta nueva droga que podría ser utilizada contra EEUU en un ataque terrorista. Pero la idea era que Richard y su compañero murieran allí. El compañero de Richard, Neal, estaba al tanto de todo aquello y Richard sería la víctima. Neal saldría vivo de Afganistán y contaría que allí no encontraron ninguna droga y que todo salió mal. Richard salió con vida de allí con la ayuda de mi amigo Amín que murió en el tiroteo. Richard consiguió una pista que podría involucrar a su jefe en aquel proyecto, así que Frank decidió inventar la muerte de Richard y meterle infiltrado en la universidad para proseguir con la investigación. Pero todo era una trampa para utilizar a Richard como conejillo de indias de la droga «R/185» con la que se le indujo a robar un proyecto relacionado con la fusión fría, realizado por dos científicos italianos, todo esto influenciado por la droga de control mental. Así podrían incriminarle en un delito contra el gobierno de los EEUU. El proyecto de la fusión fría lo iba a comprar la CIA en beneficio del país. Así el director de la CIA podía chantajear a Richard si éste algún día recuperaba la cordura. Aunque en un principio se quería acabar con la vida de Richard, finalmente no se llevo a cabo por los buenos resultados de la droga con él.

—Por eso Richard estaba leyendo un libro titulado *En busca del candidato de Manchuria*, donde se habla de una investigación con LSD para el control mental tras la segunda guerra mundial, en la que la CIA está involucrada

—Sí Hally, Richard iba por buen camino en sus investigaciones. Hally tenemos que dejar la conversación aquí. Ya te he contado más de lo que podía contarte. Te lo debía.

—Gracias Mickey. Cuida de Richard.

—Hally, contare contigo en futuras investigaciones. Te llamare —y para no variar, antes de que pudiera contestarle, colgó el teléfono.

Epílogo

Antes de marcharme a casa recordé la última vez que Richard y yo habíamos estado juntos. Fue justo antes de la misión que le llevaría a Afganistán y que, sin yo saberlo, le apartaría de mí. Aquella noche fue especial para los dos, pero ahora que la recuerdo, triste.

Llegamos a casa juntos porque Richard me había ido a recoger a las oficinas, estábamos agotados los dos, pero eso no impediría una noche de pasión que ambos estábamos deseando. Fue entrar por la puerta y tras cerrarla me agarró de la mano y me atrajo hacia él. Me desabotonó la camisa y me empujó hacia el sofá del salón, allí ambos nos fuimos quitando la ropa el uno al otro, y pronto quedamos desnudo, y la única manera de entrar en calor fue con nuestros cuerpos.

Las gotas de sudor caían por su espalda y mis uñas se clavaban en sus hombros, mientras él arremetía contra mí como si le fuera la vida en ello. Los dos nos miramos a los ojos y deseamos que aquella noche no se terminara nunca, que siempre estuviéramos así, y que ni nadie ni nada, lo impidiera.

A la mañana siguiente tras despertar en el sofá desnuda y tapada por una manta, le busqué y le encontré en la cocina tomando un café. Pero cuando me acerque a él para darle un beso, note que algo no iba bien.

—¿Qué sucede, Richard?

—Me ha llamado mi jefe y tengo una última misión.

—Pero... me dijiste que no harías más.

—Ya lo sé, pero es algo relacionado con... —no le dejé terminar.

—¿Por qué? —le dije mirándole a los ojos.

—Ya sabes que no es cosa mía, que son órdenes de arriba.

—Estoy harta de las órdenes de arriba, estoy harta de todo —le dije claramente enfadada.

—Hally, esta será la última misión, y luego pediré el traslado.

—Pero, ¿no lo habías pedido ya?

—Hally...

—Déjalo Richard, haz lo que quieras.

—No puedo dejar a mi jefe colgado, Hally.

—Siempre tan fiel a todos, menos a mí.

—No pienses en eso, piensa en la noche que hemos pasado —le miré y no dije nada, salí de la cocina y regresé a por mi ropa al salón.

Ahora tras recordar aquello, mis lágrimas afloran y mi deseo de volver en el tiempo para impedir que se marchara se incrementa. Si ambos hubiéramos sabido lo que sabemos ahora, él estaría a mi lado y yo no estaría aquí mirando una tumba vacía y deseando que no terminara por llenarse. Espero que Mickey me lo devuelva algún día.

Suspiré profundamente, sabía que ella lo notaba todo, y no estaba equivocada. Noté el golpe en mi barriga y la acaricié intentando calmarla, deseando que ella también lo pudiera ver algún día, deseando que su padre volviera a nuestras vidas.

—Tranquila pequeña, que él regresará a nosotras.